VEGA MANHATTAN



TRATO HECHO

Trato hecho

© Vega Manhattan

© Febrero 2026

Imágenes: Freepik

Diseño de portada y maquetación: Vega Manhattan

Este libro y su contenido están protegidos por las leyes de derechos de autor. Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas de recuperación de información, la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos) sin el permiso previo y por escrito de la persona titular de los derechos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

TRATO HECHO

VEGA MANHATTAN

Sinopsis

Dakota sabía que aquello era una locura. Cole, por su parte, estaba convencido de que era la peor idea del mundo. Pero ambos tenían la certeza de que no existía otra opción.

Por eso iban a hacerlo. Iban a fingir que se amaban. Iban a fingir que se deseaban.

Porque todo era fingido… ¿verdad?

Un CEO a punto de perder su empresa. Una directora de comunicación, experta en gestión de crisis, que sabe que la única persona capaz de salvarlo es ella. Y un falso compromiso que ninguno de los dos debería haber aceptado.

Porque fingir es fácil… Lo difícil es recordar que estás fingiendo.

ÍNDICE

Introducción
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Epílogo
NOVELAS

«La peor idea del mundo suele empezar como la única opción.»



Introducción

Hay tres cosas que todo el mundo sabe sobre los acuerdos:

Primero, que siempre hay letra pequeña.

Segundo, que nadie, jamás, se lee la letra pequeña.

Y tercero, que cuando te das cuenta de lo que ponía en esa maldita letra pequeña, ya es demasiado tarde.

¿Y sabes qué es lo peor? Que da igual cuántos másters tengas, cuántas crisis hayas gestionado o cuántas veces hayas sacado de la mierda a gente que cobraba diez veces más que tú.

Cuando el destino decide joderte, lo hace con estilo.

En este caso, el estilo fue un CEO a punto de perder todo por lo que había luchado, una experta en crisis que creía tenerlo todo bajo control, un anillo que no significaba nada y un contrato que lo cambiaba todo.

Fingir. Esa era la palabra mágica. Fingir que se querían. Fingir que se morían por estar juntos. Fingir que cada vez que se tocaban no sentían absolutamente nada.

Fácil, ¿verdad?

Pues no.

Porque nadie te prepara para lo que pasa cuando finges tan bien que hasta tú te lo crees.

Y nadie, absolutamente nadie, te avisa de que la línea entre lo fingido y lo real es tan fina que basta un roce para cruzarla.

Así que si estás aquí buscando una historia donde un falso compromiso sale exactamente como estaba planeado, donde dos personas que fingen mantienen las distancias y donde un anillo de mentira no termina significando demasiado…

Cierra el libro.

Esto no es eso.

Esto es un desastre. Un glorioso, inevitable y caliente desastre.

Bienvenida.



Prólogo

—No puedes estar hablando en serio —dijo Cole, mirándola como si se hubiera vuelto rematadamente loca.

Y puede que tuviera razón. Puede que Dakota hubiera perdido el juicio. Pero había momentos, muy concretos, en los que la cordura no servía de nada, y lo único que servía era desafiar las leyes básicas de la lógica.

—¿Cómo es el dicho? —preguntó ella—. A situaciones desesperadas… —hizo un gesto vago con la mano, dejando la frase en el aire.

Cole cerró los ojos un segundo. Solo uno. El suficiente para contener un gemido de exasperación que terminó escapándosele igual.

—No estoy tan desesperado como para eso.

Dakota se limitó a enarcar las cejas, desafiante.

—¿Estás seguro de que no?

Cole abrió la boca con la respuesta ya preparada, un «por supuesto que no», pero no llegó a pronunciarlo. La cerró de golpe y miró a Dakota.

Ella seguía allí, plantada en su salón, apoyada, con los brazos cruzados, en la enorme mesa de caoba que Cole había comprado para cuando tuviera invitados.

No la había usado nunca…

Cole resopló, se pasó una mano por la cara.

—No te pago para que digas tonterías —refunfuñó.

En los labios de Dakota apareció una sonrisa ladeada.

—Bueno, tal y como yo lo veo…

Dakota era la directora de comunicación de Vane & Co., una empresa dedicada a gestionar grandes fortunas. Su trabajo no era solo cuidar la reputación de la firma; era protegerla. Mantener la imagen impecable de cara a la galería, pasara lo que pasara tras bambalinas.

Y eso, a menudo, implicaba soltar una cantidad ingente de tonterías.

—Dakota —la advertencia en su voz.

Ella descruzó los brazos y apoyó las manos en el borde de la mesa, a cada lado de sus caderas.

—No hay otra solución, Cole —sentenció, borrando cualquier rastro de broma de su rostro—. Le he dado mil vueltas, he intentado buscar cualquier rendija para evitar precisamente esto. Pero es la única forma de que conserves el liderazgo de Vane & Co. Vas a tener que ceder.

—¿Ceder? —Cole soltó una risa irónica, totalmente carente de humor—. Ceder es aceptar que el Consejo elija el color de la moqueta. O ir a la estúpida gala benéfica de los Henderson a comer canapés rancios con gente que sonríe con los dientes apretados. No que me case, Dakota, ¡por el amor de Dios!

Dakota puso los ojos en blanco.

—Comprometerte —corrigió, remarcando la diferencia—. He dicho comprometerte.

—Ese es el paso previo a casarse —replicó él—. Y créeme, no quiero ni lo uno ni lo otro. Busca otra solución.

Ella soltó un suspiro lento.

—No hay otra solución.

—Y una mierda que no… —se pasó la mano por el pelo—. Puedo…

Empezó a caminar de un lado a otro del salón, buscando una salida, una alternativa.

Dakota permaneció en silencio, observándolo. Casi podía escuchar los engranajes de su cerebro trabajando a toda velocidad.

Hasta que se detuvo en seco. Se giró hacia ella.

Y Dakota vio la derrota en su mirada.

Lo sabía. Sabía que no le quedaban cartas en la manga.

—El compromiso no tiene que ser real, Cole. Pero sí tiene que parecerlo —insistió ella, suavizando el tono—. Solo tendrías que sostenerlo un tiempo. De cara a la galería. ¿Tan difícil es?

En teoría sonaba sencillo. Bastaba con ofrecerles una foto. Salir del brazo de alguien, sonreír, dejar que su abuelo, el Consejo y la prensa se tragaran el anzuelo.

Y ya está.

—Eso no lo hace más fácil —masculló.

No era solo una cuestión de principios.

Cole odiaba el teatro. Odiaba mentir. Y ni siquiera sabía si podría mentir en algo así.

Pero, por encima de todo, cualquier cosa que oliera a compromiso, boda o «hasta que la muerte nos separe», le provocaba una urticaria inmediata.

Dakota lo sabía mejor que nadie.

Cole la señaló con un dedo acusador, aunque la rabia de su voz había perdido fuerza.

—Si no fueras tú, estarías en la puta calle ahora mismo solo por haber tenido el descaro de proponer algo así.

Dakota no tenía ni la más mínima duda de que eso era cierto.

—Y si no fueras tú, pensaría que tienes algún interés oculto para sugerirme esto.

A Cole no le faltaban motivos para desconfiar. Había demasiada gente interesada en verlo dar ese paso. Él llevaba años esquivándolo, pero la soga empezaba a cerrarse lentamente alrededor de su cuello.

Hasta ahora, sus resultados y sus beneficios los habían mantenido a raya. Sin anillo. Sin foto familiar.

Hasta ahora…

Cole confiaba en ella. De verdad que lo hacía. Y sabía que, si había llegado a esa conclusión, era porque no había encontrado otra salida.

Y joder, eso era lo peor de todo.

Porque aquello era una locura.

Se llevó la mano al cuello, dispuesto a desabrocharse la camisa. Soltó un gruñido de pura frustración al darse cuenta de que llevaba una camiseta. Sin botones.

Quiso gritar.

Él no era un hombre dado a perder los estribos. Sabía mantener las apariencias.

Pero con Dakota no tenía que sostener ninguna fachada. A ella podía mostrarle que se sentía acorralado.

—Un compromiso falso —dijo Cole al fin—. En el remoto caso de que aceptara llevarlo a cabo… ¿Con quién?

Porque esa era la pregunta del millón.

—Dime, Dakota, ¿con quién? —insistió—. ¿Quién demonios aceptaría fingir semejante locura?

No es que faltaran voluntarias. En su círculo, las candidatas a «Señora Vane» se contaban por docenas. El problema no era la falta de opciones; cualquiera estaría dispuesta a prestarse a una farsa así por los motivos equivocados, ya fuera dinero, fama o influencia.

Cualquiera podía sonreírle hoy y vender la exclusiva mañana. En su mundo, la lealtad tenía un precio de mercado. Poner su futuro en manos de una desconocida era un suicidio empresarial.

No, Cole no podía fiarse de nadie.

Solo había dos personas en este planeta en las que confiaba ciegamente. Una era la mujer que tenía delante. La otra compartía sangre con ella y era cura.

Así que sus opciones eran nulas.

—Y lo que es peor —añadió, implacable—, ¿a quién podría llevar del brazo para que la gente se crea que me ha hecho perder la cabeza? Porque te recuerdo que soy alérgico al compromiso y que eso es de dominio público.

Sí, todo el mundo lo sabía.

Cole Vane no repetía. Jamás. Pasar dos noches con la misma mujer implicaba el riesgo de que quisieran una tercera, y él no jugaba a eso.

—Así que dime —concluyó, cruzándose de brazos—, ¿dónde vas a encontrar a alguien que haga creer al mundo que me ha reformado?

Dakota seguía en silencio.

Ya había soltado la bomba del compromiso; lo peor ya había pasado, ¿no? Pero ahora que tenía que verbalizar la última parte del plan, parecía haberse quedado muda.

Fue justo en el momento en que Dakota se enderezó, adoptando esa postura profesional, y entrelazó las manos delante del cuerpo, cuando Cole sumó dos más dos.

El mundo se detuvo un instante.

Cole empezó a negar con la cabeza, un «no» rotundo y silencioso, justo en el mismo segundo en que ella abría la boca para confirmar

lo que él más temía.

—La tienes delante. Yo seré tu prometida.

Y ahí fue cuando Cole dejó de respirar de verdad.



Capítulo 1

Esa misma mañana…

Pocas personas sabían realmente a qué se dedicaba Dakota.

Las pruebas hablaban por sí solas…

Dakota tamborileó con los dedos sobre la superficie de su escritorio mientras el vídeo de TikTok se reproducía en la pantalla de su *tablet.*

—¡Pregunta rápida por cincuenta dólares! —gritaba el *tiktoker*, un chico con una cazadora bomber plateada y un tupé rubio platino, cortándole el paso a una mujer de mediana edad en pleno Times Square.

La mujer, enfundada en un Armani impecable y aferrada a un bolso que costaba veinte veces la cantidad que él ofrecía, frenó en seco cuando le plantaron un micrófono con funda de gomaespuma rosa a centímetros de la nariz.

—Primero una fácil, para ir calentando motores —anunció él—. ¿A qué se dedica un contable?

—Lleva las cuentas —respondió la mujer sin pestañear.

—¡Correcto! —canturreó él, con un tono teatral—. ¿Y un abogado?

—Evita que te arruines —soltó la mujer, seca.

El *tiktoker* soltó una carcajada, encantado con la respuesta cínica.

—Vale, ahora sí. La de verdad. Por cincuenta dólares: ¿a qué se dedica un director de comunicación? —lanzó.

La mujer parpadeó.

—Pues… comunica, claro —dijo, esbozando una media sonrisa y pensando que aquello estaba siendo dinero fácil.

El chico rio.

—Claro. ¿Pero qué comunica exactamente?

La mujer frunció el ceño. La sonrisa de suficiencia se le borró de golpe al darse cuenta de que no tenía una respuesta concreta.

—Pues… es quien se encarga de las redes sociales de la empresa. Y de la publicidad —aventuró, dudosa—. ¿No?

El chico hizo un sonido de bocina de concurso, imitando un error.

—¡Meeeec! Error —dijo, moviendo el dedo índice de lado a lado—. Eso sería marketing o publicidad. Frío, frío.

La mujer empezó a darle vueltas a la cabeza, mirando al suelo como si la respuesta estuviera escrita en las grietas del pavimento.

—¿El que hace los comunicados de prensa? —preguntó lentamente, tanteando el terreno con miedo a equivocarse de nuevo.

—¡Exacto! —exclamó el entrevistador de pacotilla.

Ella asintió con fuerza.

—¡Ah, ya! Es el que escribe los discursos que luego leen los jefes. El que les dice qué pueden decir y qué es mejor no contestar —soltó, recuperando la compostura y acompañando la frase con una mueca de desprecio.

—Entonces cree que manipula al público —le pinchó el entrevistador, buscando la polémica.

—¡No, no! —se apresuró a negar ella, visiblemente escandalizada, alzando unas manos de manicura perfecta en un gesto defensivo—. Solo… ayuda a sus jefes a expresarse.

—¿Por qué? ¿Ellos solos no saben expresarse? —insistió él con una sonrisa de tiburón—. Acaba de decir que les dicta lo que tienen que decir. ¿No es eso, por definición, manipular la verdad?

La mujer se mordió el labio inferior, atrapada en la trampa de su propia lógica. Miró a un lado y a otro, pero ya no había salida. Finalmente, asintió despacio.

—Visto así… supongo que sí.

Dakota, desde la soledad de su despacho, torció el gesto.

La mujer no iba tan desencaminada…

Aunque «manipular» era un término demasiado tosco, casi vulgar, para describir a qué dedicaba ella sus días. Lo que Dakota hacía era mucho más complejo.

Ella no manipulaba la verdad. Ella construía la realidad.

—¿Y eso no es mentir? —preguntó ahora el entrevistador a su siguiente víctima.

Esta vez, el objetivo era un chico de apenas veinte años. Llevaba una sudadera tres tallas más grande, los pantalones cayéndosele por debajo de la cadera, desafiando la gravedad, y un monopatín desgastado bajo el brazo. Tenía el pelo teñido de un color indescifrable, a medio camino entre el verde cloro y el gris ceniza, y masticaba chicle con la boca abierta, mirando al infinito con ojos vidriosos.

Era el prototipo perfecto de nini. Carne de cañón para el algoritmo.

El entrevistador ya saboreaba el *like* fácil, esperando una respuesta estúpida para reírse de él delante de miles de seguidores.

El chico se encogió de hombros, sin dejar de rumiar el chicle con desgana.

—Yo lo definiría más bien como reordenar los hechos para que la verdad deje de ser relevante —soltó con una parsimonia absoluta.

Hizo un globo con el chicle que estalló con un sonido seco justo al terminar la frase.

El entrevistador se quedó mudo. La sonrisa de tiburón se le congeló en la cara y enarcó las cejas tanto que casi se le juntaron con el flequillo engominado.

Claramente, esperaba un balbuceo incoherente o un «eh, no sé, *bro*», no una definición digna de un manual avanzado de Ciencias Políticas.

Dakota sonrió levemente frente a la pantalla.

Vaya. A ver si el tonto iba a ser el del micrófono.

—Pero… ¿y eso no es mentir? —insistió el periodista de pacotilla, que ya empezaba a sudar bajo los focos de Times Square.

Parecía tener un interés personal, casi patológico, en dejar a los directores de comunicación a la altura del betún.

El chico del monopatín dejó escapar un suspiro largo, cargado de hastío, como si tuviera que explicarle física cuántica a un niño de tres años.

—Qué va, tío —dijo con una calma pasmosa, recolocándose la tabla bajo el brazo—. Mentir requiere falsear un dato. Decir que algo pasó cuando no pasó. Eso es un delito, o al menos un error de novato. Además, cualquiera puede mentir. Mentir es gratis.

Hizo una pausa dramática para inflar una pompa de chicle rosa que creció hasta rozarle la nariz antes de estallar con un *plop* seco.

—Lo que hacen ellos no es mentir. Es editar —movió la mano libre en el aire, enmarcando un cuadro invisible—. Es como cuando te haces un *selfie, bro*. Buscas el ángulo bueno, la luz que te favorece, le metes un filtro para borrar las ojeras. No estás mintiendo, sigues siendo tú en la foto. Solo estás eligiendo qué versión de la realidad quieres que el mundo consuma.

El chico se encogió de hombros de nuevo, aburrido de su propia lucidez.

—La verdad es un cubo, tío. Tiene muchas caras. Ellos solo deciden cuál iluminar. Eso no es falsedad. Es estrategia.

El entrevistador se quedó con la boca abierta, incapaz de replicar. El micrófono le tembló en la mano. El «tonto» del monopatín acababa de darle una clase magistral de relaciones públicas y gestión de crisis en quince segundos.

Dakota sonrió, satisfecha. Vaya con el niño.

Pausó el vídeo y el bullicio de Nueva York desapareció al instante, reemplazado por el zumbido silencioso del aire acondicionado de la planta cuarenta.

Empujó la pesada puerta de cristal de su despacho.

—Helen —la llamó Dakota, con la *tablet* todavía en la mano—. Tengo una misión para ti.

Helen levantó la vista del ordenador con un sobresalto apenas perceptible. Cincuenta y tantos, un bob perfecto que jamás perdía la forma y unas gafas de lectura colgadas de una cadena dorada. Llevaba tres años con Dakota y todavía no la había visto sudar.

Dakota le envió el vídeo. El móvil de Helen vibró al instante.

Helen se ajustó las gafas y miró la pantalla con dos dedos, como si el aparato pudiera contagiarle la falta de sentido. Frunció el ceño al ver al chico del monopatín.

—¿Quién es?

—No lo sé —admitió Dakota, sin el menor rastro de vergüenza—. Pero encuéntralo.

Helen parpadeó varias veces, procesando la información. O la falta de ella.

—¿Y cómo pretende que lo encuentre si ni siquiera usted sabe quién es? —protestó con un tono que sugería, muy sutilmente, que no le pagaban lo suficiente para lidiar con los caprichos de su jefa.

—El vídeo se grabó en Times Square, así que empieza por ahí —le indicó Dakota—. Localiza al creador del vídeo. Identifica al entrevistador, tira del sonido original, revisa los comentarios, las etiquetas, lo que haya.

Se apoyó en el marco de la puerta.

—Y si hace falta, bajas allí y le preguntas a los Elmos y a los Spiderman de la plaza. Me da igual.

Helen abrió la boca para replicar, seguramente para argumentar que eso no entraba en su descripción de puesto.

Dakota la cortó con una sola mirada.

—Lo quiero en mi equipo —sentenció—. Hoy.

—Dakota…

Si Helen la llamaba por su nombre de pila, o si se le escapaba un tuteo, era porque ya estaba hasta las narices.

Helen era de la vieja escuela; se aferraba al «usted» como a un escudo y, por mucho que Dakota le insistiera en que podía relajar el trato, ella jamás lo hacía.

Salvo en momentos así. Cuando Dakota conseguía desquiciarla por completo.

Dakota sonrió.

—Ahora, Helen.

Cerró la puerta del despacho, silenciando las excusas de su secretaria. Caminó hasta el ventanal que dominaba la ciudad y dejó que una sonrisa breve le rozara los labios.

No pensaba dejar escapar semejante talento.

Cualquiera podía memorizar teorías en Yale, recitar a Chomsky de memoria o heredar un apellido compuesto que abriera puertas en los clubes de campo.

Eso era fácil.

Lo difícil, lo que no se enseñaba en ninguna universidad de la Ivy League, era tener el ojo para diseccionar la realidad y volver a montarla a tu antojo.

Y ese crío había entendido en un segundo la regla de oro de este negocio. Una regla que al resto del mundo le costaba una vida asimilar.

La verdad está sobrevalorada.

Un golpe seco en la puerta interrumpió el hilo de sus pensamientos.

Dakota se giró justo cuando el pomo giraba y la puerta se abría lo suficiente para dejar ver una cabeza.

Ben. Veinticuatro años, pelo rubio peinado hacia atrás, ojos azules y facciones suaves y simétricas. El típico chico de oro americano. Tenía un máster en Comunicación Corporativa por Columbia y era su mano derecha. Eficiente, leal y con una memoria excepcional para las cifras.

Pero era blando. Todavía conservaba ese brillo de idealismo en los ojos que Dakota había perdido hacía años.

—¿Qué le has pedido esta vez? —preguntó Ben dejando entreabierta la puerta, pero sin llegar a entrar—. ¿Que consiga una reserva en Le Bernardin para esta misma noche? ¿O que localice

aquel tono de labial de Chanel que descatalogaron en el noventa y nueve?

—¿Está refunfuñando? —preguntó Dakota; una sonrisa tiraba de la comisura de sus labios.

Ben asintió con la cabeza, divertido.

—Se ha marchado refunfuñando, invocando a todos los dioses del Olimpo y a un par de demonios menores también. Y creo que la he oído murmurar algo sobre que su sueldo no cubre misiones de espionaje internacional y que a su edad debería estar tejiendo patucos, no acosando a adolescentes por internet. Y ha terminado con su clásico «De esta dimito. Definitivamente».

Dakota sonrió abiertamente.

Helen era así. Puro teatro. Amenazaba con despedirse cada semana, pero nunca llegaba a escribir la carta.

Y al final del día, siempre conseguía lo imposible.

—No le he pedido nada que no pueda hacer —dijo Dakota, restándole importancia con un gesto, y señaló lo que él traía presionado bajo el brazo—. ¿Cuántos ejemplares llevas ahí?

Ben sonrió con culpabilidad.

—No he podido resistirme. Vane & Co. ha acaparado todas las portadas. Tanto la prensa económica como la generalista.

—Sabes que existe la versión digital, ¿verdad? —se mofó ella, arqueando una ceja.

Ella ya los había leído todos nada más despertar. Dos veces.

—Los árboles te odian, Ben.

Ben resopló e ignoró su comentario ecologista.

—¡Que les den a los árboles! Un veintidós por ciento de ganancias, jefa. Eso no se ve todos los días.

—Entiendo que, como la otra noticia es bastante más vulgar y frecuente, has preferido no traer ningún ejemplar —replicó ella con una pizca de veneno.

Ben restó importancia al asunto con un gesto despectivo.

—La hemos eclipsado.

Por suerte, así había sido. O mejor dicho, por mérito propio.

Dakota era jodidamente buena en su trabajo y no pensaba dejar que el azar se llevara el crédito de lo que ella misma había orquestado.

—Aun así, traigo un ejemplar por si te va el masoquismo. ¿Lo quieres ver?

Dakota negó con la cabeza de inmediato. No, gracias. Ya había tenido suficiente con que se le revolviera el estómago esa mañana al abrir el periódico. Menos mal que el contraataque ya estaba en marcha; de lo contrario, el golpe se habría notado.

—Suficiente tengo con esto, gracias —sentenció, señalando la pantalla del móvil que había empezado a vibrar sobre la mesa.

Ben torció el gesto en una mueca de ironía.

—¿Seguro que no prefieres la prensa sensacionalista? A veces es más divertida.

Dakota aceptó la llamada y le hizo un gesto tajante para que se marchara.

—Si llamas para decirme que escribir ese artículo te ha provocado una úlcera, te sugiero Almax, Greg —saludó, reclinándose en su silla en cuanto se quedó a solas—. Aunque no será la primera ni la última vez que te provoquemos acidez. ¿No te has planteado que sería mejor dejar el periodismo y dedicarte a la cría del caracol? Es mucho más relajado y, sobre todo, menos arriesgado que meterte conmigo.

—No vas a tener esa suerte, querida —respondió Greg Baxter, el editor de finanzas del *Chronicle*.

Un tipo con el olfato de un sabueso, la ética de una hiena hambrienta y una relación con Vane & Co., y en ocasiones con Dakota, que oscilaba entre el odio visceral y una extraña necesidad mutua.

—Seguiré siendo tu dolor de muelas favorito una temporada más.

Dakota pudo escuchar la sonrisa en su voz.

—Me lo temía —soltó un suspiro teatral—. Pero bueno, ¿qué es eso que dicen? Que la esperanza es lo último que se pierde.

—¿Y es esa esperanza la que te mantiene encadenada a Cole Vane? —disparó él con suavidad.

Dakota arqueó una ceja.

—¿Cole Vane? Pensé que ahora lo llamabas el Rey Midas —atacó ella, recordando el titular—. Pero no te preocupes por tu úlcera. Sobrevivirás. Como haces siempre. Para mi desgracia.

Una carcajada estalló al otro lado de la línea.

Dakota sonrió.

Conocía a Greg desde hacía una eternidad. Habían compartido aulas en la universidad y cruzaron la línea en un par de ocasiones, pero nunca pasó de ahí.

Y de eso hacía ya muchos años…

—Buenos días, Dak.

—Al grano, Greg.

—Veo que tu mal despertar sigue intacto.

—Solo cuando se trata de ti —replicó ella.

—Siempre he tenido ese efecto. No me culpes por ser constante.

—Las hemorroides también son constantes, Greg. Si tú consideras eso una virtud…

Greg soltó una risa breve.

—Los resultados son impresionantes —concedió él, recuperando la seriedad—. Vane ha hecho un gran trabajo.

—Vaya. ¿Debería grabar esto y ponérselo en bucle, además de enmarcar tu artículo? —bromeó Dakota.

—Sé separar lo personal de lo profesional.

Dakota seguía sin entender qué demonios era «lo personal» entre ellos.

En la ciudad era un secreto a voces que él y Cole Vane no se soportaban. Y lo desconcertante era que, sobre el papel, deberían entenderse a la perfección. Porque eran idénticos.

Quizás era ese el problema.

—Menos cuando se trata de ti —continuó Greg—. Enhorabuena, porque si el trabajo de Vane ha sido bueno, el tuyo ha sido todavía mejor, logrando que ese escándalo carezca de importancia.

—No hay ningún escándalo, Greg. Es un montaje.

—Montaje o no, su fama de picaflor no le ayuda, y lo sabes.

Sí, lo sabía bien. Pero para eso estaba ella, para arreglar esos estropicios y no permitir que la imagen de Cole, ni de Vane & Co, se manchara por nada. No pudo evitar que un par de tabloides de poca monta publicaran las dichosas fotos en las que parecía que su jefe estaba con la mujer del senador.

Y digo «parecía» porque era mentira.

Dakota había comprobado su geolocalización.

Sí, hasta ese punto de control llegaba.

—¿Para eso me llamas? ¿Para decirme lo que ya sé, que soy muy buena en mi trabajo?

—¿Te gustaría que la llamada fuera para un tema más… personal? —ronroneó.

—Antes muerta —cortó al instante.

—Eres cruel —replicó con un suspiro teatral—. Esto es pura cortesía profesional.

—Ah, ¿pero tú tienes de eso?

—¿Cortesía? A ratos. ¿Debilidad por ti? Siempre —dijo él—. Aunque te empeñes en trabajar para el Imperio del Mal. Digamos que te llamo por los viejos tiempos.

—Me tienes en ascuas… —murmuró Dakota, tamborileando sobre la mesa.

—Este fin de semana cumple años el viejo Vane, ¿no? —preguntó él.

—¿Te han degradado a la sección de *Ecos de Sociedad* y vas a cubrir la noticia? —bromeó—. Creía que eras alérgico a los canapés y a la flor y nata.

Como editor de economía, Greg jamás se rebajaba a cubrir eventos de esa índole. Le daba igual lo ricos o famosos que fueran los invitados; él analizaba fusiones, quiebras y movimientos bursátiles. Las fiestas de cumpleaños se las dejaba a los becarios de la sección de *Vida y Estilo.*

—No me importaría hacer una excepción en esa fiesta —replicó él —. Sobre todo porque pagaría por ver la cara del soltero de oro —se refería a Cole Vane, por supuesto— cuando se dé cuenta de que su veintidós por ciento de beneficio trimestral va a quedar eclipsado por una noticia mucho más jugosa.

—¿Desde cuándo hay algo más jugoso en el mundo de los negocios que el dinero?

—Un compromiso —dijo Greg.

Hubo una pausa calculada al otro lado de la línea.

Dakota se mantuvo en silencio.

—Sobre todo si el novio es uno de los herederos del imperio Vane —remató Greg.

Cole no era, así que…

—Supongo que no lo sabías —dijo Greg, y Dakota pudo visualizar perfectamente su sonrisa de suficiencia—. Menos mal que me tienes a mí. Ha vendido la exclusiva.

—Mmm… —suspiró Dakota—. Espero que no hayas sido tú quien la haya comprado. Eso rebajaría tu caché, Baxter.

—Podría hacerme con ella —dijo él, ignorando el dardo—. Sería todo un pelotazo para el periódico. La caída del niño prodigio y el ascenso del primo responsable. Es una narrativa preciosa.

—¿Por qué no lo haces?

Greg bufó, pero no respondió a la pregunta.

No hacía falta. Era evidente.

Nadie se tomaba en serio a Julian Dalton.

—¿Tienes ya el contraataque preparado? —preguntó en su lugar.

Greg la conocía muy bien. Que ella supiera o no sobre el supuesto compromiso no importaba; la verdadera cuestión era si tenía algo en mente para quitarle el protagonismo a Julian.

Y, conociendo a Dakota, también sabía que no iba a responder a esa pregunta.

—Creo que sí que te veré en el cumpleaños —fue todo lo que dijo ella.

Sonrió antes de cortar la llamada, sin dar ni una sola explicación más.

Pero la sonrisa se le borró del rostro al instante. Se levantó, apoyó las manos en la cintura y le dio vueltas al asunto.

No podía decir que aquello la sorprendiera. No era la primera vez que Julian intentaba una maniobra a la desesperada para ganar el favor del Consejo.

Pero la cuestión era: ¿por qué ahora?

Cole acababa de darle los mayores beneficios de su historia a la empresa. Un simple anuncio de compromiso podía empañarlo, sí, y complicarle las cosas a nivel de imagen, ¿pero tanto como para beneficiar realmente a Julian?

Dakota lo dudaba.

A no ser que hubiera algo más…

Dakota entrecerró los ojos, atando cabos a toda velocidad.

Los japoneses.

La negociación llevaba semanas estancada. Un silencio administrativo que Cole atribuía a la burocracia, pero que a ella siempre le había dado mala espina. Siempre había sospechado que aquel parón escondía algo más.

Y seguramente Julian pensaba igual. O peor aún, sabía más de la cuenta. De ahí que hubiera movido ficha en este preciso instante.

Dakota descolgó el teléfono de la línea interna.

—Despacho del señor Vane, buenos días.

Quien respondió fue la secretaria de Cole.

—¿El señor Vane ya está reunido con el Consejo? —preguntó Dakota, sin molestarse en identificarse.

Molly conocía su voz de sobra.

—Sí, señorita Prescott. Acaba de marcharse.

Dakota asintió, aunque la otra mujer no pudiera verla.

—Cuando vuelva al despacho, avísame inmediatamente.

Tras escuchar el «por supuesto» firme de la secretaria, Dakota colgó el auricular.

Puede que aquello no fuera nada, como tantas otras veces. Otra pataleta de Julian. Aunque era cierto que esta vez parecía haber ido demasiado lejos.

¿Una exclusiva? ¡Por favor!

¿Y con quién, además? Si con la única mujer con la que se le veía últimamente era con su madre.

Tampoco es que se le hubiera visto muy acompañado del sexo femenino antes. Dakota incluso tenía sus serias dudas sobre su orientación sexual; siempre había sospechado que jugaba en la otra liga, pero sabía que eso no le impediría organizar una boda heterosexual de manual.

Fuera lo que fuese, no podían permitirse el lujo de subestimarlo.

Más les valía estar preparados para contraatacar cualquier movimiento que aquel bueno para nada pudiera hacer.



Capítulo 2

Cole ya tenía la mano en el pomo de la puerta de la sala de juntas cuando alguien pronunció su nombre a su espalda.

—Cole.

Se giró.

Harry Milley, su director de Negocios Internacionales, avanzaba hacia él a paso rápido, con el móvil todavía en la mano y una expresión que no le gustó nada. Demasiado rígida. Demasiado contenida.

—¿No puede esperar? —preguntó Cole, refiriéndose a lo que fuera que tuviera que decirle.

Una sutil negativa con la cabeza por parte de Harry le dio la respuesta.

Cole le hizo un gesto para que se apartaran hacia una esquina más alejada de la puerta, donde nadie pudiera oírlos.

—¿Y bien?

—Tengo un correo de Tanaka —el enlace directo con los japoneses.

Aquello no debería haber sido una mala noticia. Al contrario, llevaban días esperando respuesta del clan nipón, así que el hecho

de que por fin se comunicaran debería haber sido un alivio.

Sin embargo, a juzgar por la cara de Harry, era evidente que buenas noticias no eran.

—¿Y? —insistió, haciendo acopio de una paciencia que no tenía.

—El patriarca ha pedido una revisión interna adicional —soltó Harry en voz baja.

—Mierda —gruñó Cole.

En el idioma corporativo, aquello no era burocracia.

Era duda. Pura y dura.

Y aquel era el peor momento posible para saberlo. Justo antes de encarar al Consejo.

—Está bien. Averigua qué es lo que de verdad los está frenando y mantenme informado —ordenó.

Harry, con su cabello rubio impecablemente peinado y ese aire de eficiencia que lo caracterizaba, asintió con la cabeza y se marchó a cumplir la orden.

Cole se quedó solo un instante. Apretó los labios con fuerza y soltó el aire en un suspiro controlado.

No era ningún novato. Sabía jugar sus cartas incluso cuando la mano era mala. Tendría que meterse al Consejo en el bolsillo como fuera. Ese veintidós por ciento de aumento en las ganancias trimestrales iba a tener que servir de escudo.

Al menos, por hoy.

Vane & Co. encabezaba los titulares de la prensa económica mundial.

«Vane & Co. destaca por su disciplina de riesgo en un entorno volátil», había escrito el *Financial Times*.

«Cierra un trimestre sólido y refuerza su enfoque de largo plazo», aplaudía el *Wall Street Journal*.

Un veintidós por ciento de beneficios. El mejor trimestre de la historia reciente de la firma. Los números eran impecables, indiscutibles. Y el mérito era suyo.

Y aun así, en la maldita junta no habían hablado de eso.

Cole estaba furioso.

—Acaban de recibir los mayores dividendos de la historia de la compañía —dijo, lanzando la americana sobre el respaldo de una de las sillas de cuero en cuanto la sala de juntas se quedó vacía—. Un veintidós por ciento.

Se llevó la mano al cuello para aflojarse el nudo de la corbata, buscando desesperadamente un poco de aire.

—Deberían estar descorchando champán ahora mismo. Pero no. El Consejo decide ignorar todo eso para centrarse en los chismes de la prensa del corazón y en la tardanza de la firma con los Kurosawa — se dejó caer en la silla, haciendo que el cuero crujiera bajo su peso.

Tener la fortuna de los Kurosawa bajo su gestión no solo significaba inyectar miles de millones en activos a la firma; significaba conseguir la llave maestra que les abriría, de par en par, las puertas del hermético mercado asiático.

Era un contrato vital, sí. Y no había ningún problema real con él.

Al menos, no por su parte.

Cole todavía no sabía qué estaba frenando al clan, pero fuera lo que fuese, no iba a dárselo masticado al Consejo. Lo solucionaría él.

—Un resbalón con los Kurosawa no te cuesta dinero —dijo su abuelo, Alexander Vane, sentado en la silla frente a él—. Te cuesta

credibilidad. Y la credibilidad es el único activo que garantiza la sucesión, Cole. Con noticias como esa con la mujer del senador…

—Eso es un montaje —lo cortó él, con la voz cargada de una rabia contenida.

—Montaje o no, no te beneficia. La credibilidad es la sucesión, Cole. ¿Cuándo vas a entender eso?

Nunca. Se negaba a aceptar algo así.

—Se olvidarán de eso en tres días. Y no hay ningún maldito resbalón con los japoneses —gruñó.

Joder. Estaban llevándolo todo al extremo.

Había un atraso, un maldito atraso. Eso era todo. El negocio no se había ido a pique ni mucho menos.

—No puedes ser tan arrogante, ni tan ingenuo, como para creer que unos titulares y unos cuantos ceros en sus cuentas corrientes te bastarán para blindar la sucesión eternamente —dijo Alexander con una calma irritante.

No, no era tan arrogante como para creer eso. Pero tampoco pensaba dejar que el Consejo oliera sangre por un simple retraso.

Miró al anciano fijamente.

—¿Qué más tengo que demostrar?

Hasta el momento, desde que su abuelo lo había nombrado CEO interino, Cole se había dejado la vida intentando demostrar a esa panda de carcamales que formaban el Consejo que él era la mejor opción para hacerse con la presidencia definitiva.

No había absolutamente nada que pudieran echarle en cara a su gestión. Los estaba haciendo más ricos que nunca.

—Ya sabes lo que quieren —dijo Alexander con voz grave.

Cole asintió con la cabeza.

—El contrato con los Kurosawa está listo —repitió, ya sin paciencia —. Solo falta que lo confirmen.

—Nada está cerrado hasta que la tinta se seca —sentenció el anciano—. Nunca des nada por sentado, Cole. Y menos cuando se trata de negocios de este calibre.

—Si los Kurosawa albergan alguna duda, y no la albergan —y, si la albergaban, no sería algo que el Consejo necesitara saber—, con los titulares de esta mañana la cuestión habrá quedado zanjada. Y si aun así dudan, es que no son tan inteligentes como creo. Dejar su fortuna en Vane & Co. es lo único sensato que pueden hacer.

Ellos, y cualquiera que quisiera que su dinero sobreviviera a sus nietos.

No lo decía por arrogancia, sino por pura estadística.

Vane & Co. gestionaba «dinero viejo». Fortunas que llevaban apellidos históricos, herencias que habían sobrevivido a guerras, crisis y revoluciones.

Su trabajo era asegurarse de que ese dinero nunca dejara de crecer.

Su abuelo lo observó en silencio durante un largo momento. Entendía el negocio mejor que nadie; sabía que Cole tenía razón en los números.

Pero aun así, negó levemente con la cabeza.

—Aquí lo único que importa es que tú seas inteligente.

—¿No he demostrado serlo? —resopló—. He llevado la empresa hasta donde nadie imaginó que llegaría jamás. Ni siquiera tú —lo señaló con el dedo.

Y era cierto. Alexander Vane había construido los cimientos más sólidos de Wall Street y había convertido el apellido Vane en sinónimo de confianza. Nadie podía negarle eso. Pero bajo su mando, la firma había sido una entidad conservadora, un club

privado y polvoriento diseñado para proteger el dinero de las viejas élites neoyorquinas.

Cole había tomado ese prestigio y lo había usado como combustible. Había transformado una gestora de patrimonios clásica en una potencia financiera global. Había abierto mercados en Europa, integrado algoritmos de predicción que dejaban obsoleta a la competencia y multiplicado el valor de la acción por diez.

Y ahora estaba abriéndose paso en el mercado asiático.

—Si eso no es inteligencia…

—Eso es capacidad de negocio y liderazgo —lo interrumpió su abuelo con suavidad—. La inteligencia es otra cosa. Inteligencia es saber meterte al Consejo en el bolsillo. Y tú no lo estás haciendo.

El Consejo.

Una colección de reliquias con trajes a medida y mentalidad del siglo diecinueve que, desgraciadamente, todavía ostentaba demasiado poder en Vane & Co.

—El Consejo me necesita —dijo Cole, levantándose de la silla.

—El Consejo te tolera porque los haces ricos —rectificó su abuelo con dureza.

Cole ya le daba la espalda, mirando por la ventana de la sala, con las manos en los bolsillos.

—No confundas avaricia con lealtad, hijo.

Cole no lo miró. Solo se tensó.

—Necesitas que te respeten y te den el lugar que te mereces como el indiscutible sucesor de la firma. Los ceros en sus cuentas corrientes han ayudado. ¿Pero hasta cuándo? Tu puesto no está todavía asegurado. Al mínimo resbalón, irán a tu cuello. Y yo no podré salvarte.

Cole apretó los labios. Sabía que tenía razón.

Su abuelo seguía siendo el dueño de la mayoría de las acciones. Sobre el papel, su palabra era ley. Técnicamente, podía entrar ese mismo día en la sala de juntas, golpear la mesa e imponer su sucesión definitiva aunque los doce miembros del Consejo votaran en contra gritando y pataleando.

Pero a ese nivel, declarar la guerra a tu propia junta directiva era un suicidio financiero.

Si el abuelo lo imponía a la fuerza, el mercado lo olería como debilidad al instante. Parecería el capricho de un anciano protegiendo a su nieto favorito, no una decisión de negocios sólida. Los inversores externos entrarían en pánico, la prensa financiera los destrozaría y la acción se desplomaría antes de la hora del almuerzo.

Cole sería el rey, sí. Pero de un reino en llamas.

Su abuelo quería retirarse ya y dejarle el control total, pero era demasiado astuto para hacerlo sin tener el respaldo real de la mesa. No iba a entregarle las llaves del imperio si sospechaba que la tripulación se iba a amotinar al día siguiente.

Y lo peor de todo era que no tenían ninguna razón sensata para hacerlo. Solo eran prejuicios de carcamales que temían lo que no podían controlar.

Alexander suspiró pesadamente. Fue un sonido profundo, ronco, que pareció arrastrar el peso de décadas de batallas corporativas.

Solo en ese momento, al oírlo, Cole se giró para mirarlo.

Y lo que vio lo dejó helado.

Alexander Vane siempre había sido una fuerza de la naturaleza. Cabello blanco inmaculado, espalda recta inquebrantable, mirada de halcón. A sus ochenta años seguía imponiendo más respeto con un solo arqueo de ceja que un batallón entero de abogados.

Pero en ese instante, bajo la luz cruda de la mañana, no parecía el titán de Wall Street que había criado a Cole.

Parecía… ¿cansado?

Las arrugas alrededor de sus ojos se veían más profundas, y esa postura rígida que siempre lo caracterizaba parecía haberse vencido ligeramente hacia delante, como si la gravedad hubiera decidido, por fin, cobrarle la factura.

Por primera vez, Cole pensó que quizá no era tan invencible como creía.

—Julian está ganando adeptos —dijo el anciano, mirando a la nada.

Se refería a su primo. Un inútil que ocupaba un despacho decorativo en el Departamento de Relaciones Institucionales; un cargo inventado expresamente para justificar su sueldo y mantener sus manos lejos de cualquier decisión importante.

—Julian no sabe hacer ni la o con un canuto —escupió Cole con desdén.

Aquel sillón, aquel despacho y aquel imperio no serían para él. No mientras Cole respirara.

—Es evidente que Julian carece de visión de negocio y de liderazgo —continuó, analítico—. Son cualidades que a ti te sobran. Pero es inteligente, Cole. Astuto. Sobre todo, sabe distinguir una oportunidad —advirtió su abuelo—. Reconoce la debilidad en cuanto aparece. Y ataca en el momento justo. Ten cuidado, Cole, porque te puede dejar fuera de juego.

—El Consejo podrá ser todo lo arcaico que quieras —insistió Cole, restándole importancia con un gesto de mano—, pero no son unos suicidas. Saben que con él los números caerían en picado en menos de un trimestre. Nadie apuesta contra su propia cartera.

Su abuelo soltó una carcajada irónica, seca y sin humor.

—He visto cosas peores, créeme. La estupidez humana es el único recurso infinito del mercado.

—No te preocupes, eso nunca pasará —aseguró Cole, sosteniendo la mirada de ese par de ojos del mismo gris gélido que los suyos.

Pero su abuelo no parecía estar convencido.

Conocía bien a Julian. Su otro nieto era ambicioso. Igual que su madre. Y en esa rama de la familia, la ambición nunca era inofensiva.

Madre e hijo veían Vane & Co. no como un legado que proteger, sino como un cajero automático infinito para financiar sus excesos.

Y la simple idea de ver a Julian sentado en ese despacho era algo que el anciano no podría soportar.

—No quiero ver a Julian sentado en la presidencia —dijo entonces Alexander, con voz grave.

—¿Pero? —preguntó Cole, intuyendo el golpe.

—Pero si el Consejo toma una decisión —sentenció, mirándolo a los ojos—, yo la respaldaré.

—¿Incluso si se equivocan?

Alexander sostuvo su mirada sin pestañear.

—Especialmente entonces.

Cole asintió despacio, con la mandíbula tensa.

El mensaje era claro, el de siempre. Solo de él dependía hacerse con la sucesión. Nadie iba a lanzarle un salvavidas si tropezaba.

—Sabes cómo hacerte con la presidencia. La cuestión es, ¿qué estás dispuesto a hacer por Vane & Co?

Cole lo tenía claro. Haría lo que fuera para conseguirlo.

Cualquier sacrificio por el bien de la empresa.

¿O no?



Capítulo 3

—Cole…

Cole miró a Dakota, pero siguió caminando.

—No estoy para malas noticias —advirtió, acelerando el paso—. Ni de humor tampoco.

Acababa de salir de la sala de juntas, después del desastre de la reunión con el Consejo, y su paciencia estaba bajo mínimos.

No le quedaba ni una gota de diplomacia en el cuerpo.

Ella se había cansado de esperar y había ido hasta allí; así que a joderse.

—Señor Vane. Señorita Prescott —los saludó la secretaria de dirección al verlos llegar a la antesala.

—Código rojo, Molly —dijo Dakota, lanzándole una mirada significativa a la mujer.

Cole, que ya tenía la mano en el pomo de la puerta de su despacho, parpadeó.

—¿Código rojo? —preguntó, mirando a Dakota, que pasaba por su lado entrando en la oficina como si fuera dueña del lugar—. ¿Qué

demonios es un código rojo?

Ella lo miró con una expresión que gritaba «no eres más tonto porque no te entrenas», negó con la cabeza e ignoró la pregunta mientras se adentraba en el despacho.

Cole soltó un suspiro pesado.

Menos mal que le había dicho que no estaba de humor.

—Molly, no me pases llamadas. No estoy disponible —ordenó Cole, girándose hacia su secretaria—. Para nadie. Te diría que tampoco para ella —señaló con la mano el interior del despacho—, pero… —negó con la cabeza, resignado—. En fin…

La mujer, una veterana que había sobrevivido al mandato del viejo Alexander Vane y que probablemente sabía dónde estaban enterrados todos los cadáveres de la empresa, lo miró por encima de sus gafas de lectura.

—Código rojo —confirmó la mujer, asintiendo con gravedad, sin que se le moviera ni un pelo de su estricto moño gris.

Cole se quedó mirándola un instante, estupefacto.

¿Código rojo? ¿Qué demonios era un código rojo?

Sabía lo que era un código amarillo porque Dakota lo activó el verano pasado cuando aquella modelo tuiteó una foto desde su baño. Significaba «Prensa rosa en el perímetro, cierra la boca y sonríe. O mejor no, mejor mantenla cerrada del todo.»

¿O ese era el azul?

No, el azul fue cuando la Comisión de Valores envió a sus sabuesos a husmear en los libros de cuentas sin avisar.

¿O aquel fue el verde?

Maldita sea, Cole no tenía ni idea. Se le mezclaban todos en la cabeza.

Negó con la cabeza, dándose por vencido, y entró en el despacho cerrando la puerta tras de sí con un golpe seco.

—¿Código rojo, Dakota? ¿Qué, por todos los santos, es eso?

Lanzó la americana hacia el perchero sin siquiera mirar si acertaba. Por el ruido sordo de la tela contra el suelo, dedujo que no.

Le dio igual.

Rodeó el escritorio y se dejó caer pesadamente en su silla de cuero. Y la miró.

—¿Y qué problema tienes con los colores? —los dedos de Cole comenzaron a aflojar el nudo de la corbata.

Dakota permanecía de pie junto a la silla de invitados, frente al escritorio, con las manos apoyadas sobre el respaldo.

—Supongo que no tantos como tú con el Consejo —replicó ella.

Fue un golpe bajo. Obviamente.

—¿Por qué demonios tenemos que usar esta mierda? —preguntó, sacándose la corbata por la cabeza sin deshacer el nudo del todo—. Es un símbolo de opresión.

Dakota enarcó una ceja, escéptica.

—Los hombres también sufrimos de eso —se defendió él, lanzando la prenda sobre el escritorio.

—Nadie te obliga a llevarla.

—Bueno… Permíteme discrepar —se desabrochó los dos primeros botones de la camisa, liberando su cuello—. ¿Cómo crees que le sentaría al Consejo si apareciera de esta guisa? —empezó a desabrocharse los puños para arremangarse la camisa, dejando al descubierto unos antebrazos firmes y bronceados.

Bueno, Dakota no sabía cómo le sentaría aquel *striptease* parcial a un Consejo de administración repleto de heterosexuales de

masculinidad frágil. Pero ella podía ofrecer una lectura desde otro ángulo.

Y, sinceramente, la vista era excelente.

Cole tenía un físico que no pasaba desapercibido. Era alto, de hombros anchos y con un cuerpo trabajado, fibroso, pero sin resultar excesivo.

Y, maldita sea, era guapísimo. Tenía un rostro espectacular, de facciones duras y masculinas.

Quizá alguno de esos ancianos no tenía la masculinidad tan frágil y supiera apreciar el espectáculo también.

—Siempre puedes probar. De todas formas, hagas lo que hagas, te van a criticar —sentenció ella, apartando la vista de sus brazos para volver a su cara.

Él resopló.

—Malditos carcamales. Tema único de la junta: mi supuesto *affair* con la mujer del senador y el contrato en punto muerto con los japoneses —dijo, con el hastío impregnando cada sílaba—. Ni una sola mención a los millones que les he hecho ganar a cada uno este trimestre. Aunque supongo que ya lo sabes.

Dakota se enteraba de todo antes que nadie.

Siempre.

—Al parecer, el dinero ya no es suficiente motivación para ellos. Y esto también lo sabes, claro.

Se pasó una mano por el espeso pelo negro, despeinándose todavía más.

—Y, por si fuera poco, mi abuelo me ha dejado muy claro que, si el Consejo decide ir a por mí, él no piensa interponerse —dijo, irritado—. Básicamente, me ha dicho que si me hundo, me ahogo solo. Y teniendo en cuenta que no sé qué demonios está pasando con los asiáticos, que ahora dicen que tienen que «revisar

procesos»… —se detuvo un instante—. Algo que parece que tú también sabías ya. Sí —asintió—, parece que me voy a ahogar.

Cole miró a Dakota fijamente, con los ojos grises brillando de frustración.

—Así que, por favor, si no vienes a decirme algo bueno… ahórratelo.

Dakota lo observó en silencio un segundo.

Cole lucía acorralado.

—Greg Baxter ha dicho que, si tiene que escribir otro titular alabando tus ganancias, deja el periodismo y se dedica a la cría del caracol —soltó ella, intentando arrancarle, aunque fuera, media sonrisa—. ¿No cuenta eso como una alegría? Al fin y al cabo, es evidente que va a tener que escribir muchos más.

Cole se quedó mirando a la pelirroja pecosa que tenía enfrente sin ni siquiera parpadear.

—Dakota…

El tono de advertencia en su voz fue suficiente.

—Vale, vale —suspiró ella, levantando las manos en un gesto de rendición antes de dejarlas caer y borrar la sonrisa de su rostro—. Mensaje recibido. Olvida lo de las cosas buenas. Porque me temo que lo que traigo es justo lo contrario.

—Suéltalo ya —masculló Cole.

—Julian va a anunciar su compromiso en la fiesta de cumpleaños del abuelo.

No es que Alexander Vane fuese su abuelo, pero ella siempre lo llamaba así. Era un apodo cariñoso que se había ganado tras años de aguantarlos a todos.

Cole no dijo nada. Solo la miró un momento y, después, se levantó de la silla.

—Mándale una corona de flores —dijo con sorna mientras caminaba hacia el mueble bar de la esquina—. Y mi más sentido pésame a la novia. Que, por cierto, ¿quién es?

Se sirvió un whisky generoso.

—No es un chiste, Cole.

—No dije que lo fuera —replicó él, muy serio.

Levantó el vaso, dispuesto a bebérselo de un trago, pero el cristal desapareció de sus dedos antes de llegar a sus labios.

—Te dará dolor de cabeza —le advirtió ella, sosteniendo el vaso lejos de su alcance.

Cole no estaba para juegos. Le arrebató el vaso de la mano con un movimiento rápido.

—Ya tengo dolor de cabeza.

Y, sin dejar de mirar a los ojos a esa pequeña metomentodo, se lo bebió de un solo trago, sintiendo el ardor bajar por su garganta.

Negando con la cabeza, Dakota se alejó de él y se apoyó en el borde del escritorio.

—Va a anunciar su compromiso con la hija mayor de los Caldwell —dijo entonces.

No le había costado mucho a Dakota saber de quién se trataba; un par de llamadas y listo.

Habría acabado antes preguntándole a Greg, pero aquello habría sido admitir que no sabía nada sobre ese compromiso. Y eso sí que no.

Dakota observó la reacción de Cole. Su mano se quedó congelada justo en el momento de posar el vaso de nuevo en la barra.

El empresario negó con la cabeza y soltó una risa irónica.

—Eso sí que no me lo esperaba —admitió.

—Nadie lo hacía. De todas las estrategias que se me habían ocurrido para que Julian intentara ganar aliados en el Consejo… Una alianza con los Caldwell ni se me había pasado por la cabeza —reconoció Dakota.

—A mí tampoco —clavó la vista en Dakota un instante y frunció el ceño—. ¿Creías que iba a afectarme porque fuera ella?

Dakota no dijo nada. Una mueca en sus labios y un leve encogimiento de hombros fue toda su respuesta.

—¡Dak, por Dios! —exclamó él, ofendido.

—Ha sido reciente —señaló ella.

—Solo fue una noche —se defendió él al instante.

—Yo no tengo por qué saber eso.

—Pues lo sabes. Sabes perfectamente que no repito con ninguna —soltó, más brusco de lo que pretendía.

Estaba molesto, joder. Y ni siquiera sabía por qué. Solo sabía que necesitaba salir de allí.

Se acercó al escritorio, agarró la corbata y se la pasó por la cabeza.

—No tengo por qué saberlo todo sobre ti —Dakota fingió un escalofrío, como si la sola idea le diera alergia.

Cole resopló y, tras abrocharse el botón de la camisa, empezó a pelearse con la corbata.

Dakota se acercó, le apartó las manos de un manotazo seco y se hizo cargo del nudo.

—Pensé que sí —sonrió Cole, recuperando repentinamente el buen humor—. ¿No es eso lo que siempre me dices? —cambió el tono de voz, agudizándolo para imitarla—: «¡¿Cómo voy a arreglar tus meteduras de pata si no me cuentas las cosas?!».

Y cuando decía siempre, se refería a siempre. Cole llevaba escuchando esa frase desde que era un crío.

Dakota lo fulminó con la mirada. ¿Por qué tenía que imitarla tan bien, maldita sea? Terminó de ajustarle el nudo, le bajó el cuello de la camisa y se alejó un paso para inspeccionar su obra.

—Karina siempre ha apuntado alto en la caza de marido —señaló, volviendo al tema—. Esperaba que fueras tú.

Sí, primero puso la mira en Cole. Pero él no era ningún objetivo viable cuando de pasar por el altar se trataba.

—Fui sincero desde el principio. Con ella y con todas —dijo Cole, mientras terminaba de desenrollarse las mangas para volver a cubrirse los antebrazos.

Él solo buscaba un único intercambio de fluidos. Por muy cabrón que sonara, era así. Y le importaba poco si era la hija del senador o del mismísimo presidente. No volverían a tener nada más.

Parecía que Karina, tras comprobar que no iba a ser ninguna excepción por ser quien era y que Cole no sería su vía de acceso para incrustarse en el linaje Vane, había elegido otra manera de lograrlo.

¿Pero con Julian?

Por Dios…

—Desde un punto de vista financiero, el negocio es ruinoso para ella —sentenció Cole.

—Especialmente si lo comparamos con lo que habría tenido a tu lado —apuntó ella.

—Y conociendo a mi primo, dudo que la pasión desenfrenada sea el motor de esta locura.

No. Lo miraras por donde lo miraras, ese compromiso era una fusión de intereses terriblemente mal equilibrada.

—Pero él aporta el apellido Vane —dijo Dakota—. No lo olvides.

—Sí, pero poco más. El apellido sin el poder es solo tinta en una tarjeta de visita. Y tanto Karina como su padre lo saben.

Cole ya se estaba poniendo la chaqueta.

—Es evidente que Julian les ha prometido a los Caldwell algo muy suculento para cerrar el trato.

¿Y qué era lo único que Henry Caldwell había codiciado siempre?

Estaba claro.

—Sobre mi cadáver se hará Julian con el control de esta empresa —sentenció Cole—. Ese imbécil no sabe distinguir un bono del Tesoro de un billete de lotería.

—Pero sabe distinguir una oportunidad —replicó Dakota, repitiendo casi las mismas palabras que había usado el abuelo un rato antes—. Y lo de los japoneses le ha venido al pelo. Si es que no lo ha provocado él.

La mandíbula de Cole se apretó con fuerza.

—¿Crees que es cosa suya? —preguntó mientras terminaba de abrocharse la chaqueta.

Dakota se encogió de hombros.

—No tengo pruebas para asegurarlo, pero ¿te extrañaría? Estamos hablando de los Kurosawa. No pondrían en tela de juicio un acuerdo que ya está prácticamente firmado porque sí. Si están haciendo esto, no son simples dudas, Cole; tiene que haber algo más.

Cole se quedó un momento pensativo, con las manos ya metidas en los bolsillos del pantalón.

—Qué casualidad que el anuncio del compromiso sea ahora, ¿no? —continuó ella.

No dejaba de darle vueltas y todo la llevaba a la misma conclusión.

—Un compromiso no le dará la presidencia —replicó Cole, aunque su voz sonaba menos segura.

—Por sí solo sabemos que no. Pero si le sumas un negocio «fallido» —hizo el gesto de las comillas con los dedos— contigo… ¿Un negocio que, quizás, sí quieran firmar con el heredero comprometido?

Dakota levantó una mano en cuanto vio que Cole abría la boca, cortando su réplica antes de que naciera.

—No lo descartes tan rápido. No cuando estamos hablando de un clan que valora la familia y la imagen pública por encima de todo.

Cole soltó un suspiro.

No podía negarlo, todo aquello encajaba con una precisión irritante. Él mismo lo había pensado, aunque se resistiera a creer que su soltería fuera el factor determinante en una operación de miles de millones de dólares.

¿Sería injusto? Joder, sí.

Pero el mundo de los negocios rara vez era justo.

—Las suposiciones, por muy verosímiles que parezcan, no nos sirven de mucho —dijo Cole, aferrándose al pragmatismo—. Dame hechos, Dakota.

Cole se quedó observando a la pelirroja, bajita y menuda, que tenía enfrente. Si alguien podía encontrar la manera de contrarrestar las maniobras de Julian, era ella.

—O, mejor dicho, dame soluciones. Pero soluciones viables.

Lo irónico era que la respuesta estaba ahí, esperando a ser descubierta.

Lástima que fuera, exactamente, la única línea roja que Cole había jurado no cruzar jamás.

Y la única que Dakota nunca se atrevería a pedirle que cruzase.



Capítulo 4

—…y entonces, padre, lo miré. Lo miré con… intención.

Zane asintió con la cabeza en la penumbra del confesionario, reprimiendo un bostezo que nada tenía que ver con la falta de fe y mucho con la falta de cafeína.

Apoyó la frente contra la rejilla de madera, oliendo el aroma a cera rancia y pecados inconfesables, aunque el de aquel momento no calificaba ni para purgatorio de tercera clase.

Conocía esa pausa dramática.

La señora Higgins. Setenta y dos años, viuda desde hacía diez y con una libido que, sinceramente, Zane a veces admiraba por su inquebrantable persistencia.

—¿Con intención? —preguntó él, manteniendo la voz neutra—. ¿Intención de qué, señora Higgins? ¿De invitarlo a té o de arrancarle la camisa?

—¡Padre! —exclamó la mujer en un susurro chillón.

Se escuchó un carraspeo nervioso al otro lado de la rejilla.

—Verá… —dudó un instante antes de volver a aclararse la garganta—. Es el nuevo repartidor de Amazon. Tiene unos brazos que… bueno, que no parecen muy cristianos. Y yo pensé… pensé cosas.

—Bueno, visto así… cualquiera pensaría cosas —murmuró, concediéndole el punto.

—¿Usted cree?

—Claro. Somos humanos, señora Higgins, no de piedra.

—¿Usted también lo miraría con… intención, padre?

Zane tenía dos opciones.

Una: decirle que él no, tirar de la carta de la santidad y el celibato y hacer que la pobre mujer se sintiera aún peor por tener sangre en las venas.

O dos: decirle que claro que sí. Lo cual, dada la pregunta, implicaba no solo admitir que tenía ojos en la cara, sino confirmar ante una feligresa de setenta años que al párroco también se le irían los ojos detrás del repartidor.

Esas ancianas eran trampas mortales.

Como si él necesitara ayuda para meterse en líos; se bastaba y se sobraba él solito.

—Digamos que aprecio la eficiencia de la creación divina en todas sus formas, señora Higgins —salió del paso con una diplomacia que ni él sabía que tenía—. Y dejémoslo ahí.

—Claro, padre —aceptó ella, dándolo por bueno.

Pero no estaba dispuesta a dejarlo correr tan fácilmente.

—Aun así, merezco una penitencia dura, ¿no cree? —insistió, recuperando ese tono de mártir que Zane sospechaba que disfrutaba en secreto—. He pecado de lujuria. He codiciado los bienes ajenos.

Hizo una pausa dramática.

—O bueno, al repartidor ajeno.

Zane miró su reloj de muñeca. Le quedaban cinco minutos para cerrar el chiringuito y poder irse a por una hamburguesa.

—Señora Higgins —dijo, usando ese tono práctico que le había ganado tantas quejas de las beatas conservadoras como cestas de fruta de las vecinas agradecidas—, que usted tenga setenta años no significa que esté muerta. Y que el chico esté bueno no es culpa de nadie, salvo quizás de sus padres y de una genética afortunada.

—¿Pero… pero no me va a mandar rezar tres rosarios? ¿Ni fustigarme?

Zane tuvo la ligera sospecha de que, si alguien tenía que fustigarla, ella preferiría mil veces que el encargado de la tarea fuera el repartidor de Amazon.

Suspiró, tratando de borrar esa imagen de su cabeza y centrándose en lo importante.

Siempre le había fascinado la ingenuidad de la gente; esa creencia de que el pecado era una ecuación matemática donde rezar un número determinado de rosarios dejaba el contador a cero.

Dios podía ser todo amor, sí. Pero tonto no era.

—¿Por qué habría de imponerle penitencia alguna? ¿Por tener ojos en la cara?

—Porque yo…

Zane vio venir el desastre. Ahí iba la mujer, cogiendo carrerilla para contarle de nuevo sus fantasías sexuales. Y él no tenía el estómago preparado para eso.

—Escuche —la interrumpió antes de que aquello se pusiera peor —. Si Dios no quisiera que apreciáramos la belleza, nos habría hecho a todos miopes. Mirar no es pecado, señora Higgins. Agradezca al Señor que le alegra la vista por las mañanas y déjele una buena propina al chico, que seguro que cobra una miseria.

—¿Esa es mi penitencia? ¿Darle propina?

—Y un vaso de agua si hace calor. Ande, vaya en paz. Y deje de atormentarse por tonterías, que el infierno está lleno de gente aburrida y usted no quiere acabar ahí.

Hubo un momento de silencio. Zane podía sentir la duda flotando a través de la rejilla. La mujer probablemente estaba debatiendo si aquello contaba como absolución canónica o si el padre Zane se estaba quedando con ella.

Al final, ganó el pragmatismo.

—Gracias, padre —murmuró ella, sonando un poco menos culpable y bastante más animada—. Que Dios le bendiga.

Y al repartidor de Amazon también, pensó Zane. Pero, por el bien del decoro, optó por un clásico:

—Vaya con Dios.

Escuchó el ruido de la puerta del confesionario abriéndose y los pasos de la señora Higgins alejándose, probablemente flotando en una nube de alivio moral.

Zane suspiró y estiró las piernas en el exiguo espacio.

Misión cumplida, pensó. Un alma salvada del aburrimiento eterno.

Decían que la recompensa estaba en el cielo, pero a Zane, en ese momento preciso, le hubiera valido con una hamburguesa doble con extra de queso en la tierra.

Apartó la cortina de terciopelo y salió del confesionario, estirando la espalda hasta que oyó un crujido satisfactorio.

La iglesia estaba vacía, sumida en esa quietud solemne de última hora de la tarde. O eso parecía. Al echar un vistazo hacia la nave central, sus ojos se detuvieron en una figura solitaria sentada en el último banco, casi en las sombras.

No estaba rezando. Estaba sentada con los brazos cruzados y esa rigidez militar que solo podía pertenecer a una persona.

Dakota.

Zane resopló una risa corta y caminó por el pasillo central, haciendo resonar sus pasos a propósito.

—No me digas que tú también vienes a confesarte —soltó, dejándose caer pesadamente en el banco, junto a ella.

Echó la cabeza hacia atrás, descansándola contra el respaldo de madera.

—Porque te aviso de que el cupo de paciencia divina por hoy ya está cubierto.

Dakota lo miró de reojo. Con esas facciones marcadas y la mandíbula firme, Zane era probablemente el cura más guapo de la ciudad. Una suerte para la humanidad que estuviera consagrado a Dios.

—Soy atea.

—Que no te escuche Sor Agnes decir eso.

—Ni eso ni nada; dudo mucho que a estas alturas quiera saber nada de mí.

—Te aseguro que te recuerda con cariño —insistió Zane.

Dakota lo dudaba mucho. El concepto de «cariño» de la hermana superiora distaba mucho de la realidad si recordaba las penitencias interminables de rodillas y los silencios impuestos que habían marcado sus días entre aquellos muros de piedra.

—Cariño le tenía a Cole —replicó ella con una mueca que mezclaba la nostalgia con la amargura.

Su memoria voló de inmediato a aquellas tardes en las que el orfanato se sentía un poco menos gris. Dakota y Zane llevaban tiempo allí, sobreviviendo al vacío absoluto que dejó la enfermedad de su madre, la única persona que los había cuidado hasta que la muerte se la llevó sin previo aviso. No llevaban mucho tiempo

cuando apareció Cole, un niño que había perdido a sus padres en un accidente y quedó bajo la custodia de su abuelo.

Aquel hombre solía llevar a Cole a las visitas al centro, y siempre lo hacía acompañado de Julian.

Se conocieron en aquel patio de juegos desconchados y se volvieron inseparables desde el primer minuto.

Todos menos Julian, que ya entonces era bastante repelente.

—Pero respecto a mí… permíteme dudarlo —bufó ella.

¿Pero qué demonios querían? Siempre había sido demasiado inteligente para mantener la boca cerrada y aceptar lo que le dijeran solo porque sí.

—El perdón es divino —recitó él con tono pastoral y una sonrisa de medio lado—. Y en el Reino de Dios todos son bienvenidos, hermana. Sobre todo si pagan la cena.



Capítulo 5

Veinte minutos más tarde, Dakota observaba a su hermano con una mezcla de fascinación mórbida y leve repulsión.

Zane no estaba comiendo; estaba devorando una hamburguesa doble con queso y beicon como si temiera que alguien fuera a arrebatársela en cualquier momento.

—¿Es que en la casa del Señor no os dan de comer? —preguntó ella finalmente—. ¿O es que el voto de pobreza incluye la inanición?

Zane tragó lo que tenía en la boca, se limpió una gota de salsa barbacoa de la barbilla con una servilleta de papel y soltó un suspiro que sonó casi indecente.

—El espíritu se alimenta de fe, Dak —replicó él, señalándola acusadoramente con una patata frita empapada en kétchup—, pero el cuerpo necesita grasa saturada para funcionar. Además, sor Angustias ha descubierto el tofu esta semana.

Se metió la patata en la boca y masticó con rabia.

—El tofu —repitió con la boca llena—. ¿Tienes idea de lo difícil que es predicar sobre la alegría de vivir con el estómago lleno de soja texturizada? Es un infierno.

Se metió el último trozo de su hamburguesa en la boca, masticó, tragó y, casi sin pausa, clavó la vista en la de su hermana.

—¿Te la vas a comer?

Dakota puso los ojos en blanco y empujó su bandeja hacia él.

—Toda tuya.

Zane no preguntó dos veces. Atrapó la hamburguesa de su hermana como si fuera maná caído del cielo.

—¿Problemas en el paraíso capitalista? —preguntó antes de darle un mordisco—. Tienes esa arruga en el entrecejo. La que te sale cuando quieres matar a alguien, pero no tienes dónde esconder el cuerpo.

—Si matara a alguien, ¿me encubrirías?

Zane ni siquiera parpadeó. Dio otro mordisco a la hamburguesa antes de responder.

—Como tu hermano, te ayudaría a cavar el hoyo —dijo con la boca llena—. Eso ni se pregunta.

Tragó, tomó un sorbo de refresco y adoptó un aire un poco más docto, levantando un dedo.

—Y como sacerdote… Bueno, si me lo cuentas bajo secreto de confesión, soy una tumba. Literalmente.

—¿No tendrías que llamar a la policía?

—Negativo —Zane negó con la cabeza—. El sigilo sacramental es inviolable según el Derecho Canónico. Si abro la boca, quedo excomulgado *latae sententiae* automáticamente. Y, por suerte, la ley de este país está de mi parte.

Se inclinó un poco hacia ella, bajando la voz como si le estuviera contando un truco de magia.

—En Estados Unidos, el «privilegio clérigo-penitente» es bastante sólido. Lo que se dice en el confesionario, se queda en el

confesionario. Ni un juez ni el FBI pueden obligarme a testificar contra ti sobre lo que hayas confesado espiritualmente. Así que sí, soy tu caja fuerte perfecta.

Zane le guiñó un ojo antes de volver a atacar sus aros de cebolla.

—Pero, por favor, intenta no matar a nadie hoy. Tengo la agenda litúrgica a tope y no me da la vida para organizar funerales improvisados. ¿Quién es la víctima potencial?

—Julian —pronunció el nombre como si fuera un insulto o una enfermedad venérea.

—Ah, el primo encantador —asintió repetidamente con la cabeza —. ¿Qué ha hecho ahora? ¿Intentar sobornar a medio Consejo de Administración? ¿Filtrar algún escándalo falso a la prensa para que las acciones de Cole se desplomen y pueda comprar barato?

—Va a anunciar su compromiso.

Zane se detuvo con el aro de cebolla a medio camino de su boca. Soltó un silbido bajo, admirativo.

—Vaya. Eso sí que es jugar sucio —masticó pensativo—. Asumo que no es por amor, ¿verdad? Porque la última vez que vi a Julian, lo único que amaba era su propio reflejo en los escaparates.

Zane lo conocía. Igual que conocía a Cole desde hacía unos cuantos años. No eran solo personajes en las historias de su hermana; los había tratado lo suficiente como para saber exactamente de qué pie cojeaba cada uno.

Sobre todo Cole, su mejor amigo.

—Eso no ha cambiado —murmuró ella—. Su ego sigue siendo su pareja principal.

—Nada nuevo bajo el sol… —Zane mojó otra patata en salsa—. ¿Y quién es la pobre desgraciada?

—La hija de Henry Caldwell.

—Oh… —Zane siguió comiendo, asintiendo como si aprobara la elección financiera, aunque no tanto la romántica.

—Con la que Cole… —Dakota dejó la frase colgando en el aire.

—¿Con la que Cole…? —la azuzó él, con la boca llena.

—Tuvo un *affair*.

Zane tragó y se encogió de hombros.

—Cole ha tenido un *affair* con la mitad de la población femenina de la ciudad —dijo, restándole importancia con un gesto de la mano —. Eso no es noticia, es estadística.

Entonces se detuvo. Miró a su hermana. Fijamente.

Demasiado fijamente.

Vio algo en su expresión, una duda genuina que le hizo soltar una carcajada incrédula.

—Vamos, Dak, no me jodas.

—¿Los curas podéis decir tacos? —bufó ella, desviando la mirada.

—Tu hermano sí —replicó él—. ¿De verdad creías que Cole…? —ni siquiera terminó la frase, negando con la cabeza—. En fin…

—Bueno, yo qué sé. No conozco el grado de intimidad emocional que tiene con sus ex.

—Cole no tiene ex, Dakota. Tiene polvos de una noche sin compromiso.

La cara de horror de ella hizo reír a su hermano, que casi se atraganta con el refresco.

—Qué mojigata eres cuando quieres.

—Y tú eres un cura muy raro, que lo sepas.

—Lo sé —admitió él, hinchando el pecho con absoluto orgullo—. Y a mucha honra.

Dakota tuvo que sonreír; no pudo evitarlo.

Adoraba a Zane. Le encantaba verlo así, con esa chispa de gamberro que ni el seminario había logrado apagar.

Lo que no le gustaba tanto era verlo con la sotana. A veces pensaba que su hermano se estaba perdiendo lo mejor de la vida.

Pero era su elección. Y ella la respetaba, igual que él respetaba que ella no pisara la iglesia si no era para sacarlo de allí a rastras para comer.

—¿Qué hace que esta vez la jugarreta de Julian te tenga tan preocupada? Dudo mucho que sea por las fotos esas con la mujer del senador… Ese no es Cole, por cierto. Se nota.

—Eres un cura de lo más cotilla —resopló.

—Me gusta el chisme. Supongo que nos viene en los genes.

—Será… Pero el amor a Dios te lo quedaste para ti solito.

—Lo llevas dentro, solo tienes que dejarlo salir.

—Hay cosas que es mejor dejar enterradas —sentenció con amargura—. Si Dios existiera, no me pondría en esta tesitura.

—En la tesitura te pones tú solita.

Ella lo miró con una expresión que gritaba un silencioso «¿pero qué me estás contando?».

—Venga, cuéntame… —la animó él.

—Los inversores japoneses, los Kurosawa —explicó ella—. Están dudando. Harry me acaba de reenviar el último correo que han escrito y el comentario ha sido demoledor. Necesitan mayor certeza sobre la estabilidad del liderazgo y la continuidad del proyecto.

—Sutil manera de referirse a Cole y a su supuesta «estabilidad» —añadió, dibujando unas comillas en el aire con los dedos.

—Tengo la certeza de que el supuesto escándalo con la mujer del senador y el inminente compromiso de Julian están estrechamente

ligados. Seguramente él mismo se habrá encargado de filtrar que va a pasar por el altar para que la noticia llegue a oídos de los Kurosawa. Es una jugada maestra; mientras él vende una imagen de hombre de familia responsable, Cole queda como un riesgo impredecible.

—¿Y qué piensa Cole? —preguntó Zane antes de meterse el último trozo de comida en la boca.

—No termina de creérselo.

Zane masticó despacio, analizando la situación. Tragó y señaló a su hermana con el dedo índice.

—O no quiere creerlo —corrigió él, entendiéndolo todo de golpe—. Porque si admite que el problema es real, eso le llevaría inevitablemente a plantearse una solución en la que no quiere ni pensar.

Dakota asintió con la cabeza, dándole la razón.

Zane le dio un sorbo a su refresco, haciendo un ruido exagerado con la pajita al sorber el fondo del vaso, apurando hasta la última gota de hielo derretido.

Luego soltó el vaso sobre la mesa y la miró fijamente, con esa claridad mental que le daba tener el estómago lleno.

—¿Entonces la solución no es obvia?

—¿Crees que estaría aquí si la solución fuera obvia? —replicó ella.

Zane asintió con una calma exasperante.

—Creo que estás aquí, precisamente, porque la solución es obvia —dijo—. Solo que no sabes cómo demonios se lo vas a decir. Y es fácil: Cole, tienes que casarte —dijo, poniendo una voz grave y solemne, como si fuera el Padrino dando una orden.

Dakota gimió y escondió la cara entre las manos.

—No hará falta llegar a tanto. Con un compromiso será suficiente.

—Cole, tienes que comprometerte —corrigió él, bajando una octava más el tono, sonando ridículamente serio.

Ella soltó otro gemido de frustración.

—¡Falsamente! ¡Un compromiso falso!

—¡Pues: Cole, tienes que fingir un compromiso! —exclamó él, olvidándose de la voz grave y casi gritando, provocando que un par de comensales de la mesa de al lado se giraran.

Joder.

Mira que tenía más paciencia que un santo (porque Zane estaba convencido de que lo iban a canonizar algún día, San Zane de la Hamburguesa Doble), pero es que a veces Dakota lo sacaba de quicio en tiempo récord.

Se pasó una mano por el pelo castaño rojizo y negó con la cabeza, divertido y exasperado a partes iguales.

—¿Qué temes? —preguntó él—. No te va a echar porque se lo digas.

Ella no lo tenía tan claro.

—Yo no estoy tan segura.

Zane rio por lo bajo, negando con la cabeza.

Le resultaba fascinante ver esa transformación. Toda esa seguridad, esa actitud de «me como el mundo» y de «aparta que tú no sabes» que definía a su hermana, se desmoronaba como un castillo de naipes en el momento en que Cole Vane entraba en la ecuación.

Era como ver a un general de cinco estrellas dudar de cómo atarse los cordones de las botas.

—No he dejado de comerme la cabeza, dándole vueltas a todo… Al principio eran solo sospechas, pero ese email lo deja claro. Y, de verdad, no encuentro otra solución a esto.

—Porque no la hay.

—¿Verdad? —dijo ella, animándose de repente y volviendo a sentarse tiesa en la silla, recuperando esa postura de ejecutiva eficiente.

Zane asintió con la cabeza.

Y no lo hizo solo por darle la razón a ella, sino porque realmente lo creía. Además, hacía mucho tiempo que venía diciéndole a Cole que ya era hora de sentar la cabeza, aunque sus consejos espirituales solieran entrarle por un oído y salirle por el otro.

—Él lo sabe, Dakota. Pero, como es lógico, lo está evitando todo lo que puede. Igual que tú evitas decirle que la única solución es esa.

—Supongo…

—Pero el problema no es decirle eso —sentenció Zane.

—¿Ah, no? —Dakota atrapó la pajita de su bebida.

—No. Eso solo nos lleva al otro problema.

—¿Cuál es el otro problema? —preguntó, justo antes de empezar a beber.

—Que seas capaz de decirle que tú eres la indicada para fingir el compromiso.

Menudo momento había elegido para tragar.

Joder, casi se ahoga.

El líquido se le fue por el camino viejo y Dakota estalló en un ataque de tos violento que hizo vibrar la mesa.

—Pero qué… —tosió, golpeándose el pecho—. Demonios… —tosió de nuevo, dos veces más, con los ojos llorosos—. ¿Pero cómo sabes eso?

—Soy un elegido de Dios —respondió él con una sonrisa beatífica.

—La madre que te parió —gimió Dakota, rascándose la garganta irritada.

¿Cómo sabía que a ella se le había pasado por la cabeza esa terrible idea? Había sido un pensamiento fugaz que había desechado al instante por pura supervivencia mental.

—¿Quién podría ser si no? —preguntó entonces Zane, abriendo los brazos como si la respuesta estuviera escrita en las Tablas de la Ley —. ¿Quién más aguantaría a Cole sin cometer un homicidio en la primera semana?

—¿Cualquiera de sus amantes? —replicó ella, abriendo mucho los ojos—. ¿Cualquiera de esa laaaaaaaaarga y exteeeeeeeeeeeensa lista de mujeres que están haciendo cola para convertirse en la señora Vane?

—¿Es imaginación mía o has usado un tono de ironía mezclado con…?

—Es imaginación tuya —lo cortó en seco, antes de que pudiera decir…

Lo que fuera a decir.

—Ya… —rio él por lo bajo—. Déjame preguntarlo de otra forma: ¿a quién demonios iba a soportar Cole más de un par de horas seguidas sin tirarse por la ventana?

La señaló con ambas manos, con un gesto teatral, como si presentara el gran premio final de un concurso.

—¡Tachán!

—Yo no soy…

—Claro que no —dijo entonces Zane, cambiando el chip al instante y desechando la idea con un gesto despectivo de la mano—. Solo bromeaba.

Dakota parpadeó, un poco descolocada por la rápida retirada.

—Pues menuda broma —carraspeó, jugueteando con la servilleta.

—Tienes razón, sería una locura. Siempre será mejor una de esas modelos con las que sale a veces. Ya sabes, piernas kilométricas, sonrisa de portada. Para las fotos quedaría precioso.

—¿Para las fotos? —repitió Dakota, con un resoplido—. Zane, esto no va de quedar bien en un álbum. Si va a fingir un compromiso, necesita a alguien capaz de aguantar semanas de cenas con tiburones, flashes, preguntas con veneno y un Consejo buscando un fallo para morder. Una modelo le sirve para una alfombra roja. No para un interrogatorio encubierto.

Zane alzó las cejas, concediéndoselo.

—Vale. Buen punto. Entonces, una empresaria. Alguien de su nivel, una «tiburona» de las finanzas que entienda su mundo.

—¿Y que tenga un conflicto de intereses del tamaño de Manhattan? —saltó Dakota, casi sin dejarlo terminar—. No. Cualquier mujer con agenda propia en ese sector se convierte en un riesgo. Información sensible, titulares, sospechas del Consejo, *compliance*… Cole no necesita una socia estratégica; necesita a alguien que no pueda usar esto para ganar poder. Si mete a una «tiburona» en su casa, la junta asumirá que es una maniobra. Y los japoneses olerán el caos a kilómetros.

Zane silbó, impresionado.

—Vale, descartada la «tiburona» desconocida y cualquier extraña con intereses cruzados. Vayamos a terreno conocido. Mujeres con las que sepamos que se lleva bien… o, como mínimo, a las que ha tolerado más de una vez sin activar alarma. ¿Qué tal Melody? La hija del petrolero texano.

—¡Melody! —chilló Dakota, bajando la voz al ver que el camarero la miraba—. Por favor. Esa mujer le montó un numerito en el *Per Se* porque el agua mineral no estaba a veintidós grados exactos. ¿Tú quieres estabilidad? Con Melody tendríamos un escándalo nuevo cada doce horas. Y esta vez real.

—Touché —Zane hizo una mueca—. Demasiada volatilidad. ¿Y Candice? La abogada esa tan elegante. Era lista, tenía clase…

—Y era más intensa que una telenovela turca —lo cortó Dakota—. Quería «conectar emocionalmente» cada cinco minutos y analizar los silencios de Cole. Él huye de las emociones como de la peste, ya lo sabes. Además…

Hizo una pausa, arrugando la nariz con evidente desagrado.

—En una reunión por trabajo, ella, convencida de que aquello era algo más que una noche, intentó reordenarle el despacho.

Zane soltó una carcajada seca.

—Uy. Error fatal.

—Nadie toca su despacho —sentenció Dakota, cruzándose de brazos—. Tiene un sistema. Un caos organizado que solo entienden él y su secretaria.

—Y tú…

—Y yo —admitió ella, con un bufido—. Si alguien le mueve un papel, entra en crisis.

Zane asintió lentamente, disfrutando del espectáculo como si estuviera viendo a su hermana hilar la soga con sus propias manos.

—Entonces… Melody es una fábrica de escenas, Candice es una bomba emocional con patas, y las empresarias son un riesgo legal y político —resumió, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en la mesa—. Perfecto.

La miró con esa seriedad impostada que usaba cuando iba a soltar una verdad incómoda.

—Lo que necesita Cole no es «una prometida». Necesita un cortafuegos. Alguien que pueda sostener el teatro sin romperse, sin improvisar, sin filtrar nada y sin tener nada que ganar más allá de que el plan funcione.

Hizo una pausa y la miró de reojo.

—¿O tú quieres algo a cambio?

—¿Qué coño voy a querer yo? —soltó ella, ofendida—. Si yo aceptara esa locura, quiero decir… —carraspeó.

Lo dijo en condicional, como si fuera una posibilidad remota, aunque en el fondo una parte de ella ya había aceptado el encargo en el mismo instante en que la idea cruzó su mente.

—Lo haría estrictamente porque es mi trabajo, claro.

Zane tuvo que morderse el interior de la mejilla para evitar que se le escapara una sonrisa socarrona.

—Claro.

Dakota gimió.

—Zane, yo no…

Sí, ella sí.

Lo había sopesado hasta el cansancio y, precisamente por eso, estaba allí. Había buscado a su hermano esperando que le dijera que era una soberana estupidez, que se le había ido la cabeza por completo.

¿O acaso había ido buscando justo lo contrario?

—Si Cole quiere la empresa, tendrá que tomar una decisión —sentenció Zane—. Y todos sabemos cuál es la única salida.

Dakota fijó sus ojos color avellana en un par idénticos a los suyos.

Sí, aquella era la única solución viable.

Y, joder, tampoco es que fuera un sacrificio tan grande fingir que tenía algo con ella, ¿no? Al fin y al cabo, eran amigos, se conocían, se respetaban.

Un par de firmas, unas cuantas fotos sonriendo y listo. Tampoco iba a cambiarles la vida tanto en solo unos días, ¿verdad?

Pobre ingenua… No tenía ni la menor idea de la que se les venía encima.

—¿Entonces? ¿Vas a decírselo tú o tengo que ir yo a su despacho a darle la extremaunción a su soltería?



Capítulo 6

De vuelta al apartamento de Cole…

—Y lo que es peor, ¿a quién podría llevar del brazo para que la gente se crea que me ha hecho perder la cabeza? ¿Quién es tan especial como para hacerme dejar mi vida de soltero a un lado? Porque te recuerdo que soy alérgico al compromiso y que eso es de dominio público —dijo Cole.

Un exagerado y un dramático; eso es lo que era a veces. Pero Dakota tuvo la prudencia de callárselo.

No era el momento de señalarle sus defectos. Bastante tenía con lidiar con la bomba que estaba a punto de soltarle.

—Así que dime —Cole se cruzó de brazos—, ¿dónde vas a encontrar a alguien que haga creer al mundo que me ha reformado?

Dakota había entrado en ese apartamento preparada para este preciso instante. La primera parte del plan (la idea del compromiso falso) ya la había soltado y no había salido tan mal.

El problema era la segunda parte.

Esa iba a ser la bomba de verdad.

Dudó por un segundo. Sintió la tentación cobarde de encogerse de hombros, hacerse la tonta y decir «No lo sé, por eso estoy aquí, vamos a buscar a la indicada».

Pero no. Eso no tenía ningún sentido. Solo serviría para alargar la agonía y ponerla más de los nervios.

Y ella no estaba para aguantar ni un gramo más de ansiedad, joder.

Se enderezó todo lo que pudo, infundiéndose una confianza que no tenía, entrelazó los dedos delante de su cuerpo con pose profesional y miró a Cole directamente a los ojos.

Fue un momento extraño.

Hubo una fracción de segundo, un instante suspendido en el aire, en el que la expresión de él cambió. Pasó de la curiosidad a la comprensión, y de ahí al espanto.

Dakota lo vio negar con la cabeza, un gesto casi imperceptible, justo en el mismo instante en que ella abría la boca para sentenciar su destino.

—La tienes delante —dijo ella con una firmeza que no sentía en absoluto—. Yo seré tu prometida.

Él se quedó en silencio. Completamente inmóvil.

Dakota tuvo que enfocar la vista para comprobar si su pecho se movía, porque por un momento temió que se le hubiera olvidado respirar.

Dio un paso adelante, dispuesta a comprobar sus constantes vitales si hacía falta, cuando él pareció salir de su trance de golpe.

—¿Por qué? —preguntó él. Su voz sonó ronca, confusa.

Y era evidente que no lo entendía.

—¿Por qué qué? —preguntó ella, frunciendo el ceño—. Necesitas comprometerte, Cole, y lo sabes.

—¿Por qué tú? —la interrumpió, clavando sus ojos en los de ella con una intensidad que casi la hizo retroceder—. ¿Por qué demonios harías algo así?

—Es mi trabajo.

—No, no lo es —negó él rápidamente, con vehemencia, dando un paso hacia ella—. Tu trabajo no es ese. Además, tú… ¡Eres Dakota!

—No me digas. No me había dado cuenta…

—Deja el sarcasmo.

—No era sarcasmo.

—Pues la condescendencia.

—Tampoco era… —Dakota resopló, frustrada, agitando una mano en el aire para borrar la discusión absurda—. ¡Da igual!

Cole continuó mirándola. Y entonces, soltó una carcajada. No fue una risita nerviosa. Fue una carcajada genuina.

—Dios, Dakota —se pasó una mano por el pelo, negando con la cabeza, con una sonrisa todavía dibujada en los labios—. Por un momento, casi consigues que me lo crea. Has sonado muy convincente. Deberías pedir un aumento por tus dotes de actriz.

Dakota no se movió.

No sonrió.

Ni siquiera pestañeó.

Mantuvo la barbilla alzada, esa postura rígida de «estoy hablando muy en serio» que solía usar cuando tenía que redactar un comunicado de prensa de emergencia para desmentir una crisis financiera o cuando miraba fijamente a un periodista impertinente hasta que este olvidaba su propia pregunta.

Por desgracia, a Cole no se le iba a olvidar tan fácilmente lo que ella acababa de decir.

—Lo dices en serio.

—Completamente en serio.

—¿Tú? —la señaló con el dedo índice, recorriéndola de arriba abajo con una mezcla de horror y diversión—. ¿Tú y yo? ¿Comprometidos?

—Tampoco hace falta que muestres que te horroriza tanto la idea, Cole. Mi ego te lo agradecería —soltó ella, manteniendo la compostura.

—¡Pero si eres tú! —repitió, como si eso fuera una explicación científica irrefutable—. Eres… eres mi mano derecha. Mi voz de la conciencia. Lo más parecido a una hermana sensata que he tenido nunca. No, espera… —bufó, corrigiéndose sobre la marcha—. Lo de sensata sobra.

—Yo también pensé que eras inteligente y mira tú —replicó ella, ignorando el pinchazo de molestia que le provocó aquel recordatorio de la *friendzone*—. Piénsalo con esa cabeza fría que usas para los negocios, Cole. Mírame como a un activo.

—No eres un activo, eres una persona.

Ella puso los ojos en blanco.

—Hoy estás sembrado, ¿eh?

—Y eres la única mujer en mi vida que no está loca, que no quiere mi dinero y con la que puedo trabajar sin querer tirarme por la ventana —Cole se dio la vuelta y caminó hacia el ventanal, pasándose las manos por la nuca.

—¡Precisamente por eso!

Cole la miró.

—Por eso mismo no voy a joder eso por un numerito para los japoneses, ni para el Consejo, ni para nadie, joder. No voy a meterte en un marrón así.

—¿Eso significa que sí llevarás a cabo la idea?

—No dije eso.

—Lo diste a entender.

—Dak… —le advirtió él, usando ese tono bajo que solía reservar para cuando alguien estaba a punto de cruzar una línea peligrosa.

Dakota suspiró. Qué poca paciencia tenía cuando se sentía acorralado por la lógica.

—No me metes en nada, Cole, me estoy metiendo yo solita.

—Porque estás como una cabra. No voy a apoyar tus locuras —replicó él.

—Necesitas una prometida, o al menos el proyecto de una. Eso es un hecho —empezó ella, levantando un dedo.

—Un hecho lamentable.

—Pero un hecho —insistió ella, manteniéndole el pulso con la mirada.

Él suspiró, dejando caer los hombros en señal de derrota.

—Está bien, un hecho —concedió él.

Porque, muy a su pesar, tenía razón. Era la única maniobra lo suficientemente audaz como para dejar a Julian fuera de juego.

Pero de ahí a lo otro… Que fuera ella…

Claro que, mirándolo bien…

—No, ni de coña —dijo en voz alta, cortando sus propios pensamientos—. No voy a permitir que la empresa te joda, Dak, jamás. Y, menos aún, que joda lo que tenemos.

—No jodería nada. Precisamente por eso lo propongo. Si no podemos hacer esto tú y yo, ¿en quién podríamos confiar para algo así? Por dios, que somos nosotros. Sería un contrato. Un acuerdo temporal. Solamente tendríamos que fingir un poco más de cercanía. No le veo el drama.

—¿No le ves el drama? —Cole arqueó una ceja, su voz bajando una octava.

—Pues no. Por algo me estoy ofreciendo a ayudarte —replicó ella —. No hay otra persona que no sea un riesgo para ti y para la firma.

—¿Y hasta dónde estás dispuesta a llegar por ayudarme?

Ella no supo cómo lo hizo, pero Cole estaba de repente frente a ella. Antes de que pudiera reaccionar, se vio obligada a retroceder hasta que su espalda chocó con la mesa del salón.

Cole no se detuvo; se metió en su espacio, quedando justo entre sus piernas, obligándola a apoyarse en el mueble para no perder el equilibrio.

—Dime hasta dónde llegarías por la farsa —él puso una mano en su cuello, con una presión suave, pero posesiva, que la obligó a inclinar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada.

Cole se agachó un poco, quedando cara a cara con ella. Sus rostros estaban a una distancia peligrosa, tanto que Dakota podía sentir el calor de su aliento y el aroma de su perfume envolviéndola.

—¿Cuál es tu límite? —se acercó un poco más, si es que eso era posible—. Porque créeme, Dak, yo, cuando deseo a alguien, no tengo ninguno.

Su otra mano bajó hasta su cadera y tiró de ella, eliminando cualquier milímetro de distancia, haciendo que Dakota sintiera la dureza de su cuerpo contra el de ella.

—¿Crees que tú y yo podríamos demostrar al mundo que nos deseamos así? —susurró él, con los ojos grises fijos en sus labios.

Dakota tendría que haberle empujado. Tendría que haberse liberado de él, porque Cole se estaba pasando tres pueblos solo para demostrarle que aquello no era posible.

Que eran amigos, que eran compañeros, pero que no eran nada más.

Pero ella era quien había propuesto el plan porque creía que podía funcionar. No lo habría hecho de haber tenido dudas.

Y si algo no soportaba Dakota, era que pusieran en duda su capacidad profesional.

—Soy una experta en el arte de mentir —dijo entonces, clavando la mirada en la suya.

En lugar de retroceder, Dakota hizo lo impensable. Acercó su rostro un poco más al de él, hasta que sus labios casi se rozaron, compartiendo el mismo aire.

—Ponme a prueba —susurró con la voz ronca.

Cole, sin poderlo evitar, se separó un poco de ella, tomado por sorpresa.

El cazador cazado.

No la soltó, pero la intensidad de su mirada cambió por algo parecido a la estupefacción. Entonces, soltó una carcajada limpia.

—Joder, Dak. Dejarías que te besara.

Ella puso los ojos en blanco, y le dio un golpe seco en el hombro para separarse de él, haciéndolo reír de nuevo.

—Si se necesita para la farsa, sí —sentenció ella, fingiendo una seguridad que, en realidad, no sentía.

Dios, aquello había estado demasiado cerca de… ¿De qué, Dakota? ¿De perder el control? ¿De demostrarle que tal vez no sabías mentir tan bien?

¿O de que él se diera cuenta de que, tal vez, eres mucho más mentirosa de lo que él se pueda imaginar?

Cole tampoco sabía qué pensar. Pero sí sabía que había jugado con fuego y que había estado a un milímetro de quemarse.

Por un instante, se había quedado atrapado en la constelación de pecas que le cruzaba el puente de la nariz y en la intensidad de sus ojos color avellana, enmarcados por unas espesas pestañas.

Y, cuando sin querer, miró sus labios…

Se pasó las manos por el pelo, frustrado. Nada de aquello tenía sentido.

¡Nada!

—Que sea yo es solo una opción —dijo ella al verlo agobiado—. No quiero que te sientas presionado de ninguna manera. Ni tengo un interés más allá de ayudar a Vane & Co. Y a ti. Y no, no te voy a pasar factura.

—Algo tienes que querer. La vicepresidencia será tuya.

Ella lo miró con esa cara de «eso es lo que te gustaría a ti, no a mí».

Y sí, tenía razón. Cole le había ofrecido ese puesto en varias ocasiones, pero no había manera de que lo aceptara.

Él no lo entendía. Para él, el poder solo tenía una dirección, hacia arriba.

Para ella, era mover los hilos sin que nadie notara la cuerda.

—¿Me dejas terminar? —preguntó ella con una pizca de impaciencia.

Él le hizo un gesto con la mano, concediéndole el turno de palabra.

—Continúa.

—Gracias —soltó ella.

Cole no pudo evitar sonreír al escuchar la ironía en su voz.

Simplemente Dakota.

—He descartado a mucha gente antes de llegar a postularme como candidata —continuó—, pero a lo mejor hay alguien más capacitada para toda esta farsa. O tú estarías más cómodo con otra persona para llevar adelante esta mentira.

¿Con quién demonios podía sentirse cómodo él?

Si no soportaba a nadie para más de un polvo, por el amor de Dios.

Dakota lo sabía; había visto desfilar a mujeres espectaculares que no duraban en su órbita ni lo que tardaba en enfriarse un café.

—Lo que necesites, Cole. Pero hazlo. Te lo debes a ti. A tu abuelo. A toda la empresa. Y me lo debes a mí, que me he dejado los cuernos apoyándote. Preséntate en esa fiesta de cumpleaños con una mujer del brazo. Véndele al puto mundo que estás enamorado hasta las trancas de alguien. Vende, por fin, la imagen que todos esperan del futuro sucesor de Vane & Co y, joder, dale en las narices a Julian.

Hizo una pausa mientras Cole la miraba en silencio, apoyado él en la mesa de comedor donde antes había estado ella.

—Dale a los japoneses la estabilidad que quieren —ella elevó las manos al techo y después las dejó caer con un gesto de rendición profesional—. Y hazte, de una vez por todas, con la sucesión.

—Estás muy segura de que eso lo solucionará todo.

Ella asintió con la cabeza, firme.

—¿Tú no?

Él sabía que tenía razón.

Estabilidad; eso era lo que habían pedido los japoneses. Una forma elegante y velada de poner en duda el carácter de Cole sin tener que mencionar sus conquistas.

Malditos fueran todos con su doble moral y maldito fuera Julian por querer aprovecharse de ello.

—Odio que no sean mis capacidades las que decidan esto —masculló él.

Detestaba que su talento para los negocios no fuera suficiente en un mundo que aún exigía el disfraz de la respetabilidad.

—Es absurdo.

Dakota compartía su frustración.

—Si quieres cambiar la dinámica, primero tienes que estar arriba —le recordó con firmeza—. Una vez que tengas el control absoluto, podrás dictar tus propias reglas. Pero ahora mismo, Cole, o juegas el juego o dejas que Julian gane por incomparecencia.

Cole se pasó una mano por la cara en un gesto de absoluta frustración, hundiendo los dedos en su pelo como si quisiera arrancar de cuajo la idea que empezaba a cobrar sentido en su cabeza.

—La gente hablará, Dakota —sonó muy serio—. Dirá muchas cosas de ti. De nosotros.

Ella era más que consciente de eso.

—No sé hasta qué punto las cosas se te pueden complicar en el trabajo.

—No me he ganado mi puesto porque vaya colgada de tu brazo, Cole, ni por la amistad que nos une. He llegado hasta aquí por méritos propios —así era—. ¿Crees que lo que digan me podría importar lo más mínimo?

Claro que le importaría. Vane & Co. era mucho más que un sueldo a final de mes; era su vida. Se dejaba la piel por esa empresa hasta el punto de considerar hacer aquella locura.

—Cuando la farsa termine, hablarán todavía más —insistió él.

—Siempre puedes echarlos a la calle —ella se encogió de hombros —. ¿O no lo harías por mí?

Cole sonrió. Fue una sonrisa de las de verdad.

—Sabes de sobra que sí —respondió, y no hubo ni un rastro de duda en su voz.

Cole no permitía que nadie dañara sus pilares más valiosos, y Dakota era, sin duda, el más importante de todos ellos.

—Problema resuelto, entonces.

Cole rio por lo bajo, negando con la cabeza ante la determinación de hierro de Dakota.

Sin embargo, la risa se desvaneció pronto, dejando paso a una sombra de vulnerabilidad que rara vez se permitía mostrar.

—No podría soportar si algo así nos jode —confesó, y esa era la raíz de todo, su mayor miedo—. No podría soportar hacerte daño…

—¿Qué daño podrías hacerme? —replicó ella, restándole importancia con un gesto.

Pero Cole no se dio por satisfecho.

—Prométemelo.

Ella sonrió.

—Nunca pensé que mi amistad pudiera significar tanto para ti.

—Dak… —le advirtió él, con ese tono bajo y ronco que usaba cuando no estaba para juegos.

—Te lo prometo —y lo decía de verdad, con cada fibra de su ser—. También te prometo que no quedará nadie con alguna duda de que estoy locamente enamorada de ti. La cuestión es… ¿Podrás fingirlo tú?

Cole la observó y sintió una punzada de algo que no supo nombrar.

No la merecía. Él no era tan buen hombre como para inspirar esa devoción, joder.

—Sí —dijo él, sin rastro de duda en la voz—. Podré fingirlo.

Se acercó a ella con pasos lentos, cargados de una determinación nueva, hasta que sus cuerpos volvieron a rozarse. Cole no se detuvo ahí. Puso una mano firme en su cadera y la otra en su cuello, sintiendo el pulso acelerado de ella bajo sus dedos.

—Pero te lo advierto, Dakota…

La pegó por completo a él, eliminando cualquier resquicio de aire. Bajó el rostro hasta que su boca quedó a la altura de su oído, donde el calor de su aliento era una provocación en sí misma.

—Yo no sé fingir a medias —susurró.

Rozó con la nariz la delicada piel detrás de su oreja, en un gesto lento y provocador, y sonrió al sentir el estremecimiento que recorrió el cuerpo de ella. Se separó lo justo para mirarla a la cara, con los ojos oscurecidos por un brillo peligroso.

—¿Todavía estás segura de que podrás con esto? —preguntó, ronroneando las palabras.

Estaban cerca, demasiado cerca. Dakota sentía que el corazón le iba a estallar contra las costillas, pero no se iba a achantar.

Si Cole quería guerra, ella le daría una batalla que no olvidaría.

Acortó la distancia final y le robó un beso. Fue un contacto lento, en apariencia casto, pero con una humedad y una presión deliberadas que lo dejaron petrificado.

Cuando se separaron, Dakota le sostuvo la mirada con una frialdad que contrastaba con el fuego de hacía un instante.

—No necesitas ponerme a prueba. Haré lo que sea por Vane & Co. —dijo ella con una seguridad aplastante—. Te pasaré el contrato para que lo firmes. Y procura no besarme antes de leer la letra pequeña.

Se dio la vuelta y salió del salón sin mirar atrás, dejando a Cole solo con el sabor de sus labios y la duda de si acababa de cerrar el mejor trato de su vida o el más peligroso de los suicidios.

Cole cogió el móvil de la mesa baja frente al sofá y marcó un número.

—¿Haces confesiones telefónicas? —soltó en cuanto le contestaron.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, la fachada de Dakota se desmoronó.

Se agarró a la barandilla porque las piernas le temblaban. Cerró los ojos y todavía podía sentir el hormigueo del contacto en su boca.

Se miró en el espejo del ascensor y vio a una mujer que no reconocía del todo. Sus mejillas estaban encendidas y sus ojos brillaban con una intensidad peligrosa.

Dakota se preguntó cuánto tiempo sería capaz de mantener esa distancia profesional.

Joder, ¿pero qué había hecho?

Complicarse la existencia… y todavía ni había empezado.



Capítulo 7

Eran las 02:45 de la madrugada cuando el móvil de Cole sonó con la llegada de un mensaje. Él no lo sabía porque estuviera despierto, ni mucho menos pensando en ese tonto beso en el que no tenía que pensar, claro que no.

Alargó la mano y cogió el móvil de la mesita de noche. Lo abrió rápidamente al ver que era Dakota.

Dakota: ¿Despierto?

Cole: Ahora sí.

Le estaba dando a entender que lo había despertado ella.

Pues que se jodiera, porque por su culpa Dakota no podía pegar ojo. Y no tenía nada que ver con el beso, para nada. Ella no había pensado en ese beso insignificante en ningún momento.

Mentía, por supuesto. Claro que había pensado en el beso.

Que sí, que sabía que todo fue una tontería, puro teatro, una actuación necesaria para la supervivencia de la empresa. Una farsa

de la que ella era la guionista, la productora y, por desgracia, la actriz protagonista.

Ni sentimientos, ni chispas, ni estupideces.

¿Entonces por qué la había hecho sentir así?

Dakota: Te acabo de mandar por correo el borrador del contrato del acuerdo.

Cole: Un contrato, Dak. Qué romántica eres…

Dakota: Échale un ojo cuando puedas.

Cole se levantó de la cama y caminó hasta la cocina mientras llamaba a Dakota.

—¿Qué? —gruñó ella.

—Ahora puedo.

Dakota escondió la cara en la almohada un instante para evitar gritar.

—No corre prisa, Cole. Podemos dormir y ya mañana…

—Vamos a leerlo juntos. Ahora —la cortó él—. Y no me cuentes rollos, Dak. Si a esta hora sigues despierta, te va a costar conciliar el sueño.

Ella odiaba que la conociera tan bien.

—Así que tómate un café conmigo mientras leemos el contrato —continuó él.

—¿Te vas a hacer un café?

—Nos vamos a hacer un café.

Él ya había cogido la taza y estaba metiendo la cápsula en la cafetera. Al otro lado de la línea, Dakota refunfuñó, pero el sonido

de las sábanas al apartarse confirmó que se había levantado de la cama también.

—Descafeinado para ti, Dak —le advirtió.

—¿Por qué tengo esta cruz? —protestó.

—No sé, pero parece que te gusta. Tanto que vas a comprometerte conmigo —bromeó él.

—Falsamente —puntualizó ella, alcanzando su cafetera.

—Falsamente —concedió.

No tardaron mucho en estar cada uno sentado en el sofá de su respectiva casa, con el portátil frente a ellos, el documento en cuestión abierto y una taza de café caliente entre las manos.

—Vamos a ver qué hay que cambiar… —dijo Cole.

—No hay nada que cambiar.

—¿Cuántas veces has estado prometida?

—Discúlpeme, señor experto en relaciones.

—No te pega la ironía.

—Vaya por Dios, yo que creía que era una de mis mayores virtudes.

—Siento ser yo quien te muestre tu error —concluyó él con una sonrisa que ella pudo adivinar perfectamente a kilómetros de distancia.

Dakota puso los ojos en blanco.

—Al lío, Vane —dijo Dakota, centrando la atención en la pantalla —. He redactado un contrato de compromiso ficticio dividido en varios puntos estratégicos. Empezamos con la cláusula de confidencialidad. Prohibido admitir la falsedad del acuerdo ante cualquier tercero.

—A excepción de Zane, por supuesto. Que tenga yo que decirte esto siendo tu hermano, Dak…

—Touché —admitió ella.

Se le había pasado por alto.

Cole vio en tiempo real cómo el cursor de Dakota se movía por el documento compartido, modificando la cláusula para incluir a su hermano.

—¿Inicio de la relación, 3 de noviembre? —preguntó Cole, frunciendo el ceño al leer la fecha.

—Sí, nos enrollamos después de firmar el contrato con Blackwell, y terminamos en mi casa. Julian no es idiota. Si le decimos que esto ha surgido hace dos semanas, sospechará. Tiene que parecer que llevamos viéndonos en secreto meses.

—Le da ese aire de secreto de oficina que a los ancianos del Consejo les encanta —asintió Cole, pillando la idea al vuelo—. El relato —continuó leyendo en voz alta—. Tensión de proximidad.

—Lo que todo el mundo ha visto durante años es que nuestra relación es… diferente. Hemos pasado tanto tiempo pegados que ya ni siquiera necesitamos hablar para discutir. Esa es la clave. Si decimos que esa cercanía simplemente se volvió insostenible, nadie hará más preguntas. Lo lógico es vender que ese conocimiento mutuo nos empujó a dar el paso que llevábamos años evitando.

—Lo vendes tan bien que casi me convences de que no te caigo fatal ocho de cada diez horas que pasamos juntos —soltó Cole.

Dejó la taza sobre la mesa tras un buen sorbo y se recostó en el sofá.

—Me gusta. Tensión de proximidad. Suena a que en cualquier momento uno de los dos va a terminar contra la pared.

—Y no voy a ser yo —replicó Dakota de inmediato.

Cole no pudo evitar soltar una carcajada.

Ella sonrió, bebió un poco de café e hizo exactamente lo mismo que él sin saberlo: recostarse en su propio sofá.

—La pedida —continuó Dakota—. Si no queremos pillarnos los dedos, debería ser cuando tenga el anillo. Porque necesito un anillo.

—Por supuesto. Uno que grite que no he escatimado en gastos con mi futura esposa. Procura que no se te caiga al suelo cuando veas el tamaño de la piedra.

—Tampoco exageres, me va lo simple.

—¿Eso desde cuándo? —resopló él—. Añade una cláusula ahí. El anillo no se quita. Si te lo quitas para lavarte las manos en el baño de la oficina y alguien ve tu dedo desnudo, la farsa se va al traste. Desde el momento en que te lo pongas, eres mi prometida las veinticuatro horas del día. Quiero que Julian vea ese brillo cada vez que señales un gráfico en las reuniones. Que le recuerde exactamente quién va ganando esta partida.

—No voy a negarme a llevar un pedrusco.

—¿No decías que te iba simple?

—Hay pedruscos simples.

Cole volvió a reír, contagiando el gesto a Dakota.

—Convivencia obligatoria —siguió ella, con una naturalidad que a él le cortó la respiración.

—¿Perdón? ¿Convivir? ¿A qué te refieres con convivir?

—¿A vivir juntos? —ironizó ella.

—¿Juntos? ¿Cómo de juntos?

Ay, señor…

—¿Por qué demonios tendríamos que vivir juntos?

—¿Porque estamos comprometidos? O lo estaremos —respondió Dakota, como si le explicara el abecedario a un niño.

—No seas condescendiente —refunfuñó él.

Ella puso los ojos en blanco, impaciente.

—¿Tienes algún problema con convivir, Vane?

—Tengo muchos problemas con convivir, Dakota.

—El problema debería ser mío, que eres tú el insoportable obsesivo del orden y el control. Con el TOC.

Bueno, eso él no podía negarlo; le gustaba tener todo colocado a la perfección, limpio, en su sitio exacto.

—No es TOC. Es que tú eres un desastre con patas.

Bueno, eso ella tampoco podía negarlo; era, cuanto menos, algo dejada con sus cosas.

—No me da la vida para más —se defendió ella.

—Tienes asistenta —le recordó él.

—Ya, bueno… Esa no es la discusión ahora. Si no quieres que vivamos juntos, no vivimos juntos —ella empezó a borrar esa parte del documento.

Él refunfuñó, sintiéndose extrañamente molesto por la rapidez con la que ella descartaba la idea.

—Podemos poner algunos días para pasar en la casa del otro —empezó a proponer ella—. ¿Dos te parece bien?

—¿Pero es necesario que vivamos juntos?

—No —dijo ella rápidamente mientras redactaba la nueva cláusula —. No todas las parejas viven juntas cuando se comprometen.

—Mmm…

—Así que eres de ese tipo de novios…

—¿Quiénes?

—¿Quiénes? —pestañeó ella, perdiéndose un poco en el giro de la conversación—. De los novios que no conviven antes.

—¿Quiénes son los que no viven juntos?

—Pues no sé… Depende de sus motivos religiosos, culturales o por logística. En Nueva York suele ser lo normal, pero no es obligatorio. Podemos venderlo sin convivencia si hace falta —puso punto final a la cláusula y la leyó en voz alta—. Ambas partes acuerdan…

—Viviremos juntos —la cortó él, tajante.

—¿Eh?

—Pero en mi ático.

—No es necesario, Cole.

—Lo haremos.

—No tienes por qué ser ese tipo de novio si no quieres.

—No tengo ni idea de qué tipo de novio soy. Pero supongo que si incluiste eso al principio, será porque lo hará más creíble.

—Supones bien —ella volvió a borrar y a recuperar el texto anterior—. Organizaré la mudanza. Cuando me pidas oficialmente que viva contigo.

—¿También te lo tengo que pedir?

—Obvio.

Cole suspiró, frotándose la nuca con pesadez.

—Madre mía, la que me espera… No quiero cosas por medio, Dakota —advirtió—. Régimen interno —continuó leyendo, intentando recuperar el control de la situación—. Dakota Prescott dispondrá de una habitación propia… —frunció el ceño—. ¿Perdón?

—¿Qué pasa ahora? —preguntó ella.

—Es que no lo entiendo.

—¿Qué no entiendes? —insistió con toda la paciencia que pudo, aunque se le ensancharon las aletas de la nariz por la irritación.

—O sea… Lo normal es que, una vez que te comprometas con la persona con la que quieres casarte… ¡¿Y dormir en camas separadas?!

—¿Quieres dormir conmigo, Vane?

Él la ignoró.

—Digo que no tiene sentido —continuó él—. Si viene mi abuelo y le da por entrar… Esperará ver tus cremas en la mesilla de noche de nuestro dormitorio. Si ve que tienes tu propio cuarto, con tu propio armario y tu propia cama hecha, sabrá que no dormimos juntos. Y si no dormimos juntos, no hay pasión. Sin pasión, este contrato no vale ni el papel en el que está escrito.

Dakota pestañeó repetidamente, tratando de procesar la lógica de Cole.

—¿Tu abuelo suele ir a tu casa y rebuscar en las habitaciones?

—No.

—¡¿Entonces?!

Cole se rascó la nuca, buscando una justificación que no sonara a…

¡¿A qué, Cole?!

—Pero no subestimes al viejo. Un chantaje a la mujer de la limpieza y ya la hemos liado. Y créeme, si quiere saber algo, soborna primero y pregunta después.

—¿Te quedas conmigo?

Dakota no se lo podía creer.

—No.

Dakota se mordió el labio un poco. Aquello se le estaba empezando a ir de las manos.

—Claro que, lo mismo eres tú la que tiene un problema con dormir conmigo…

—No hay habitación propia —sentenció ella, cortándolo en seco.

Cole sonrió, inexplicablemente satisfecho. Todo por la eficiencia, claro. O al menos eso era lo que se repetía mientras imaginaba su santuario de orden invadido por la presencia de Dakota.

—Hay armarios compartidos y una cama que parece usada. La logística es irrelevante; la percepción no —añadió ella, retocando la cláusula sobre la marcha—. Tendré que invadir tu cuarto de baño. Prepárate para ver botes de sérum por todas partes, Vane.

Dakota fue a continuar hablando, pero la llamada se cortó. No tardó en sonar una videollamada.

Dakota la aceptó y obvió el detalle de que Cole estuviera desnudo de cintura para arriba. De cintura para abajo ella no lo sabía.

Y no lo quería ni saber.

—¿Y ya está? —preguntó Cole.

Ya no sonreía; estaba sentado en el sofá, con el ceño fruncido.

—No, todavía hay más cláusulas —dijo, tratando de ignorar que los hombros de Cole ocupaban casi toda la pantalla.

—Me refiero a la de compartir la cama.

—¿No ha quedado claro ya?

—O sea, ¿vas a dormir conmigo un mes y ya está? ¿Así, sin más?

—¿Qué quieres que haga? ¿Que la discuta? Si crees que de verdad puede poner en entredicho la farsa, tendré que ceder. ¿Tú no quieres ceder?

—¿Sin almohada en medio?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Crees que me voy a abalanzar sobre ti?

—Por supuesto que no —respondió él, aunque no pudo evitar que una media sonrisa asomara a su rostro—. ¿Pero no te preocupa que sea yo el que me abalance sobre ti? —el tono de su voz se volvió peligrosamente sugerente.

Dakota bufó.

—No soy tu tipo. Acéptalo.

Él frunció el ceño todavía más, si es que eso era posible.

—Muy segura te veo de eso —replicó él, con un tono de voz extrañamente molesto, casi herido.

—¿Necesitaré poner una almohada en medio? —lo retó ella, arqueando una ceja con desafío.

—Por supuesto que no —respondió él con una rapidez que delataba más nervios de los que quería admitir.

—Bien…

—Pero…

—¡¿Pero qué?! —estaba empezando a perder la paciencia.

—Nunca he dormido con nadie. Lo sabes.

—Bueno, yo no ronco y no suelo moverme por las noches.

—¿Eso desde cuándo, Dak? Porque aquel fin de semana en la cabaña en la nieve que tuvimos que compartir cama…

—¿No decías que nunca habías dormido con nadie? —entrecerró los ojos, atrapándolo en su propia contradicción.

—Tú no cuentas —hizo un gesto con la mano, desechando la idea como si fuera una excepción irrelevante—. Pero que te mueves un montón, terminaste convirtiéndote en la almohada.

—Por algo dije habitaciones separadas —le recordó ella, con un tono de «te lo advertí».

—Dormiremos juntos —sentenció, recuperando su testarudez.

Dakota se apretó el puente de la nariz.

Loca, la volvía loca su capacidad para contradecirse y mandar al mismo tiempo.

—Intentaré dormir en el sofá siempre que pueda, no te preocupes.

—No vas a dormir en el sofá —gruñó él, como si la sola idea le ofendiera profundamente.

—Perfecto. En tu cama entonces. Siguiente punto…

Cole pestañeó. ¿Por qué tenía la impresión de que de alguna forma se la había jugado?

Dakota ya había pasado de página con una agilidad pasmosa, sin darle tiempo a asimilar que, técnicamente, acababa de invitarla a su colchón de forma irrevocable.

—Límites y contacto físico —leyó Dakota.

Al verla ahí, tan concentrada y profesional frente a la cámara, Cole se preguntó si no sería mejor hablar de ese tema con la cámara apagada.

—Prohibido tocarnos o besarnos si no es estrictamente necesario —anunció ella.

—¿Quién va a decidir qué es estrictamente necesario?

—Los dos, supongo.

—Ya… ¿El beso de antes era necesario?

Cole estuvo a punto de soltar una carcajada al ver a Dakota roja como la grana.

Esa mujer era fascinante. Le proponía ser su prometida sin pestañear, o le soltaba que tendrían que compartir cama un mes, que se ponía roja por recordarle un beso insignificante que ella misma le había dado.

Aunque tan insignificante no sería si le estaba quitando el sueño.

—Sobre las muestras de afecto en público —leyó él—. Estoy de acuerdo en que el contacto físico quede a nuestro criterio profesional según el momento, siempre respetando unos límites. ¿Pero prohibido el contacto con el torso, cuello, muslos…? Joder, ¿era necesario especificar tanto? —gimió sin poder evitarlo.

—No sé, nunca he redactado este tipo de contrato, pero supongo que sí.

—Pues ya te digo yo que no. Además, eso es un sinsentido. Eliminado por impracticable —sentenció.

—¿Perdón?

—Si estamos en una cena y te paso la mano por la espalda para guiarte, voy a tocar tu torso. Si te susurro una advertencia sobre Julian al oído, mis labios van a rozar tu cuello. Limitar el cuerpo de mi propia prometida es enviarle una señal a todo el mundo de que me tienes asco.

Dakota apretó los labios, pero no le interrumpió.

—Precisamente son esos gestos los que venden la mentira —continuó él—. Así que prepárate, porque pienso apartarte el pelo de la cara cada vez que me dé la gana. Como he hecho siempre. Si ahora que tenemos un contrato de por medio te pones tensa por cosas que llevamos repitiendo años, entonces es que el problema no es el gesto, sino que ahora te importa que lo haga. Sería como si yo me pusiera tenso ahora cada vez que me colocas la corbata. No tendría ningún sentido, ¿verdad? Redáctalo de nuevo —soltó atropelladamente, sonando molesto.

Cole carraspeó al ver que ella seguía en silencio, mirándolo fijamente a través de la pantalla, como si estuviera procesando una información que no terminaba de encajar.

—¿Estás bien?

—¿Y tú? —replicó él de inmediato—. ¿No tienes calor con eso? —señaló hacia la pantalla, refiriéndose al pijama de fresitas que

llevaba puesto.

—El pijama de fresitas irá conmigo al ático —soltó ella como única respuesta.

—Vaya por Dios.

Dakota redactó el punto anterior con rapidez antes de leer la siguiente cláusula.

—El contrato finaliza cuatro días después de la sucesión.

—Bien.

—Y soy yo quien te deja. Obvio. Nadie se creería que tú me dejarías a mí.

—Claro —la ironía en la voz de Cole—. Nadie se creería que, una vez que doy el paso, yo dejaría escapar a alguien como tú.

—Exactamente —respondió Dakota, pasándose la ironía de él por el forro.

—¿Y por qué me dejarías, exactamente? Me pica la curiosidad.

—Después de que tengas el nuevo cargo, será lógico.

—Pues no le veo la lógica —replicó.

—¿Prefieres que digamos que resultaste ser demasiado insoportable? Lo cual, seamos sinceros, todo el mundo se creería sin pestañear. Una cosa es aguantarte ocho horas en la oficina o como amigo fuera de ella, y otra muy distinta es sobrevivir a ti en el día a día.

Cole alucinaba con el nivel de detalle de su propia humillación pública.

—Te lo voy a permitir porque no has pedido nada a cambio, pero que sepas que no me hace ni pizca de gracia.

—¿Hiero tu orgullo si te dejo, Cole? —sonrió.

—Porque es una farsa, Dak. Porque te aseguro que si esto fuera una relación de verdad, y yo me comportara como un novio de verdad, jamás querrías dejarme.

Lo dijo tan serio, con una convicción tan absoluta en la mirada, que Dakota perdió la sonrisa de golpe. El aire pareció escaparse de la habitación y ella tragó saliva, sintiendo un nudo repentino en la garganta.

—Menos mal que no es un noviazgo de verdad, ¿eh? —rio forzadamente, tratando de recuperar el oxígeno.

Él la observó un instante más, antes de volver a hablar.

—Pero sería una ruptura amigable, por más que lo esté pasando mal. Porque tendré que hacer ver que lo estoy pasando horriblemente mal, por supuesto.

—Por supuesto —confirmó ella, recuperando su máscara profesional—. Te dejaré el corazón roto frente a todo Nueva York.

—Lo tengo anotado.

Cole no supo por qué, pero de todo el contrato, eso era precisamente lo que no podía discutir. Le dolía más de lo que el orgullo permitía admitir.

Bajó por el documento hasta el siguiente párrafo y se detuvo en seco, con el cursor parpadeando sobre una línea que no esperaba.

—Disponibilidad. El tiempo de Dakota Prescott y de Cole Vane fuera del horario de oficina queda supeditado a las necesidades de la farsa. No se permiten planes individuales que no hayan sido consultados previamente.

Miró a Dakota a través de la cámara con las cejas enarcadas.

—Necesito saber, en todo momento, dónde estás —dijo ella.

—¿Pero no lo sabes ya?

Ella ya controlaba esa parte de su vida.

—Y con eso, estaría prácticamente todo —concluyó Dakota, ignorando el comentario.

—Falta algo. Algo importante.

Dakota frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó ella, repasando mentalmente si se había dejado algún fleco legal.

—La cláusula de exclusividad —sentenció Cole—. Queda prohibido cualquier encuentro o vínculo con terceros que comprometa la farsa.

Dakota sostuvo la mirada de Cole a través de la cámara.

—Para los dos, supongo.

—Supones bien —confirmó él, sin desviar los ojos de los suyos—. Si vamos a vender una devoción absoluta, el resto del mundo desaparece. Para los dos.

—¿Podrás soportar eso?

—¿Pero qué opinión tienes de mí? —replicó él, arqueando una ceja.

—No se trata de opinión, sino de la visión que tú mismo te encargas de ofrecer.

Cole resopló.

—No me voy a morir por estar unas semanas sin sexo, Dak —levantó una mano—. Tengo la mano para algo.

Dakota bufó.

—La mía sirve para dar guantazos, por si necesitas ayuda con la abstinencia.

—Uy, nena… Acabas de hacerme imaginar… —ronroneó.

—¿Qué? ¿Mi puño rompiéndote un diente?

—Puedes mantener tu puño a buen recaudo. No muerdo, Dak, a no ser que me lo pidan.

—Puedes esperar sentado —refunfuñó.

Cole soltó una carcajada limpia mientras Dakota, a su pesar, sonriendo, redactaba la última cláusula del contrato.

—Ya está —dijo ella finalmente—. Exclusividad total. A partir de mañana, Cole, solo existimos nosotros.

Firmó el documento con un trazo firme y miró a Cole; le tocaba a él, pero él la miraba fijamente.

—¿Estás segura de esto?

—¿Y tú?

No, él no estaba seguro de llevar adelante semejante locura, pero sabía que era el único camino si quería blindar su derecho a la sucesión y silenciar las ambiciones de Julian de una vez por todas.

—¿Estás seguro de que sea yo? —puntualizó Dakota, buscando el último resquicio de duda en sus ojos.

De eso, sin embargo, no tenía ninguna duda.

No existía nadie más en su mundo con quien Cole pudiera plantearse una farsa de tal calibre. Por más que la rapidez de su propia certeza le sorprendiera, la verdad era rotunda e innegable.

No llevaría nada de esto a cabo si no fuera con ella.

Cole firmó el documento y volvió a mirarla, fijando sus ojos en los de ella por última vez esa noche.

—Hasta mañana, Dak —susurró él finalmente.

—Hasta mañana, Cole.

Se despidieron sin que ninguno de los dos respondiera a la pregunta.



Capítulo 8

Zane observaba a Cole con la misma paciencia con la que escuchaba a la señora Higgins fantasear con el repartidor de Amazon.

Ninguna.

Llevaban una hora encerrados en aquella joyería de la Quinta Avenida y Cole seguía examinando bandejas de diamantes como si buscara una grieta en la economía mundial.

Zane se ajustó el alzacuellos, que parecía estar apretándole más de lo habitual debido a la irritación, creando una imagen casi blasfema en aquel templo del lujo. Un sacerdote sudando impaciencia, rodeado de diamantes que costaban diez veces su parroquia.

—Cole, por el amor de Dios, elige uno —bufó Zane, apoyando los codos en el mostrador—. Llevo tanto tiempo aquí metido que se me está olvidando el Credo y me están entrando ganas de empezar a cobrarte el diezmo por mi asesoría espiritual.

—No es tan fácil —masculló Cole.

Se ajustó la lupa de joyero al ojo, lo que le daba un aire de científico loco analizando una muestra de virus letal. Examinó un diamante de talla *marquise* que brillaba con una intensidad obscena bajo los focos.

—No —lo soltó con un desprecio absoluto, devolviendo la pieza a la bandeja como si fuera chatarra.

—Llevas una hora diciendo que no —Zane soltó un suspiro dramático—. Elige una piedra, paga y vámonos. Dios perdonará la mentira, pero no sé si me va a perdonar a mí si mato a alguien por inanición en una joyería de lujo.

Cole lo ignoró. Señaló un diamante del tamaño de una uva.

—¿Este?

Zane entornó los ojos, horrorizado.

—Si le pones eso en la mano, se le va a dislocar la muñeca, Cole. Es horrible. Parece algo que llevaría la mujer de un mafioso ruso en una serie de bajo presupuesto.

—Es de Tiffany —gruñó Cole, a la defensiva.

—Como si es un regalo de Santa Claus. A Dakota le das eso y te lo estampa en la frente. ¿No la conoces? Dirá que es una horterada y que estás intentando fardar delante del Consejo.

—Es que estoy intentando fardar delante del Consejo —admitió Cole con una frialdad cortante.

—También es verdad —concordó el sacerdote, rascándose la nuca —. A veces se me olvida que esto es un teatro. ¿Ves? Ya me estás haciendo pecar de ingenuidad.

Cole lo miró de reojo, incrédulo.

—¿Cómo se te puede olvidar algo así?

Se giró de nuevo hacia el mostrador. Sus ojos recorrieron otra bandeja.

—Dakota y yo… —se detuvo ante un solitario—. No —lo desechó al instante—. Demasiado simple. Tiene que parecer que he perdido la cabeza por ella.

—Pues de momento solo parece que has perdido el gusto —Zane miró al joyero, que tenía cara de estar replanteándose su carrera profesional y su fe en la humanidad—. A ver, buen hombre, enséñenos algo que no parezca un faro de coche. Algo… —hizo un gesto vago con la mano— que no dé ganas de llamar a la policía por asalto visual.

El joyero, aprovechando la tregua, sacó una caja pequeña de terciopelo azul noche. Dentro, un diamante solitario de corte antiguo, montado sobre una banda de oro amarillo, descansaba con una elegancia silenciosa.

Zane soltó un silbido bajo.

—Ese es.

Cole se acercó, entornando los ojos con sospecha.

—Es pequeño.

—No es pequeño, es elegante —corrigió Zane con tono experto—. Es el tipo de anillo que Dakota no querría tirarte a la cara. Y el oro amarillo le va con las pecas esas que tiene en la nariz.

Cole se quedó mirando el anillo en silencio. Lo cogió entre los dedos, sopesándolo, sintiendo el frío del metal.

—¿Tú crees?

—Cole, soy cura. Me paso el día escuchando a mujeres quejarse de sus maridos, de sus novios y de sus anillos de compromiso cutres. Créeme, este anillo es un «sí» rotundo. Además, si nos vamos ya, te prometo no confesarle a nadie que te has tirado diez minutos mirando un rubí que parecía un caramelo de fresa de gasolinera.

Cole resopló.

—Le gustan las fresas —dijo en voz baja, recordando el pijama que ella llevaba la noche anterior.

—¡Por el amor de Dios! —Zane sabía a qué se refería—. Que su pijama parezca un frutero no significa que quiera llevar un caramelo de fresa de dos quilates en el dedo anular para el resto de su vida ficticia. El pijama es para dormir; el anillo es para ganar una guerra. Céntrate en la guerra.

—Tal vez si me dice un poco cómo es ella… —intervino el joyero, intentando ocultar las ganas desesperadas que tenía de deshacerse de ese par de locos—, podría ayudarlo a decidir si esta pieza encaja con su carácter.

Cole miró al joyero y luego volvió al anillo.

—Es un dolor de muelas —soltó Cole al fin, sin apartar la mirada del anillo—. Es terca, cree que siempre tiene razón y tiene la lengua más afilada de todo Manhattan.

—Se le olvida mencionar que es la única persona capaz de aguantarlo más de diez minutos sin pedir una orden de alejamiento —añadió el cura, mirando al joyero—. Es decidida. No le gustan los adornos innecesarios ni la gente que balbucea.

El joyero asintió despacio, procesando la descripción de la «mujer complicada», y retiró el diamante solitario para sacar una caja de un cajón inferior. Era una pieza de platino con un diamante de talla *cushion* escoltado por dos zafiros.

—Este —dijo el joyero con convicción—. Es fuerte, pero elegante.

—No —lo cortó Cole al instante, sin siquiera dejarlo terminar.

Sus ojos se habían clavado en otra vitrina, en una pieza que parecía estar allí esperando precisamente a que él la encontrara.

—Ese.

Señaló un anillo de oro amarillo, de diseño limpio y atemporal, coronado por una esmeralda central de un verde profundo y

magnético.

—Esmeraldas —murmuró Cole cuando el joyero se lo ofreció. La piedra parecía arder bajo la luz de los focos—. Verdes.

Era el color de Dakota. El que hacía que su pelo pareciera un incendio y que sus pecas cobraran vida.

—Jamás imaginé vivir este momento —murmuró Zane, observando la fijeza con la que Cole sostenía la pieza.

—Ya somos dos —masculló Cole, sin levantar la vista de la piedra.

Era perfecto. Tan malditamente perfecto que casi podía sentir el peso del anillo en la mano de Dakota.

—Para ser una farsa, te tiembla demasiado el pulso —susurró Zane al oído de su amigo—. ¿Seguro que no quieres que te confiese antes de que esto se vuelva real?

Cole carraspeó, recuperando la compostura en un segundo, y se giró hacia el joyero.

—Me llevo este —sentenció—. Y póngalo en una caja que no grite «me ha costado más que tu casa». Algo discreto.

—Enseguida, señor Vane.

Zane dejó caer los hombros, soltando un suspiro que fue puro alivio.

—Amén. Si tardas cinco minutos más en pagar, voy a tener que confesarme yo mismo por los pensamientos impuros que estoy teniendo con una hamburguesa doble con queso.

Cole sacó la tarjeta mientras el dependiente preparaba el paquete con una eficiencia reverencial.

Miró a Zane de reojo, con una duda que no había querido mostrar hasta ese momento.

—¿Crees que le gustará?

Zane enarcó las cejas, incrédulo.

—¿Tiene que gustarle? —le devolvió la pregunta.

Cole estuvo a punto de decir que no. Que le daba igual. Que era un simple accesorio para un montaje corporativo. Pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—Pero si sirve de algo, esa piedra tiene el mismo carácter de mil demonios que mi hermana. Le pegará como un guante. Ahora, paga. Ya. O le digo a Dakota que estuviste a punto de comprarle un anillo a juego con las fresas de su pijama. No me obligues a usar la información privilegiada para fines extorsivos.

—Eres un chantajista. El infierno debe de tener una sección reservada para curas hambrientos.

—Soy un hombre de recursos —replicó el cura con una sonrisa—. Y mi religión me obliga a comer varias veces antes de que el sol se ponga. Venga, muévete. El pecado de la gula me está llamando y no pienso hacerlo esperar ni un segundo más por culpa de tu indecisión existencial.

Cole pagó y el dependiente le hizo entrega de la bolsa con una inclinación de cabeza casi imperceptible. El hombre los observó a ambos (el empresario loco y el sacerdote famélico) con una mirada que denotaba que había visto demasiados dramas neoyorquinos tras ese mostrador.

—Les deseo mucha suerte, caballeros.

—Créame, la va a necesitar —replicó Zane, lanzándole a Cole una mirada cargada de intención.

Cole no tenía la más remota idea de hasta qué punto aquello era cierto.



Capítulo 9

Iba de camino a su despacho, con la mano sobre el bolsillo interior de la chaqueta, cuando tropezó con alguien.

—Joder —gruñó Cole, mientras sus manos atrapaban a Dakota justo antes de que perdiera el equilibrio.

La atrajo hacia sí de golpe, sin dejar espacio entre los dos. Dakota soltó un jadeo y apoyó las manos en su pecho, justo donde el anillo seguía escondido.

Quedaron demasiado cerca. Tan cerca que Cole distinguía la constelación de pecas en su nariz y el temblor mínimo de su respiración.

Dakota entreabrió los labios e, instintivamente, se pasó la lengua por el labio inferior.

Cole se inclinó, solo un poco. Solo para…

Un carraspeo forzado rompió el momento.

Ambos giraron la cabeza al unísono, como si los hubieran pillado cometiendo un delito. A pocos metros, un par de directivos y una secretaria los miraban con los ojos muy abiertos; después, con una

dignidad de cartón, fingieron revisar unos informes que estaban claramente del revés.

Cole recuperó la compostura. La levantó con suavidad, asegurándose de que sus pies estaban bien asentados en la moqueta, y la soltó en cuanto comprobó que estaba bien.

Se alejó un paso, intentando ignorar lo insultantemente bien que le sentaba aquel vestido negro que quizás, solo quizás, tenía un escote un poco más pronunciado de la cuenta, ¿no?

Se ajustó la chaqueta con un gesto seco y volvió a presionar, casi de forma inconsciente, el estuche donde la esmeralda aguardaba.

—Fíjate por dónde vas —dijo, con una voz que intentó sonar tranquila, pero sonó cortante, tensa.

A la defensiva.

Dakota enarcó las cejas, alisándose la falda.

—No era yo quien iba distraída precisamente.

—¿Me estás queriendo decir que ha sido culpa mía?

—Es que ha sido culpa tuya.

Cole enarcó las cejas. A su alrededor, varias cejas ajenas se alzaron también.

Aunque a primera vista allí no ocurría nada que no hubiera ocurrido antes…

Pero se notaba algo extraño.

Y lo más extraño de todo fue que Cole, en lugar de soltar una réplica mordaz y seguir caminando hacia su despacho, agarró a Dakota del antebrazo y tiró de ella hacia el pasillo lateral.

—¿Pero qué haces? —se quejó ella en un susurro, intentando zafarse sin montar un espectáculo mayor, aunque sus pies ya seguían el ritmo de las zancadas de él.

—Cállate y camina —soltó él sin mirarla, arrastrándola directamente hacia el santuario de su oficina privada.

Iba tan rápido que a Molly ni siquiera le dio tiempo a levantar la vista del ordenador para saludarlos; solo vio una ráfaga de traje italiano y melena pelirroja desapareciendo tras la doble puerta.

Cole cerró la puerta a su espalda con un golpe seco que resonó en todo el piso. Solo entonces, Dakota se soltó de su agarre con un movimiento brusco. Se alejó dos pasos, frotándose el brazo donde todavía juraría que sentía el calor de sus dedos impreso en la piel.

—¿Y bien? —preguntó él, cruzándose de brazos y bloqueando la salida con su cuerpo—. ¿Qué demonios te pasa?

—¿A mí? ¡Nada! —es que no entendía nada.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿No será que te pasa algo a ti?

—¿Qué demonios podría pasarme a mí?

—Pues no lo sé, ¡dímelo tú! —estaba empezando a perder la paciencia.

Cole se pasó una mano por el pelo, visiblemente alterado.

—Solo tenía la impresión de que acabamos de dar la nota con una pelea de pareja delante de todos los empleados, sin que ni siquiera seamos pareja ni hayamos empezado a fingir que lo somos.

Dakota suspiró pesadamente.

—Si la nota la hemos dado… Mira por dónde, empezarán a hablar pronto.

Cole entrecerró los ojos, escrutándola.

—¿Lo tenías planeado?

Ella pestañeó, alucinando.

—¿Qué carajo voy a tener planeado? ¿Que me atropelles para protagonizar una escena romántica de película? —rio irónicamente —. No soy tan buena en mi trabajo, pero se agradece que me tengas en ese pedestal.

Él suspiró y, con un movimiento cargado de una tensión que no lograba disipar, se quitó la chaqueta.

—Lo siento.

—¿Un día difícil? —preguntó ella, suavizando un poco el tono mientras observaba cómo colgaba la prenda en el perchero.

Cole no diría que había sido difícil, pero aguantar a Zane, sus sermones velados y la presión de elegir el anillo de compromiso perfecto le habían pasado factura.

Por cierto, volvió a tocar la chaqueta casi por instinto, sintiendo el relieve cuadrado a través de la tela.

Sí, el anillo seguía allí.

—Si esto te supera… —empezó ella, interpretando su silencio como una señal de que los nervios empezaban a ganar la partida.

—No tiene nada que ver con eso —mintió él, con la corbata ya quitada y tomando asiento en su sillón de piel—. Y ayudaría mucho que dejaras de llamarlo así. Sobre todo aquí.

—Tienes razón —dijo ella, ignorando su mal humor repentino.

Ese hombre era un poco bipolar a veces, pensó Dakota.

Su móvil sonó y ella no tardó en cogerlo.

—Helen…

—Dakota, he encontrado al chico del monopatín.

La sonrisa que se le dibujó a Dakota fue enorme.

—Concerta una cita —dijo antes de colgar, dirigiéndose hacia la puerta, pero antes se giró a mirar a Cole—. No te preocupes tanto. Lo haremos bien —dijo antes de irse de la oficina.

Y, quizás, eso era lo que más preocupaba a Cole. Porque si fingir que la deseaba y la amaba se le daba tan bien como a ella fingir que aquello no le afectaba, estaban condenados antes de que la farsa empezara de verdad.



Capítulo 10

Frente al espejo del vestidor, Dakota se ajustó el pendiente, soltó un suspiro y contempló su reflejo. Estaba impecable y lista para representar el papel más difícil de su carrera.

Sí, había llegado el momento.

Y Dakota tenía la incómoda sensación de que había cosas que no había previsto.

Como, por ejemplo…

Negó con la cabeza, prohibiéndose pensar en eso. No importaba el precio. Aquel pacto se llevaría a cabo hasta el final.

Se lo debía a ella misma.

Salió de casa en cuanto recibió el mensaje de Cole donde decía que la estaba esperando y, al cruzar el umbral del edificio, se quedó clavada en la acera.

Allí estaba él.

Cole esperaba apoyado contra una limusina blanca que gritaba exceso por los cuatro costados. Llevaba traje negro impecable, sin corbata ni pajarita puesta todavía. Los primeros botones de la

camisa blanca estaban abiertos, dándole un aire peligrosamente informal.

Dios, estaba guapísimo.

Dakota lo había visto vestido así mil veces, pero ese día… No sabría explicarlo, pero había algo distinto en él.

Cuando él levantó la mirada y la fijó en ella, a Dakota le faltó el aire.

Cole se enderezó lentamente. No la miró; la devoró. Sus ojos recorrieron cada curva del vestido de seda verde esmeralda, demorándose en la abertura infinita de la pierna y en la línea del escote con una intensidad tan cruda que la hizo sentirse desnuda en mitad de la calle.

Dakota avanzó hacia él, intentando que sus piernas no la traicionaran. Se detuvo a un palmo, lo suficiente para oler su perfume y sentir el calor que desprendía.

—Dak… —susurró él, sin poder dejar de mirarla.

—Hola —sonrió ella, intentando dejar la timidez que sentía a un lado—. ¿Una limusina?

No se lo esperaba.

—¿A qué estamos jugando? ¿A *Pretty Woman*? —bromeó, intentando quitarle intensidad a la situación.

Cole esbozó esa media sonrisa. Se acercó un paso más, invadiendo su espacio personal.

—Quería sorprenderte —la cogió de la mano y la hizo girar sobre sí misma—. Pero el sorprendido he sido yo.

Y su polla, sí, pero eso no iba a decirlo.

Un rojo intenso le tiñó las mejillas a Dakota, subiéndole por el cuello. Cole no se había sentido tan satisfecho en su vida.

—Lo estás haciendo bien.

—¿El qué?

—Fingir que te gusta lo que ves —dijo ella, soltando su mano—. Si me miras así en la cena, nadie dudará de lo nuestro.

Cole la miró un momento a los ojos, buscando la respuesta a algo que ni él mismo sabía definir. Hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

—Ya… —carraspeó—. Con ese vestido, me has puesto jodidamente fácil que no pueda quitarte los ojos de encima. A mí y a media población.

—No es la primera vez que me ves con él.

—¿Ah, sí?

Cole lo dudaba.

Si lo hubiera sido, se acordaría. Vaya si se acordaría.

Y su polla también.

—Bueno, entonces no eras mi prometida —sacó la cajita de la chaqueta y la abrió para enseñarle lo que había dentro.

—Oh, Dios —ella abrió los ojos de par en par—. Es…

—¿Demasiado?

—¡No! Es… —él ya le había cogido la mano y le estaba deslizando el anillo—. Perfecto —dijo ella mirando la esmeralda en su dedo.

Sí, pensó Cole. Lo era.

—No sé qué esperaba, pero esto no —rio ella, todavía asombrada por la elección.

Cole le abrió la puerta y le puso una mano en la parte baja de la espalda, animándola a entrar. Puso la mano sobre el marco de la puerta cuando ella se agachó para que no se diera en la cabeza.

—Si fuera un compromiso de verdad, habrías acertado de pleno —dijo ella cuando ya estuvieron los dos sentados dentro de la

limusina.

Cole cerró la puerta y dio un golpecito para anunciar al conductor que se pusiera en marcha.

—Me alegra oír eso —respondió.

Pero no, no parecía que le hubiera gustado el comentario en absoluto.

—Tú también estás muy guapo, por cierto.

Cole sonrió.

—Lo sé, nena. Te he visto comerme con la mirada.

Ella soltó un grito ahogado de indignación.

—¿No te lo tienes un poco creído?

—Solo soy observador. Es una farsa, pero los ojos no mienten. Y tú no sabes mentir.

Cole se inclinó un poco hacia ella, invadiendo su espacio personal.

—Tú también lo estás haciendo muy bien. Cualquiera que te hubiera visto mirarme así —puso los labios en su oído y su aliento le recorrió el cuello— pensaría que te habrías mojado por mí.

Dakota se quedó petrificada. Sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado de la limusina.

Pero si pensaba que ella se iba a quedar calladita o escandalizada mucho tiempo…

Cuando Cole la miró a la cara, fue Dakota quien se movió para hablarle a él en el oído.

—Y no se equivocarían.

La sonrisa burlona de Cole desapareció.

Lo que quedó fue algo mucho más oscuro.

—Ten cuidado, Dak, porque te puedes quemar.

Aunque no sabía si se lo decía a ella o a sí mismo.

Ella sonrió, una sonrisa pícara en sus labios.

—Es lo que necesitamos. Cuanto más real parezca que quieres llevarme a la cama, mejor será para la farsa.

El comentario cayó como un jarro de agua fría sobre él.

A Cole se le endurecieron las facciones, irritado por la frialdad con la que ella recordaba el objetivo del pacto justo cuando el aire entre los dos empezaba a ser irrespirable.

—Para ser un teatro —masculló él, volviendo la vista al frente—, hablas demasiado.

Sí, Dakota lo sabía, pero mejor eso a soltar alguna tontería que la dejara desnuda metafóricamente y demostrara más de lo que debería.

Más, incluso, de lo que quería demostrarse a sí misma.

No, no quería pensar en eso.

Estuvieron la mayoría del camino en silencio. Él, concentrado en el móvil; ella, mirando por el cristal.

No era un silencio incómodo, así que el viaje en coche no se hizo largo.

Estaban a punto de llegar a la mansión Vane cuando Cole cogió la corbata que había sobre el asiento frente a él y se la puso.

El coche se detuvo frente a la verja principal.

A través de los cristales tintados, Dakota distinguió a los periodistas agolpados tras el cordón de seguridad, fuera del recinto. No eran muchos; solo la prensa que el abuelo permitía para dar fe de su relevancia. Susurraban y levantaban los objetivos en cuanto el vehículo frenó.

Las compuertas se abrieron con una lentitud ceremonial y la limusina avanzó por el camino de grava.

Entonces la mansión se alzó completa ante ella, un mausoleo de mármol y soberbia, con las molduras neoclásicas brillando bajo el sol de mediodía.

Al llegar a la escalinata principal, uno de los empleados del servicio, impecable con guantes blancos, abrió la puerta con una reverencia ensayada.

Cole bajó primero. Se tomó un segundo para abrocharse el botón central del traje. Entonces, se giró hacia el interior del coche y le tendió la mano a Dakota.

Dakota puso su mano sobre la suya, sintiendo de nuevo el contraste de su piel contra la de él, y salió del coche. Cole entrelazó el brazo de ella con el suyo, haciendo que el de ella, donde llevaba el anillo, descansara sobre su antebrazo. Empezaron a subir los peldaños hacia las enormes puertas de roble que ya estaban abiertas de par en par, revelando un vestíbulo que parecía más un museo que una casa.

Dakota había estado muchas veces allí, pero eso no impedía que siempre tuviera esa sensación al entrar. El aire en la mansión Vane era distinto; olía a cera de muebles antiguos y a historia familiar.

El techo se elevaba en una cúpula de cristal que dejaba ver el cielo, mientras que las paredes estaban cubiertas de retratos de antepasados con miradas severas que parecían juzgar a cualquiera que osara pisar el mármol de Carrara del suelo.

La escalera imperial de doble tramo dominaba el centro del vestíbulo, flanqueada por esculturas que Cole solía ignorar, pero que a Dakota siempre le recordaban lo pequeña que era ella en comparación con el imperio Vane.

El murmullo de los invitados llegó hasta ellos mientras se acercaban al salón.

Allí, un par de docenas de personas se congregaban en grupos, charlando animadamente y bebiendo champán. Eran, sobre todo,

directivos de la empresa con sus parejas, gente que Dakota conocía de sobra.

Ella barrió el lugar con la mirada.

—Como imaginábamos, no ha llegado —dijo, deteniéndose un momento.

Se refería a Julian. Dakota se había asegurado de conocer la hora exacta de su entrada. Sabía que aparecería en el último minuto para intentar impresionar a todos con su prometida, sin sospechar que su anuncio pasaría a un segundo plano.

Porque ese día habría otro compromiso. Uno mucho más importante.

—Pero no tardará.

Como era normal en ella, levantó la mano y le colocó bien la corbata a Cole. Era un gesto que todos en Vane & Co. habían visto mil veces; Dakota siempre cuidaba los detalles y Cole siempre se dejaba hacer.

No había nada de extraño en ver a la directora de comunicación pegada al CEO ni en un evento de gala ni en una celebración privada.

Nadie les habría prestado mayor atención si no fuera porque, esta vez, la cercanía no era profesional, sino posesiva.

La mano de Cole no estaba donde solía estar, a su costado. Esta vez, descansaba con una firmeza deliberada sobre la cadera de Dakota, marcando el terreno de una forma que nada tenía que ver con la amistad. Fue ese pequeño cambio de posición lo que hizo que un par de directivos interrumpieran su charla y que el silencio empezara a ganar terreno en la sala.

—¿Segura? —preguntó él en un susurro, bajando el rostro hasta ponerlo a la altura del de ella—. Todavía podemos…

—Preséntame como la futura señora Vane —dijo ella con toda la seguridad del mundo.

Cole no pudo evitar sonreír.

Él mejor que nadie sabía que, para Dakota, aquello no era una cuestión de dificultad técnica. Ella toreaba cualquier situación sin despeinarse.

Lo que lo desarmaba era verla allí, tan pequeña frente a la inmensidad de la mansión y, aun así, inamovible.

Cole le dio un beso en la frente. Lento. Más largo de lo necesario. No fue un gesto de cara a la galería; fue gratitud e instinto de protección.

Fue entonces cuando Cole supo que le daría cualquier cosa si se la pidiera. Que, si alguien intentaba humillarla, no dudaría en destruirlo.

Cuando se separó, le sostuvo la mirada un instante más antes de entrelazar sus dedos con los de ella.

Comenzaba la farsa.

—Como desee, futura señora Vane.

Sin embargo, aquellas palabras no sonaron falsas.



Capítulo 11

El silencio no fue absoluto, claro; había música de fondo, un cuarteto de cuerda que tocaba algo clásico con la desgana educada de quien lleva tres horas interpretando para gente que no escucha.

—Es evidente que los hemos sorprendido —murmuró Cole, inclinándose hacia ella hasta que su aliento rozó el lóbulo de su oreja.

Ella sonrió. Nada que no hubiera previsto.

Dakota registró cada reacción. Era su trabajo: leer salas, medir temperaturas, detectar grietas antes de que se convirtieran en terremotos.

Y aquella sala acababa de sufrir un seísmo de magnitud considerable.

El primero en acercarse fue Robert Fischer, el director financiero de la empresa, copa en mano.

—Cole —saludó, estrechándole la mano con cordialidad—. Dakota, estás espléndida. El verde siempre ha sido tu color, aunque hoy parece que brilla con una luz distinta.

—Gracias, Robert —respondió ella con una sonrisa ensayada, permitiendo que él le diera un beso caballeroso en el dorso de la

mano.

La mano con el anillo, por supuesto. Dakota jamás dejaría eso al azar.

Una sonrisa torcida se formó en los labios de Robert.

—Vaya —exhaló finalmente—. Enhorabuena. A ver… si os soy sincero, se esperaba.

La confesión pilló a ambos con la guardia baja.

—Lleváis años siendo un frente unido. Nadie en esta empresa se cree que la lealtad de Dakota sea solo una cuestión de nómina —Robert se encogió de hombros con una sonrisa de suficiencia—. La gente habla, ya sabéis cómo funciona esto.

—Pues no, no lo sé.

Cole detuvo a un camarero que pasaba cerca con una bandeja de plata. Con un movimiento fluido y elegante, cogió una copa de champán y se la ofreció a Dakota antes de tomar otra para él.

Sus ojos no se apartaron de Fischer ni un segundo.

—Ilumíname —le instó con una frialdad que habría congelado el helio.

—Solo que era cuestión de tiempo que dejaras de buscar fuera lo que ya tenías… —Robert se interrumpió bruscamente al notar cómo la mandíbula de Cole se tensaba y cómo sus nudillos se volvían blancos alrededor del cristal de la copa. Carraspeó, retrocediendo un paso—. Me alegro de que, por fin, lo hayáis hecho oficial. Es un movimiento inteligente. Muy inteligente.

Sin esperar respuesta, Fischer se batió en retirada, perdiéndose entre la multitud con una rapidez asombrosa.

—El que no es inteligente es él —refunfuñó Cole.

Deslizó su mano por la espalda de Dakota hasta posarla con firmeza en su cintura, pegándola a su costado para seguir caminando entre los invitados.

—Será el primero al que eche en cuanto tome el control total —sentenció entre dientes.

Dakota fue a decirle que se relajara, que no era para tanto, pero una voz los interrumpió.

—¡Pero mira qué tenemos aquí!

—Abuelo —dijo Cole—. Felicidades.

Alexander lo ignoró con la elegancia que solo los hombres con demasiado poder pueden permitirse. Su atención estaba en otra parte.

—¡Dakota! —exclamó el anciano antes de envolverla en un abrazo. Cole tuvo que reaccionar rápido para quitarle la copa de la mano a ella y evitar un desastre de champán sobre el vestido verde.

—Felicidades, abuelo —respondió ella, devolviéndole el gesto con una sonrisa genuina.

—Y menudo regalo me habéis traído —dijo el anciano al separarse.

Su mirada descendió hasta el anillo. Miró la joya. Luego a su nieto. Luego a Dakota. Finalmente, volvió a clavar la vista en la piedra.

—Esmeralda —sentenció.

—¿Tienes algo en contra de las esmeraldas? —preguntó Cole, tratando de leer la expresión indescifrable de su abuelo.

Alexander no respondió de inmediato. Miró a Dakota directamente a los ojos.

—Siempre pensé que, si algún día este cabezota —señaló con la cabeza a su nieto sin apartar la vista de ella— decidía sentar la cabeza, serías tú.

Dakota mantuvo la sonrisa, pero pudo sentir cómo el cuerpo de Cole se tensaba a su lado.

—¿Ah, sí? —soltó Cole, incapaz de ocultar la sorpresa en su voz.

—Llevo años viéndoos. La pregunta nunca fue si pasaría, sino cuándo dejarías de ser tan cobarde para admitirlo.

—No creo que cobarde sea la palabra más…

—Es exactamente la palabra —lo cortó—. Esa es la palabra que define a un hombre que tiene el tesoro delante y finge que solo es parte del paisaje.

Se giró hacia Dakota.

—Mi nieto es insufrible, tozudo y tiene la inteligencia emocional de una piedra. Pero nada que tú no sepas a estas alturas. Contigo se convierte en algo parecido a un ser humano decente. Así que bienvenida a la familia, Dakota. Oficialmente, quiero decir. Porque, extraoficialmente, llevas años siendo parte de ella.

—Gracias, abuelo —respondió ella, y le guiñó un ojo con una complicidad que terminó de desarmar al anciano.

El viejo sonrió como no lo había hecho en años, una expresión que iluminó su rostro curtido.

—Me encanta esta chica —dijo mirando a su nieto—. ¿Cuándo será la boda?

—Es tu nieta favorita —añadió Cole, ignorando deliberadamente la segunda pregunta.

—No lo dudes —le advirtió el anciano, y esta vez no se preocupó en bajar la voz, permitiendo que el aviso flotara sobre los invitados cercanos—. Cuídala, Cole. No la hagas sufrir o te juro por mi honor que la heredera de mi fortuna será ella y no tú.

Cole se quedó mudo, buscando algún rastro de ironía en los ojos de su abuelo. No encontró nada.

Con Alexander Vane, la línea entre la advertencia y el testamento siempre era peligrosamente delgada.

—¡Y elegid ya la fecha de la boda! —exclamó mientras se retiraba.

—No sé si me da más miedo que no se sorprendan o que lo hagan —bufó Cole en cuanto el anciano se alejó—. Y lo de Fischer antes… No eres el segundo plato de nadie, Dak.

No sabía por qué, pero necesitaba que ella lo supiera.

—Cole, no me ha afectado…

—A mí me afecta —la interrumpió él.

—¿Qué es lo que te afecta? —preguntó Harry, apareciendo como de la nada con esa sonrisa ladeada—. Felicidades, por cierto.

Harry levantó su copa hacia Cole, con un brillo de auténtica diversión en los ojos que solo un buen amigo se puede permitir.

—Me alegro mucho por los dos, de verdad, pero sobre todo por ti —añadió, señalando a Cole con el borde de su cristal—. No podrías haber elegido mejor ni aunque hubieras vuelto a nacer con un manual de instrucciones.

Sin darle tiempo a replicar, Harry envolvió a Dakota en un abrazo afectuoso. Al separarse, la mantuvo sujeta por los hombros y la recorrió con la mirada.

—Tú, en cambio —Harry suspiró dramáticamente, meneando la cabeza—, sí podrías haber elegido mucho mejor.

—Alguien tiene que cargar con el peso de civilizar a este animal —dijo Zane, apareciendo en escena—. Es una labor humanitaria encomiable.

—¿Es que os habéis puesto todos de acuerdo para darme el pésame? —preguntó ella, arqueando una ceja con diversión.

—No es el pésame, es un reconocimiento al mérito civil —replicó Zane, deslizando con suavidad un brazo sobre los hombros de su hermana y separándola de Cole—. Quita, coño. Deja que respire un poco, que la tienes asfixiada.

—¿Tú qué haces aquí? —preguntó Cole, aunque la pregunta era puramente retórica.

Sabía perfectamente que el abuelo lo había invitado; Zane era su sacerdote de confianza. El muy hijo de puta se sabía todos los secretos de toda la familia.

—He venido a velar por vuestras almas —respondió Zane con una sonrisa beatífica—, aunque la tuya ya sea una causa perdida.

—Pues como sigas soltando palabrotas delante de los feligreses, lo que va a ser una causa perdida es tu sotana —le espetó Cole— ¿Cómo se dice cuando te despiden de cura? ¿Reducción al estado laical? Porque a este paso te van a dar una patada en el altar y te van a secularizar antes de que termine el cóctel.

Zane soltó una carcajada profunda, sin inmutarse lo más mínimo.

—Se llama pérdida del estado clerical, cuñado. Pero no te preocupes, eso no pasará —añadió—, alguien tiene que estar cerca para darte la extremaunción.

—La extremaunción lo mismo la necesita otro —intervino Harry, desviando la atención de todos al señalar con un movimiento de cabeza hacia la entrada del salón.

Julian Dalton acababa de hacer su aparición.

Del brazo traía a Karina Caldwell, enfundada en un vestido rojo que dejaba poco a la imaginación y mucho a la especulación. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo, unos pendientes de diamantes que probablemente costaban más que el sueldo anual de medio departamento, y una sonrisa ensayada que Dakota reconoció al instante.

Era la sonrisa de alguien que espera ser el centro de atención.

Lástima que el centro de atención ya estuviera ocupado.

Dakota observó el momento exacto en que Julian registró la situación. Fue un proceso lento. Primero la miró a ella, barriendo su vestido con una condescendencia que se evaporó al instante. Luego pasó a Cole, fijándose en la forma en que este la mantenía pegada a su cuerpo, con la mano anclada en su cintura.

Y entonces, como no podía ser de otro modo (porque en ese instante a Dakota le dio por recolocarse un mechón de pelo detrás de la oreja), sus ojos se centraron en la esmeralda.

Fue un instante. Una fracción de segundo en la que la máscara se resquebrajó y dejó ver algo crudo: rabia pura.

El color huyó de su rostro para ser sustituido por una palidez biliosa. Pero Julian era un Vane, y los Vane sabían recomponerse rápidamente.

—Primo —saludó Julian, acercándose en el momento exacto en que volvían a estar solos.

Lo hizo con esa sonrisa de comercial de pasta de dientes que Dakota siempre había encontrado profundamente irritante.

Julian era la versión refinada y vacía de Cole. Tenía el cabello rubio demasiado perfecto, una mandíbula tan afilada que delataba su prepotencia y un traje a medida que, por muy caro que fuera, no lograba ocultar la rigidez de sus movimientos.

Karina no lucía mejor. La sonrisa ensayada se le había descompuesto y sus ojos ardían con algo que no se molestó en disimular.

Dakota se preguntó qué le vio Cole a esa mujer.

Cole se estaba preguntando exactamente lo mismo.

—Julian —Cole ignoró la mano que su primo le ofrecía, un gesto de absoluto desprecio que dejó la extremidad del otro suspendida en el aire—. Karina —la saludó con una frialdad cortante, sin siquiera dignarse a mirarla a la cara.

—Cole… —la voz de la rubia tembló ligeramente, una vibración de incredulidad y rabia contenida.

Sus ojos se posaron en Dakota y la recorrieron de arriba abajo con una lentitud calculada, una inspección minuciosa que buscaba desesperadamente un fallo, una costura suelta, cualquier detalle que le permitiera volver a sentirse superior.

—Dakota, qué vestido tan bonito —dijo al fin, con un tono que pretendía ser amable pero que goteaba veneno—. Verde, como tu anillo. Qué… coordinada estás.

—Gracias, Karina. Cole tiene buen ojo para las piedras preciosas —respondió Dakota, elevando la mano lo justo para que la

esmeralda captara la luz y proyectara destellos verdes sobre la palidez enfermiza de la otra mujer—. Y para las personas.

El dardo aterrizó exactamente donde pretendía. Karina apretó los labios hasta convertirlos en una línea fina y amarga. Estaba herida; ella había perseguido a Cole durante meses, desplegando todas sus armas de mujer fatal, para terminar conformándose con el primo segundón.

Ver a la empleada luciendo la esmeralda que ella tanto había anhelado la estaba carcomiendo por dentro.

Julian, por su parte, no había dejado de mirar a Cole. Se notaba la tensión eléctrica en sus hombros; su gran maniobra, la de presentarse esa noche como el heredero maduro y comprometido para ganarse el favor definitivo del abuelo, acababa de ser pulverizada por el golpe de efecto de su primo.

Ya no era el protagonista de su propia función.

—No sabía que ibas en serio con alguien —dijo Julian, con un tono que intentaba sonar casual, pero que rezumaba veneno—. Ha sido muy… repentino. ¿No? Casi parece un movimiento de última hora.

—¿Sí? ¿Tú crees? —Cole no se molestó en dar más explicaciones, disfrutando del evidente desequilibrio de su primo con una calma que rayaba en lo cruel.

—Bueno… Saliste en la prensa por… —Julian dejó la frase a la mitad, buscando el ángulo sucio para atacar su reputación de juerguista incorregible ante los invitados que fingían no escuchar.

—Por el récord de ganancias de este trimestre —lo interrumpió Cole, con una sonrisa gélida que no llegó a sus ojos—. ¿Era eso a lo que te referías?

Julian apretó la mandíbula un instante, el único signo de la furia que rugía bajo su traje impecable.

Había perdido el centro de atención, la aprobación del abuelo y, por lo que veía en los ojos vidriosos de Karina, incluso la poca lealtad que ella le profesaba.

Cole le había arrebatado el tablero, las fichas y hasta el aire para respirar.

—Enhorabuena a los dos —logró escupir Julian, aunque las palabras sonaron más a una maldición que a un deseo.

—¿Hay que felicitaros a vosotros también? —preguntó Cole, señalando el inmenso diamante que ella llevaba en el dedo—. Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Pero felicidades, de verdad.

Julian fue a abrir la boca para reclamar su momento, para intentar que su diamante brillara más que la esmeralda de Dakota, pero no tuvo tiempo.

En ese mismo instante, Karina lo soltó con un gesto brusco y se dio la vuelta, marchándose entre los invitados con los ojos inyectados en rabia.

El anuncio de su compromiso, esa bomba mediática que iba a eclipsar todo lo demás, acababa de quedar reducido a una nota al pie de página.

Una anécdota menor, casi ridícula, en un día que ya pertenecía por entero a Cole y Dakota.



Capítulo 12

Dakota estaba agotada, la celebración se había largado más de la cuenta. Lo primero que hizo al cruzar la puerta del ático fue quitarse los zapatos.

No los colocó en el zapatero. No los dejó junto a la entrada. Los pateó al aire en mitad del pasillo con un gemido de alivio tan obsceno que Cole se detuvo en seco detrás de ella.

Los tacones aterrizaron en el suelo de mármol con dos golpes secos, uno a cada lado del corredor.

Cole los miró. Luego la miró a ella.

Dakota ya estaba caminando descalza hacia el salón, con los pies desnudos sobre su mármol impoluto, arrastrando consigo la chaqueta del traje que él le había puesto sobre los hombros al salir de la mansión y que no se había quitado en todo el trayecto.

—Tus zapatos están en medio del pasillo —dijo él.

—Lo sé.

—En medio.

—Ajá.

—Del pasillo.

Dakota se dejó caer en el sofá de cuero gris con un suspiro que pareció vaciarla por completo. Subió los pies al asiento, se acurrucó contra el reposabrazos y cerró los ojos.

—No puedo moverme —declaró—. Si quieres que los recoja, vas a tener que llamar a una grúa.

Cole se quedó un momento de pie, mirando los zapatos y luego a la mujer que acababa de invadir su sofá como si llevara viviendo allí toda la vida. Soltó un suspiro, dejó la corbata sobre la mesa y se desabrochó los primeros botones de la camisa.

Abrió la nevera. Pasó de largo las botellas de *Veuve Clicquot* que guardaba para ocasiones que nunca llegaban y cogió dos cervezas del fondo.

—Toma —le puso la botella fría delante de la cara.

Dakota abrió un ojo. Miró la cerveza. Luego a él.

—Te quiero.

Cole arqueó una ceja.

—Para la farsa, eso está muy bien —dijo Cole—, pero a esta hora de la noche, y sin público, pierde un poco de impacto.

—La cerveza, Cole. Quiero a la cerveza.

—Ah.

Se sentó en el otro extremo del sofá, dejando caer el peso de la noche sobre el cuero con un crujido. Le dio un trago largo a su botella y apoyó la cabeza en el respaldo, mirando al techo.

Estuvieron un momento así, en silencio, bebiendo.

—Lo hemos conseguido —dijo Dakota al fin.

—Lo hemos conseguido —confirmó él.

—La cara de Julian —una sonrisa se extendió lentamente por el rostro de Dakota—. Dios. Ha sido mejor de lo que imaginaba. Cuando Karina lo ha soltado y se ha ido…

—Eso no estaba en el guion.

—Los mejores giros nunca lo están.

Cole sonrió, negando con la cabeza.

—¿Y Fischer? «Se esperaba» —imitó la voz del director financiero con un falsete cruel—. Casi le rompo la copa en la cabeza.

Dakota le dio un sorbo a su cerveza y se encogió de hombros.

—Nos ven juntos catorce horas al día, seis días a la semana, desde hace años. Damos más el perfil de matrimonio que la mitad de las parejas que había en esa sala.

Cole giró la cabeza para mirarla. Dakota tenía los pies recogidos bajo su cuerpo, la chaqueta del traje envolviéndola como una manta, el pelo suelto cayéndole sobre los hombros, y una cerveza en la mano. Sin los tacones, sin el vestido desplegando su armadura, sin la sala llena de tiburones que la obligaban a mantener la espalda recta, parecía otra persona.

O quizá era la misma de siempre, solo que sin la coraza.

—¿Y el abuelo? —Dakota soltó una carcajada—. «La heredera de mi fortuna será ella y no tú». Delante de todo el mundo. Te juro que casi me da algo.

—A mí también. Y no estoy seguro de que estuviera bromeando.

—No estaba bromeando.

—Lo sé. Ese es el problema.

Dakota se giró en el sofá para mirarlo de frente, con las piernas dobladas y la mejilla apoyada en el respaldo.

—¿Te puedo decir algo?

—¿Cuándo me has pedido permiso para decirme algo?

—Nunca. Pero esta vez siento que debería.

Cole la miró, esperando.

—Lo has hecho increíble —dijo ella—. No sabía que se te daba tan bien actuar.

Cole se quedó mirándola a los ojos, muy serio. De repente, fue como si todo el ambiente se agriara, como si una corriente de aire gélido hubiera atravesado el ático de lujo.

Cole bufó y se levantó de golpe.

—Estoy empezando a odiar esa palabra —refunfuñó, dándole la espalda y encaminándose hacia el dormitorio.

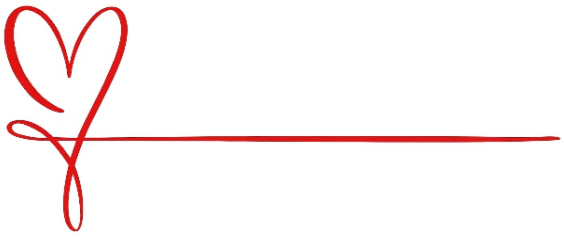
—Pero… —Dakota se quedó con la frase a medias, desconcertada por el cambio de humor.

—Me voy a dar una ducha —soltó él sin detenerse, su voz resonando con una aspereza inusual mientras desaparecía de su vista—. ¡Fría!

El eco de sus palabras quedó flotando en el salón. Dakota se quedó inmóvil, mirando el pasillo por el que él se había esfumado, y enarcó las cejas mientras procesaba la escena.

¿Pero qué demonios le ocurría a ese hombre?

Bipolar, se recordó. Era bipolar.



Cole seguía enfadado; la ducha no le había servido de mucho. Bueno, al menos había logrado enfriar su cuerpo, lo cual no era poco dado el incendio que sentía bajo la piel, pero nada más.

El humor seguía tan agrio como antes.

Sabía que no tenía razones para sentirse así, que la farsa (otra palabra que estaba empezando a detestar) había sido un éxito rotundo. No le aseguraba todavía la sucesión, pero lo acercaba a ella y, lo que era más importante, alejaba definitivamente a Julian.

Pobre infeliz; los periódicos de mañana no iban a dedicarle ni media columna a su compromiso. Seguramente estaría emborrachándose en algún club de mala muerte, maldiciendo el apellido Vane y, sobre todo, maldiciendo a Cole.

Aquello debería haberlo puesto de un humor excelente. Debería estar brindando a solas por su propia astucia.

Pero no, no lo estaba.

¿La razón? Esa mujer que dormía encogida en su sofá, tapada con su chaqueta del traje como si fuera lo único que la protegiera del mundo.

Cole suspiró mientras la miraba desde la sombra del pasillo, con el pelo aún húmedo y una toalla colgada al cuello.

Lo había hecho muy bien; Cole nunca había dudado de sus aptitudes. Dakota era una estratega nata, una mujer capaz de leer el tablero antes de que las piezas se movieran. Pero lo que lo estaba matando, lo que le revolvía las tripas y le agriaba el carácter, era precisamente eso.

Que para ella solo había sido una actuación digna de aplauso. El problema era que él no había estado actuando. Al menos no siempre.

Empezó como una actuación, sí, pero todo era tan natural… Tocarla, mantenerla cerca de él posesivamente, hablar de ella como si fuera, de verdad, la mujer que le había robado el corazón. La mujer que llevaba un anillo en el dedo, un maldito anillo que él mismo había escogido tras descartar una docena de opciones que no le parecieron lo suficientemente perfectas para ella.

La mujer que llevaría su apellido.

No supo en qué momento comenzó a olvidar la estrategia.

¿Había sido al darle ese beso en la frente y darse cuenta de lo jodidamente importante que era ella para él?

¿O antes, cuando la vio acercarse con ese vestido verde?

¿O fue antes? ¿Al firmar el contrato? ¿Con aquel beso que pretendía ser un ensayo? ¿O quizá mucho antes, cuando ella le propuso esa locura?

Cole se pasó una mano por la cara, frustrado, sintiendo la humedad del pelo contra la palma de la mano.

Unas horas. Aquello apenas llevaba unas horas en marcha y ya estaba así. ¿Cómo demonios iba a aguantar un mes entero compartiendo espacio, fingiendo frente al mundo y, lo que era peor, fingiendo frente a ella?

Tal vez solo era eso, ¿no? Estaba confundiendo las cosas por la presión del momento. El alcohol, la adrenalina de la fiesta, el placer de ver la cara de derrota de Julian… un cóctel explosivo que le estaba nublando el juicio.

Vamos, Cole, que no eres un crío, no me jodas.

Se obligó a ser brutalmente honesto consigo mismo. No era la estrategia. No era el apellido Vane.

Era que la deseaba.

¿Cómo? ¿Cuándo?

¡Joder!

Se acercó al sofá con paso silencioso, conteniendo el aliento como si el menor ruido pudiera delatar el estruendo que hacía su corazón contra las costillas. Se detuvo a escasos centímetros. Dakota tenía los labios entreabiertos y el pecho subía y bajaba con tranquilidad, ajena al torbellino que eran sus pensamientos.

No se dio tiempo a pensar; le quitó la chaqueta, se agachó y la cogió en brazos. Rápidamente, ella se aferró a su cuello por puro instinto, buscando su calor.

—Cole… —susurró, adormilada.

Cole cerró los ojos un instante antes de caminar con ella hasta su dormitorio. La dejó sobre la cama, le quitó el vestido, ignorando la piel que iba dejando al descubierto, y la tapó con la sábana hasta la cabeza.

La escuchó quejarse bajo la tela, así que cogió la sábana con los dedos y dejó la cabeza al aire. Le apartó de la frente el pelo que se le había quedado pegado y gimió por lo bajo cuando ella se movió, deshaciéndose de su caricia y de la sábana también en un gesto inconsciente.

Cole no debería haber mirado; no tendría que haberlo hecho. Pero, joder, lo hizo.

¿Y quién podría culparlo? ¿Quién podría culparlo si deseaba más de su prometida de lo que el contrato permitía?

—Loco —se dijo a sí mismo mientras se marchaba de la habitación a zancadas— Estás loco, Vane.

Y mientras no recuperara la cordura (cosa que parecía poco probable mientras ella estuviera bajo su mismo techo), le iba a tocar dormir en el sofá.



Capítulo 13

La llegada a la oficina ese día fue como siempre. Sin embargo, la gente ya no los miraba como siempre.

Dakota salió del ascensor, café en mano y la esmeralda brillando en su dedo como si llevara ahí toda la vida.

No le dio tiempo a dar tres pasos.

—Dios mío, Dakota, ¿con el jefe?

La primera en interceptarla fue Lisa, una de las analistas de cuentas, que prácticamente se materializó frente a ella como una aparición bursátil con tacones.

—Buenos días, Lisa.

—¿Buenos días? ¡¿Buenos días?! —Lisa la agarró de la muñeca y le levantó la mano a la altura de sus ojos—. ¡Es una esmeralda!

El grito atrajo a Claire, la otra analista, que abandonó su mesa a una velocidad impropia de alguien que normalmente tardaba veinte minutos en responder un correo electrónico.

—¿Desde cuándo? —preguntó, bloqueándole el paso.

—A ver, era bastante obvio —dijo Mark, un gestor de carteras que pasaba por ahí con una carpeta bajo el brazo y que, al parecer,

había decidido que su opinión era imprescindible—. Lo raro es que hayan tardado tanto.

—¿Pero cómo fue? —Lisa bajó la voz hasta convertirla en un susurro que se oyó en toda la planta—. ¿Te lo pidió de rodillas?

—¿Tú te imaginas al jefe de rodillas? —resopló Claire.

—Por Dakota, seguro —sentenció Lisa, mirándola como si fuera la protagonista de su serie favorita.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó Mark, que para no importarle nada el tema se había quedado plantado allí sin la más mínima intención de marcharse.

—Será pronto, ¿no?

—¿Os iréis de luna de miel?

—¿A dónde?

—¿Sabías que en Recursos Humanos hay un formulario para cambiar el estado civil?

Las preguntas llovían desde todas las direcciones. Dakota sonrió, le dio un sorbo a su café y levantó la mano libre en un gesto que, sin necesidad de palabras, significaba «callaos todos o alguien va a morir».

Abrió la boca para decir algo, pero fue otra persona la que habló.

—Gracias por la alegría —dijo Cole, materializándose a su lado—. Sí, estamos prometidos. No, no hay fecha, pero la habrá pronto. Y no, no pensamos responder a más preguntas sobre nuestra vida personal. ¿Alguna duda sobre algo que sí sea de vuestra incumbencia?

Silencio.

Absoluto.

—Perfecto. Pues a trabajar.

Miró a Dakota, que lo observaba con las cejas enarcadas, y sonrió. Una sonrisa que Dakota supo, al instante, que le traería problemas.

Cole hizo lo mismo que en esa fiesta; se inclinó y le dio un beso en la frente, quizás demorándose demasiado tiempo.

—Que tengas un buen día, nena —susurró, mirándola intensamente.

Le dio otro beso más rápido, porque sí, y se marchó hacia su despacho sin mirar atrás.

Dakota se quedó clavada en el sitio con el café en una mano y el corazón en la garganta.

A su alrededor, la planta cuarenta había dejado de funcionar.

Lisa tenía la boca abierta y una mano en el pecho, como si acabara de presenciar el final de una película romántica. Claire se había agarrado al brazo de Mark, que sostenía la carpeta contra su cuerpo como un escudo y había olvidado por completo que tenía una reunión. Dos secretarias del fondo habían dejado de teclear y miraban el pasillo por el que Cole había desaparecido con expresiones que oscilaban entre la envidia y la devoción.

—Oh, Dios mío —exhaló Lisa.

—Dios mío —repitió Claire.

—Yo quiero uno así —murmuró alguien desde una mesa lejana.

—Pues vete buscando otro porque este está pillado —respondió otra voz.

Dakota carraspeó, se alisó la falda que no tenía ninguna arruga y caminó hacia su despacho con toda la dignidad que le permitieron unas piernas que todavía no habían decidido si querían colaborar.

Al pasar junto a Helen, no se atrevió a mirarla. No hacía falta. Podía sentir la ceja arqueada de su secretaria perforándole la nuca como un rayo láser.

—Ni una palabra —le advirtió.

—No he dicho nada, señorita Prescott. ¿O debería empezar a llamarla ya señora Vane?

—Vane le queda mucho mejor —intervino Louis, apareciendo con una sonrisa de suficiencia.

El chico del monopatín se había habituado con una rapidez asombrosa al equipo y se movía por la oficina con una confianza que a Dakota todavía le resultaba desconcertante.

—Opino exactamente lo mismo —añadió Ben sumándose a la mofa—. Siempre pensé que Dakota tenía cara de Vane, le sienta bien el apellido.

—No empecéis —les advirtió Dakota.

—Si nosotros no hemos empezado nada —resopló Ben con fingida inocencia mientras intercambiaba una mirada cómplice con Louis.

—Pero le informo de que lleva usted exactamente cuatro minutos y dieciséis segundos en el edificio y ya me han llamado tres personas para preguntarme si es verdad. Y el teléfono no ha dejado de sonar, y algo me dice que no es para hablar de comunicación corporativa.

—¿Quién?

—La primera, la secretaria del señor Fischer, para preguntar si la señorita Prescott tiene alguna preferencia floral para el arreglo de felicitación que quiere enviarle su jefe.

Dakota puso los ojos en blanco. Fischer intentando compensar la metedura de pata de ayer.

—La segunda, un periodista del Post que quiere confirmar el compromiso. Le he dicho que no hacemos declaraciones antes del desayuno y que, si insiste, le enviaré la factura de mi café.

—Bien hecho.

—Y la tercera —Helen hizo una pausa deliberada mientras se ajustaba las gafas con dos dedos sobre el puente de la nariz—, ha sido el señor Vane. Hace exactamente dos minutos.

Si lo acababa de ver.

—Dos minutos antes de dar el espectáculo —explicó Helen.

—Ah…

Ben y Louis soltaron una carcajada al unísono. Dakota los fulminó con la mirada, lo que solo sirvió para que ellos se alejaran entre risas, soltando un «pero qué poco humor tienes» antes de desaparecer por el pasillo.

Dakota frunció el ceño, ignorando sus burlas, y centró toda su atención en su secretaria.

—¿Cole? ¿Qué quería?

Helen la miró por encima de las gafas con una expresión que sugería que llevaba décadas esperando ese momento.

—Preguntar si había llegado. Que le dijera que él estaba llegando.

Esa mañana se había levantado antes de que Cole despertara. No había podido evitar quedarse unos segundos observándolo en el sofá, preguntándose por qué demonios el dueño de un ático con tres dormitorios vacíos había decidido dormir como un ovillo en el salón, con las piernas colgando y el ceño fruncido incluso en sueños.

Le había dejado una nota y se había escapado a su apartamento. Necesitaba ropa limpia que no oliera a él.

—Textualmente ha dicho «Helen, ¿ha llegado Dakota?». Y cuando le he confirmado que no, ha dicho «Si llega, dile que estoy llegando», y me ha colgado.

Dakota se quedó observándola, tratando de procesar la importancia del dato.

—¿Y eso te ha sorprendido por…? —preguntó, intentando restarle importancia.

Al fin y al cabo, era bastante normal; si el jefe la necesitaba para algo, lo lógico era que la buscara.

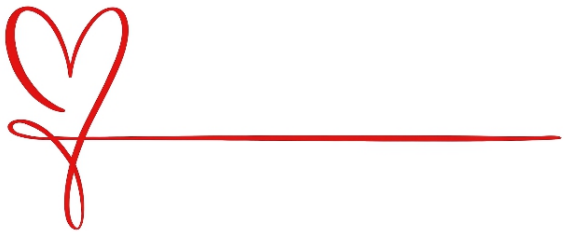
—Él jamás llama aquí personalmente —replicó Helen—. Siempre llama Molly.

—Ah… —Dakota se detuvo un instante.

—Y jamás de los jamases me llamaría por mi nombre —añadió la administrativa, gesticulando con las manos—. De hecho, estaba convencida de que no sabía ni cómo me llamo.

—Claro que sabe cómo te llamas. Te lo ha demostrado hoy —dijo Dakota, negando con la cabeza mientras entraba en su despacho.

Del que esperaba no salir en todo el día.



Mientras tanto, en otra parte de la planta cuarenta…

Molly lo esperaba con su café, su agenda y la misma expresión de siempre, la de una mujer que había visto absolutamente todo y ya nada podía impresionarla.

—Buenos días, señor Vane —dijo, tendiéndole la taza de café recién hecho—. Enhorabuena.

—Gracias, Molly —entró en el despacho y ella lo siguió.

—Su agenda de hoy incluye la reunión con el departamento legal a las diez, la conferencia con Singapur a las once y media, y un almuerzo con el señor Henderson a la una. Ah, y tiene veintitrés correos electrónicos de felicitación que he clasificado por orden de importancia decreciente y nivel de cinismo creciente.

Cole dejó la taza sobre su escritorio.

—¿Nivel de cinismo?

—El del señor Fischer ocupa el primer puesto en ambas categorías —respondió Molly sin inmutarse—. Cito textualmente: «Mis más sinceras felicitaciones. Siempre supe que Dakota era mucho más que

una empleada brillante». He considerado que el tono tenía un matiz de autoperdón que usted debería conocer.

Cole soltó un resoplido que fue casi una risa.

—¿Algo de Julian?

—Silencio absoluto. Ni correo, ni llamada, ni presencia física. Su secretaria ha informado de que el señor Dalton no vendrá hoy. Razón oficial, indisposición. Razón extraoficial… —Molly hizo una pausa milimétrica— no me corresponde especular.

—Pero lo harás de todas formas.

—Solo diré que el señor Dalton apostó por una alianza de conveniencia con la persona equivocada. Usted, en cambio, ha tenido la sensatez de elegir a la correcta. Aunque haya tardado más de lo humanamente razonable en darse cuenta.

Cole la miró fijamente.

—¿Eso ha sido un cumplido o una reprimenda?

—Ha sido una observación, señor Vane. Las reprimendas se las dejo a la señorita Prescott. Ella tiene más práctica.

Cole no pudo evitar sonreír.

Molly lo miró sin el filtro profesional por primera vez en años.

—Llevo en esta empresa desde antes de que usted supiera lo que era un balance. He visto a su abuelo construir esto piedra a piedra. Y en todos estos años, la única persona que he visto proteger este lugar con la misma devoción que él ha sido ella.

Hizo una pausa y miró a su jefe fijamente.

—Así que más le vale no estropear esto.

Cole parpadeó.

—¿El compromiso o la empresa?

—Sí —respondió Molly.

Llevaba años observando a Dakota entrar en este despacho como si fuera suyo y a Cole dejándola hacer como si lo fuera.

—No he necesitado un anillo para saber lo que era evidente, señor Vane. Solo me sorprende que haya tardado usted tanto —dijo antes de marcharse.

Cole se quedó mirando la puerta cerrada un momento antes de girarse y mirar por el ventanal, contemplando la ciudad que se extendía bajo sus pies. Tenía las manos hundidas en los bolsillos y la mente en otra parte.

En unos zapatos tirados en su pasillo.

En unas manos aferradas a su cuello mientras la llevaba en vilo.

En una boca que sabía a todo lo que él no se había permitido querer.

Había odiado levantarse aquella mañana y descubrir que ella no estaba.

«Nos vemos en el trabajo, necesito una ducha y ropa limpia», le había escrito en la nota.

Que se hubiera duchado en su ducha, joder. En la de ambos, porque técnicamente sería de ambos el próximo mes, ¿no?

¡Era parte del trato!

¿A qué esperaba para hacer la puñetera mudanza?

Enfadado con el mundo, y consigo mismo, se había ido a desayunar con Zane. Para enfadarse todavía más porque ese hombre olía la ansiedad y la convertía en algo peor.

Había llamado a la oficina para avisar de que tardaría, pero ella aún no había llegado. Y, visto lo visto, casi comparten ascensor.

Gimió para sus adentros, frotándose la nuca con frustración. No sabía si en esas condiciones mentales, y físicas, podía compartir un espacio tan cerrado con ella sin perder los papeles.

Dio un sorbo al café.

«No he necesitado un anillo para saber lo que era evidente, señor Vane. Solo me sorprende que haya tardado usted tanto».

¿Dios, es que todo el mundo lo había visto menos él?

Se sentó en su sillón, encendió el ordenador y se obligó a quitarse a esa mujer de la cabeza. Al menos, por un rato.

No lo logró.



Capítulo 14

Cole no estaba acostumbrado a llegar a casa y encontrar que había alguien esperándolo.

Bueno, no es que Dakota lo estuviera esperando precisamente. Pero estaba allí.

Todo el desastre que había montado en el salón era señal de ello.

Había cajas. Bolsas. Una maleta abierta sobre el suelo de mármol que vomitaba ropa en todas las direcciones. Un neceser enorme y sospechosamente lleno ocupaba la mesa auxiliar donde Cole solía dejar las llaves. En la cocina, una bolsa de papel del supermercado asomaba por encima de la encimera. Y en el perchero de la entrada, junto a su abrigo gris oscuro, colgaba una chaqueta vaquera que no era suya.

Cole se detuvo en el salón, con la chaqueta del traje en una mano y la corbata en la otra, y contempló la escena, horrorizado.

—¿Y el sofá? ¿Dónde está? —preguntó.

Dakota, que tenía la cabeza metida en una caja de cartón, la sacó, lo miró y sonrió.

—Hola —dijo.

Cole se quedó sin poder decir nada, solo podía mirarla.

Llevaba el pelo recogido en un moño deshecho del que se escapaban mechones por todas partes. Una camiseta vieja, demasiado grande, que le resbalaba por un hombro. Unos pantalones cortos. Descalza. Sin maquillaje.

Esa no era la Dakota del despacho. Esa era la Dakota de verdad.

Cole tragó saliva y decidió concentrarse en el desastre. Era más seguro.

—Y me estoy arrepintiendo de ello —miró a su alrededor buscando un lugar donde dejar la chaqueta y la corbata; todo estaba ocupado —. ¿Dónde está tu sofá?

—¿Mi sofá? —frunció el ceño.

—Pregunto porque será lo único que has dejado en tu apartamento.

Dakota rio al ver la expresión de horror en su rostro. Hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—He traído poca cosa.

—Poca cosa, dice —Cole vació una de las sillas de comedor, apartando una pila de ropa de ella con dos dedos, como si fuera material radioactivo, y dejó la chaqueta—. Menos mal que es una farsa, que si no…

—Pensé que le estabas cogiendo asco a esa palabra —volvió a meter la cabeza en otra caja—. Mmmf.

—¿Qué?

—Que me ayudes —dijo ella, sacando la cabeza.

Cole dejó la corbata sobre la chaqueta, se remangó la camisa y caminó hacia ella.

—¿Ayudarte a qué, exactamente?

—A encontrar mis sábanas. He traído las mías porque las tuyas son demasiado…

—¿Perfectas?

—Frías.

Sobre todo si duermo sola en la cama, pensó, aunque no lo dijo.

Tampoco tenía que haberlo pensado, porque ese hilo de pensamiento la arrastraba, inevitablemente, a terrenos pantanosos.

—Son de esas sábanas que gritan «aquí duerme un hombre que no ha compartido cama en su vida» —soltó, y estuvo a punto de gemir al ser consciente de sus propias palabras.

Definitivamente, ir por ahí no era caminar por el sendero de la seguridad. Se estaba metiendo ella sola en la boca del lobo.

—Algodón egipcio de ochocientos hilos, gris perla, planchadas al milímetro —continuó, tratando de recuperar su tono mordaz para ocultar el nerviosismo—. Solo les falta una etiqueta que diga «prohibido tocar».

Una etiqueta así lo mismo le vendría bien a ella misma.

Mejor pensado, no.

¡¿Cómo que no?! ¿Es que acaso quería que la volviera a besar?

Bueno, viéndolo de esa guisa…, pensó mirando sus antebrazos.

—Son de mil hilos —corrigió él, sacándola de sus pensamientos.

—Peor todavía —gruñó, enfadada de repente.

Cole la miró.

Ella lo miró.

Y por un instante, ninguno de los dos supo muy bien qué hacer con el hecho de que estaban discutiendo sobre sábanas a las ocho de la noche en un ático que, a partir de ese momento, era de los dos.

Dakota pensó que era mejor volver a meter la cabeza de nuevo en la caja.

—¿Cuándo te ha dado tiempo a traer todo esto?

Sabía que ella se había ausentado de la oficina poco después del almuerzo, pero la magnitud del despliegue era exagerada.

—Llamé a Zane —respondió ella, sin asomar la cabeza de la caja en la que rebuscaba.

Ella no sabía ni lo que buscaba ya.

—Y te ha ayudado la parroquia entera, feligreses incluidos —dedujo él, imaginando al sacerdote moviendo hilos divinos para una mudanza terrenal.

Dakota sacó la cabeza de otra caja y le dedicó una sonrisa amplia, de esas que Cole encontraba difíciles de procesar.

—Algo así.

Madre de Dios, pensó Cole, asimilando que su vida privada acababa de ser oficialmente desmantelada.

—¿Tienes hambre? —preguntó él, tratando de recuperar algo de normalidad.

—He picado algo.

—¿Algo como qué? —insistió, temiendo la respuesta.

—Algo como unas galletas que encontré en tu despensa. ¿Sabías que caducan en tres meses?

—Se llama provisión, Dakota. No todo el mundo come como si el apocalipsis fuera mañana.

—Y no todo el mundo tiene una despensa que parece un búnker de la Guerra Fría.

Cole fue hacia la cocina, esquivando una caja que no tenía muy claro qué contenía, y abrió la nevera.

—Voy a pedir algo.

—Tailandés —dijo ella sin levantar la vista de la caja.

—Iba a decir japonés.

—No.

—¿No? Pero si te encanta la comida japonesa.

—Nada de japonés hasta que los Kurosawa firmen. Me niego a comer sushi mientras esos hombres me quitan el sueño.

Cole cerró la nevera y la miró con una mezcla de incredulidad y algo que se parecía peligrosamente a la ternura.

—Tailandés —concedió.

Pidieron. Comieron sentados en el suelo del salón porque la mesa del comedor estaba ocupada por tres cajas y un secador de pelo que Dakota insistía en que necesitaba tener a mano.

Cole se quitó los zapatos, se aflojó el cuello de la camisa y, en algún momento entre el *pad thai* y los rollitos, dejó de mirar el caos que lo rodeaba y empezó a mirarla solo a ella.

Dakota comía con los palillos en una mano y el móvil en la otra, repasando los titulares del día. De vez en cuando levantaba la vista, le leía algún comentario sobre su compromiso y soltaba una carcajada o un bufido, dependiendo de la fuente.

—Fuentes cercanas confirman que la pareja lleva meses viéndose en secreto —leyó, con un trozo de pollo a medio camino de la boca —. Fuentes cercanas. Me encanta. ¿Quién serán las fuentes cercanas?

—Fischer. Seguro.

—Fischer no tiene fuentes. Fischer es la fuente.

Cole soltó una risa corta y apoyó la espalda contra el sofá, estirando las piernas. Uno de sus pies rozó los de ella.

Ambos sabían que, por su bien físico y mental, cuando menos se tocaran, mejor.

Ninguno de los dos se movió.

—Greg Baxter me ha escrito —dijo Dakota, bajando el móvil.

—No sé qué le viste a ese tío —gruñó Cole.

Dakota se encogió de hombros, restándole importancia al asunto.

—No está mal —Cole la miró horrorizado ante el comentario—. Solo fue un polvo. O varios —Cole volvió a gruñir—. Y de eso hace ya… Tampoco te interesa —terminó de decir ella.

A Cole le cabreaba el tema, y mucho. Era un sentimiento sin sentido, lo sabía, pero así era.

—A él sí le interesas —soltó él con amargura.

—Mmm… —ella no lo negó.

A Cole le repateó que no lo hiciera, sintiendo una punzada de celos que no tenía derecho a reclamar.

Como si fuera culpa de ella, vamos.

—¿Qué demonios quería? —preguntó al fin, tratando de recuperar el tono profesional.

—Una exclusiva —respondió ella.

—¿Y qué le has dicho?

—Que se la gane.

—Esa es mi chica.

Dakota lo miró un segundo más de la cuenta antes de volver al móvil.

—Tu chica necesita encontrar el pijama antes de que se haga más tarde —dijo, levantándose del suelo con una agilidad que Cole no entendía cómo era posible después de la cantidad de comida que habían consumido.

Empezó a abrir cajas.

Cole la observó un momento desde el suelo, con el envase de comida tailandesa todavía en la mano, y se preguntó en qué momento exacto su vida había dejado de tener sentido.

—Segunda caja por la izquierda —dijo él.

Dakota lo miró.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es la más pequeña, la has puesto la última y la has apartado del resto. Si fuera ropa normal la habrías mezclado con todo lo demás. Pero el pijama es importante para ti, así que lo has protegido.

Dakota abrió la caja. El pijama de fresitas estaba dentro, doblado con un cuidado que no había dedicado a ninguna otra prenda.

—A veces me das miedo —dijo ella.

—Es mi trabajo. Leer a la gente.

—Ese es mi trabajo.

—Entonces estamos jodidos los dos.

Dakota cogió el pijama y desapareció hacia el dormitorio. Cole se quedó sentado en el suelo, rodeado de cajas y envases vacíos, en un apartamento que ya no era solo de él.

Aquello iba a ser una maldita locura.

Se levantó. Recogió los envases. Tiró la basura. Limpió la encimera. Ordenó lo que pudo del salón sin tocar las cajas de ella, porque sabía que si movía algo lo pagaría caro. Y cuando terminó, se quedó de pie en el pasillo, mirando la puerta cerrada del dormitorio.

Su dormitorio. Que ahora era de los dos.

La puerta se abrió.

Dakota salió con el pijama de fresitas, el pelo suelto y la cara lavada.

—El baño es tuyo —dijo, pasando por su lado.

Cole la olió al pasar. Había usado su gel de ducha.

—¿Has usado mi gel?

—No encontraba el mío.

—Está en la tercera caja por la derecha.

—¿Cómo demonios…?

—Porque es la que más pesa. Gel, cremas y todo lo que necesitas tener cerca. Eres predecible, Dak.

—Y tú eres insufrible, Vane.

Cole entró en el baño.

Se duchó con agua fría. Otra vez.

Cuando salió, se encontró a Dakota ya acostada en la cama. En su lado. Porque ya tenía un lado, aparentemente. El izquierdo, pegado a la ventana. Se había hecho un ovillo bajo sus sábanas de mil hilos (las de ella seguían en la caja).

—¿Por qué te haces la dormida?

—Yo no… —empezó ella, pero se calló de inmediato.

Porque ella sí, ella estaba fingiendo porque, por primera vez en años, estaba nerviosa.

Había dormido con Cole anteriormente cuando no le había quedado más remedio y no le había resultado difícil. Eran amigos; los amigos pueden dormir juntos sin tener que pensar en nada más.

El problema era que ahora ella sí estaba pensando en algo más.

—Estoy agotada —dijo entonces, tratando de justificar su rigidez bajo las sábanas de mil hilos.

—Si vas a sentirte incómoda, puedo dormir en el sofá, Dak —ofreció.

Ella suspiró y negó con la cabeza sobre la almohada.

—Jamás me sentiría incómoda contigo —aseguró.

Mentía. Claro que se sentía incómoda, pero no iba a explicarle el matiz. No era por él, sino por lo que él le hacía sentir.

Cole dudó un segundo, pero terminó acostándose en el lado derecho. La cama era enorme, una *king size* más que suficiente para dos personas sin que se rozaran siquiera.

Se quedó boca arriba, mirando al techo, con los brazos cruzados sobre el pecho como un cadáver en un ataúd.

—Cole.

—¿Qué?

—Relájate. Puedo oírte pensar desde aquí.

¿Y eso lo decía ella?

—No estoy pensando.

—Estás tan tenso que si te toco te rompes.

—No me toques y no nos enteraremos.

Silencio.

—¿Necesitas una almohada en medio? —preguntó ella, y Cole pudo oír la sonrisa en su voz.

—No necesito una maldita almohada.

—Pues entonces deja de respirar como si estuvieras en una misión de rescate submarino y duérmete.

Cole soltó el aire. Despacio. Cerró los ojos.

La sintió moverse. Un cambio mínimo de posición, un susurro de sábanas, y de repente estaba un poco más cerca. No lo estaba tocando, pero la distancia había pasado de un metro a medio.

—Dak.

—¿Qué?

—Si te mueves un centímetro más, voy a necesitar esa almohada.

Ella soltó una risa bajita, medio ahogada contra su propia almohada.

—Buenas noches, Cole.

—Buenas noches, Dakota.

El silencio se instaló entre ellos, denso y cargado de todo lo que no se habían dicho.

—Dak.

—Mmm… —respondió ella, ya medio dormida.

—Dale la exclusiva.

—¿A Greg?

—Preferiría no nombrar su nombre mientras estemos en nuestra cama.

Dakota no quiso decir nada sobre el hecho de que él hubiera dicho «nuestra»; mejor dejarlo pasar o se iba a poner nerviosa.

Y ella no era una mujer de ponerse nerviosa.

—Si es lo que quieres…

—Es lo que quiero. Dale la exclusiva a él. Déjale claro que estamos juntos.

—Vale… —murmuró ella, ya en el limbo del sueño.

Cole se quedó mirando al techo. Al final, su instinto de posesión había ganado. Greg Baxter tenía que entender, con pelos y señales, que Dakota ahora dormía bajo su mismo techo.

Cole no supo cuánto tiempo pasó antes de que la respiración de ella se volviera profunda y regular. Minutos. Quizá media hora. Quizá una eternidad.

Cuando estuvo seguro de que dormía, giró la cabeza.

Dakota se había movido. Por supuesto que se había movido. Él ya lo sabía, esa mujer no se estaba quieta ni dormida.

Tenía una mano extendida en el espacio entre los dos, los dedos a centímetros de su brazo, como si incluso en sueños buscara algo a lo que aferrarse. La esmeralda atrapó un rayo de luz de la ciudad que se colaba por la ventana.

Cole miró esa mano. Miró el anillo que él había elegido. Miró los dedos que casi rozaban los suyos.

No la tocó.

Pero tampoco se apartó.



Capítulo 15

Todo estaba yendo de maravilla.

La farsa estaba funcionando.

No habían pasado muchos días cuando los japoneses decidieron retomar las negociaciones. No dieron explicaciones. Cole tampoco las necesitó; lo único que importaba era que el plan avanzaba y los objetivos se iban cumpliendo uno a uno.

Uno de ellos, si todo seguía según lo previsto, se firmaría la semana siguiente. El otro, un poco más adelante. El definitivo, la sucesión.

Sí, la farsa estaba funcionando. Y no les estaba resultando difícil hacer creer a todo el mundo que estaban juntos.

Llegaban de la mano. Cole había cogido la costumbre de besarla (en la frente) delante de todos antes de que cada uno se fuera a lo suyo.

Por la farsa, por supuesto.

En las reuniones, la miraba como si nadie más existiera en la sala, y lo peor era que no tenía que esforzarse demasiado para conseguirlo.

Nadie podía dudar de que, allí, había algo de verdad.

Demasiada verdad.

Deberían estar contentos de que el teatro les estuviera saliendo tan bien. Sin embargo, aquello se estaba convirtiendo en una maldita tortura para Cole.

Vivir con ella. Dormir con ella. Y, sobre todo, despertarse con ella.

Verla en su casa como si fuera suya.

Porque Dakota se había apoderado del ático con una naturalidad que lo desconcertaba. Sus cremas habían colonizado el baño. Su champú había desplazado al suyo en la repisa de la ducha. La chaqueta vaquera seguía en el perchero. El pijama de frutas y animalitos varios aparecía cada noche como una provocación inocente.

Y cada mañana, sin importar la distancia que Cole dejara entre los dos al acostarse, amanecía con ella pegada a su cuerpo como si fuera un imán.

—Joder —gruñó esa mañana al despertarse y encontrarse directamente con los ojos de ella mirándolo fijamente.

—Buenos días —susurró Dakota, con la cara a un palmo de la suya.

Cole se quedó mirándola. Tan cerca. La cara somnolienta. El pelo enredado. Esa sonrisa perezosa en unos labios que él llevaba días intentando no mirar.

Esos labios que deseaba besar.

O, mejor aún, esos labios que deseaba sentir en otra parte de su anatomía que llevaba días en un estado de emergencia permanente.

Porque sí, la tenía dura. Otra vez. Como todo el maldito día desde que esa mujer se había apoderado de su vida.

—Maldita sea —volvió a gruñir antes de levantarse de un salto y encerrarse en el baño de un portazo.

Dakota se quedó mirando la puerta cerrada y suspiró.

Ese hombre y su bipolaridad la estaban volviendo loca.

Llevaba días así, de un humor de perros. Se inventaba excusas para acostarse más tarde que ella. Informes, llamadas a la Conchinchina, correos que no podían esperar. Pero todas las mañanas despertaba a su lado.

Y luego la rehuía.

Después se despedía de ella con ese beso en la frente que había adoptado como costumbre, para volver a rehuirla en cuanto las puertas del despacho se cerraban tras él.

Y así andaban…

En la casa no era diferente.

Dakota no era tonta. Sabía que algo le pasaba. Y sabía que, en cualquier momento, Cole explotaría.

Y si ella era experta en algo, era en hacer explotar a Cole.

Incluso sin proponérselo.

Era sábado. No tenían que trabajar, pero aun así, Cole lo estaba haciendo.

Llevaba dos horas en el sofá, con el portátil sobre las piernas y un informe de riesgos que, en circunstancias normales, habría despachado en cuarenta minutos.

Pero las circunstancias no eran normales.

El silencio de su casa había sido sustituido por un tarareo constante que llegaba desde la cocina. Un tarareo acompañado por el ruido de cacharros, el golpe seco de cajones abriéndose y cerrándose, y un olor que empezó siendo prometedor y que, poco a poco, fue derivando hacia lo preocupante.

Nada raro teniendo en cuenta que Dakota, y la cocina, no se llevaban bien.

Pero allá ella si quería intentarlo. Él tenía suficiente con intentar concentrarse en los informes, aunque fuera una batalla perdida.

Su visión periférica lo traicionaba constantemente, devolviéndole la imagen de Dakota moviéndose por la cocina, con sus piernas

desnudas bajo ese pijama que debería estar prohibido por la Convención de Ginebra.

Maldita la hora en la que decidió que la cocina fuera abierta. No había dónde esconderse de la realidad de su presencia.

Se frotó las sienes; aquello era insoportable.

Entonces llegó el olor a quemado.

No el olor tenue de algo que se ha pasado un poco. No. El olor inequívoco, agresivo y totalmente alarmante de algo que estaba carbonizándose.

—¡Dakota! —se levantó de un salto.

Llegó a la cocina en tres zancadas y lo que encontró allí habría hecho llorar a un chef profesional.

La puerta del horno estaba abierta, soltando humo negro.

En la encimera había un cuenco con salsa de tomate volcado que goteaba hacia el suelo. Había harina por todas partes.

En el fregadero. En el suelo.

En la cara de Dakota.

Y Dakota, en medio de todo aquello, esta vez con un pijama de ositos, el pelo recogido con un lápiz y una espátula en la mano, mirándolo con la expresión de alguien que ha perdido el control de la situación hace un buen rato pero se niega a admitirlo.

—Tengo la situación controlada —anunció.

Cole miró el horno. Miró la encimera. Miró el suelo.

La miró a ella.

—Controlada…

—Relativamente.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Pizza —respondió, como si fuera evidente.

—Eso no es una pizza. Eso es un crimen contra la gastronomía italiana.

—No seas dramático.

Cole se acercó al horno y lo apagó. El humo se disipó lo suficiente para confirmar que aquello no tenía ninguna posibilidad de resurrección.

—Creo que vamos a tener que pedir comida —dijo ella, cruzándose de brazos.

—¿Tú crees? —la ironía goteaba de cada sílaba.

—Solo quería hacer un almuerzo normal. Como hace la gente normal en sus casas normales un sábado.

—Tú lo has dicho, gente normal.

Dakota lo miró con ganas de asesinarlo.

Cole se arremangó. A la mierda el trabajo; tenía una cocina que limpiar. Abrió el grifo, cogió una bayeta y empezó a fregar la encimera sin decir una palabra.

—Estás enfadado —dijo ella un rato después.

—No estoy enfadado.

—Sí lo estás.

—Te he dicho que no.

—Estás refunfuñando. Lo haces cuando estás enfadado.

Cole la miró de reojo, pero siguió a lo suyo.

—Y estás tenso.

—¿Qué te hace pensar eso?

Dakota se acercó a él, dispuesta a ayudar con la limpieza, pero Cole pegó un salto hacia el otro lado de la cocina como si ella fuera una descarga eléctrica.

Los dos se quedaron mirándose. Cole con la bayeta en la mano y la espalda pegada a la nevera. Dakota a metro y medio, con los brazos cruzados y una ceja arqueada.

—Eso me pregunto yo, ¿qué me hace pensar eso? —rio ella con ironía.

Estaba tan indignada que, en un arrebato por intentar ayudar y recoger el desastre, cometió el error de agarrar la bandeja del horno todavía caliente.

—¡Joder! —gimió de dolor, soltándola al instante.

—Mierda, Dak.

Cole llegó hasta ella en una zancada, le apresó la muñeca y la arrastró hasta el fregadero para meterle la mano bajo el chorro de agua fría.

—¿No puedes estarte quieta? ¡Joder!

Ella gimoteó, apretando los dientes mientras el agua helada golpeaba su piel viva.

—Me duele.

—Si es que… —Cole cerró los ojos con fuerza un instante, tragándose una sarta de reproches fruto de la pura frustración.

Al escucharla llorisquear, los abrió de nuevo, suavizando la mirada a su pesar.

Examinó la rojez de la palma y maldijo entre dientes. Cerró el grifo, la guio con firmeza hasta el sofá y la obligó a sentarse.

—No te muevas —le advirtió señalándola con el índice.

No tardó en regresar con el botiquín de primeros auxilios. Se dejó caer en el suelo, de rodillas frente a ella, y le cogió la mano con delicadeza.

Volvió a maldecir al ver cómo empezaba a levantarse la piel.

—Tiene que doler —murmuró, casi para sí mismo.

—Mucho —se quejó ella, mirándolo desde arriba con los ojos empañados.

Cole aplicó una gasa empapada en suero y, acto seguido, extendió una pomada específica con una suavidad. Se inclinó un poco y sopló sobre la herida; Dakota soltó un suspiro de alivio inmediato al sentir el frescor del aire sobre el escozor de la crema.

—¿Mejor? —preguntó él, levantando la vista para encontrarse con la suya.

Ella asintió.

—Gracias.

Él no respondió. Se limitó a cerrar el bote de crema y a guardarlo en el botiquín.

—Ahora sí que estás enfadado —sentenció ella.

Cole le lanzó una mirada de advertencia.

—Un poco —admitió él finalmente.

—Últimamente me caes mal —soltó Dakota de pronto.

Cole cerró el botiquín con un clic seco y la observó en silencio.

—Pensé que era siempre —replicó, y sin poder evitarlo, alargó la mano para colocarle un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja.

A Dakota le recorrió un escalofrío violento por toda la columna.

—Pero últimamente más —insistió ella, aunque su voz sonaba ahora más enfurruñada que convencida.

—Vaya por Dios —Cole sonrió de medio lado, una sonrisa que no llegó a sus ojos, mientras su mano bajaba desde su rostro hasta apoyarse con naturalidad en la pierna desnuda de ella—. Para mi desgracia, tú no me caes mal.

—¿No? —el pulso de Dakota se aceleró.

—No.

—¿Nunca?

Cole fingió pensárselo un segundo, disfrutando de la expectación en su mirada.

—Bueno, quizás esa vez cuando…

Un grito de indignación salió de la garganta de ella, que le propinó un empujón en el hombro. No consiguió moverlo ni un milímetro, pero logró que Cole soltara una risa.

—¡Pero serás…!

—No —dijo él, todavía riendo, mientras le atrapaba la mano sana para detener el ataque.

Sintió, una vez más, cómo el cuerpo de ella reaccionaba a su contacto con un temblor imperceptible, y la risa se le borró de los labios de golpe.

—Nunca me has caído mal, Dak. Pero no te voy a negar que me gustaría que así fuera.

—¿Y eso por qué, si puede saberse?

—Porque así no… —Cole se calló, cerró los ojos con fuerza y, al abrirlos, se levantó de un salto.

—¿Así no…? —insistió ella, buscándole la mirada.

—Nada.

—Cole…

—Dakota, déjalo —le advirtió mientras volvía a la cocina para hacer lo que tenía que hacer. Limpiar ese estropicio.

Y no crear un estropicio más, uno de los que no se arreglan con una bayeta y jabón.

—Pero yo quiero saberlo —ella lo siguió, ignorando el dolor punzante de su mano.

—Te aseguro que no quieres —susurró él para sí mismo, dándole la espalda mientras se concentraba en la encimera llena de harina.

—Claro que quiero. Dime, ¿por qué te alegrarías si eso fuera así?

—Dakota…

Pero Dakota no estaba viendo el peligro. Se lo estaba tomando a broma, jugando con fuego en una cocina que ya olía a quemado, y no se daba cuenta de que, de verdad, lo estaba llevando al límite de su cordura.

—Yo no me alegraría si me cayeses mal. ¿Por qué demonios querrías tú que yo…? —lo agarró por el brazo, obligándolo a girarse para que la mirase a los ojos.

Cole no pudo más. El control se hizo añicos en un segundo.

Un momento después, Dakota estaba con la espalda pegada al frigorífico, con Cole aplastándola contra el metal frío. La bayeta había caído al suelo y las manos de él estaban a ambos lados de su cabeza, cercándola, mientras su cuerpo vibraba con tensión.

—Créeme, no quieres saberlo —dijo él con los dientes apretados.

Dakota pudo ver la lucha que mantenía consigo mismo. Lo vio cerrar los ojos, mortificado, y pegar su frente a la de ella, respirando el mismo aire agitado que ella exhalaba.

—Cole…

Ella levantó las manos y acunó la cara de él, separándola apenas unos milímetros, obligándolo a mirarla de frente.

Él lo hizo, y sus ojos grises eran ahora una tormenta oscura, cargada de una necesidad que la dejó sin aliento.

—Deberías estar asustada —dijo él, con la voz rota.

Dakota tardó un momento en comprenderlo.

La advertencia no era por la situación, ni por la farsa, ni por el contrato. Era por la intensidad de lo que él estaba conteniendo.

—¿De ti? —preguntó ella en un susurro.

Él asintió, su mandíbula tan tensa que parecía a punto de quebrarse.

Ella negó con la cabeza, sus dedos acariciando la piel de sus mejillas, borrando cualquier rastro de duda.

Ella no quería que se contuviera en nada.

—Jamás —dijo entonces.

Aquella sola palabra fue el detonante. Fue el permiso que Cole necesitaba para que su autocontrol volara definitivamente por los aires.

Sin mediar palabra, unió sus labios con los de ella con una fuerza que la hizo jadear. Fue un choque hambriento, desesperado, un reclamo de propiedad. Dakota respondió enredando sus dedos en el

pelo de él y arqueando el cuerpo hacia el suyo. Soltó un gemido contra su boca que lo volvió loco.

Él bajó las manos por su cuello, por sus hombros, hasta la curva de su cintura, y la pegó a él hasta que no quedó un centímetro de aire entre los dos, haciendo que ella sintiera contra su vientre la presión inequívoca y urgente de su deseo.

Ella le clavó los dedos en la nuca y tiró de él, y Cole supo, con la claridad brutal de quien lleva semanas mintiéndose a sí mismo, que no había vuelta atrás.

Se separó un milímetro. Lo justo para respirar. Lo justo para mirarla.

Dakota tenía los labios hinchados, los ojos brillantes y harina en la mejilla. Estaba despeinada y apoyada contra su nevera un sábado al mediodía.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida.

No tenía intención de decirlo, pero le salió del alma.

Dakota se quedó completamente en shock. Tenía los ojos empañados y la boca entreabierta y no le salían las palabras. Por eso, cuando por fin habló, lo que dijo fue lo último que debería haber dicho.

—Si esto es parte de la farsa…

Dakota se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca, y se odió al ver el dolor en los ojos de Cole.

—Yo no quise decir eso —alargó la mano para intentar atraparlo.

Pero él ya negaba con la cabeza mientras se separaba de ella, recuperando su control.

—Supongo que no soy el único que se ha metido demasiado en el papel. Es lo que tiene trabajar con la mejor.

El comentario, cargado de cinismo, dolió tanto a Dakota que, antes de que su cerebro pudiera procesarlo, su mano salió disparada y se estampó contra la mejilla de Cole.

Cole ni siquiera se tambaleó. Apretó los dientes, encajando el golpe, y aceptó el impacto porque, en el fondo, sabía que se lo merecía por haberla herido.

Dakota se tapó la boca, horrorizada, en el mismo momento en que lo abofeteó. El escozor de su palma era un recordatorio de lo que acababa de hacer.

—Cole, yo… —susurró con los ojos desorbitados, las lágrimas empezando a asomar.

Él levantó una mano con un gesto tajante, sin mirarla. No quería escuchar sus disculpas ni ver el arrepentimiento en su cara.

Solo necesitaba irse de allí antes de que alguno de los dos terminara de romperse del todo.

Sin decir una palabra, Cole se dirigió a la puerta.

El portazo que dio al salir fue la única respuesta que Dakota obtuvo, dejándola sola en una cocina que todavía olía a pizza quemada y a una verdad que podía haberlo destruido todo.



Capítulo 16

Zane se acomodó en el pequeño taburete de madera y, con un movimiento mecánico, abrió la pequeña trampilla deslizante.

A través de las rendijas de la rejilla, solo se distinguía una sombra tensa, una silueta que parecía ocupar todo el espacio del cubículo contiguo.

—Ave María Purísima —dijo con seriedad.

Al otro lado de la rejilla solo hubo silencio.

No era extraño que las personas que vinieran a confesarse necesitasen su tiempo para poner palabras a lo que les ocurría.

La señora Higgins no era una de ellas, aunque no le vendría mal pensar antes de hablar; aunque claro, a esas alturas de la vida, ¿por qué iba a ser cautelosa?

Zane, cuando fuera un cura viejo, no pensaba callarse una.

Como si se lo callase ahora.

Estaba a punto de soltar alguna de sus frases ingeniosas para romper el hielo cuando una voz lo sorprendió.

—Me ha dado una bofetada.

No era un feligrés cualquiera.

—Me ha dado una bofetada —repitió—. Y me la merecía, Zane. Joder si me la merecía.

—¿Qué has hecho para merecerlo, Rey Midas? —preguntó Zane, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo cómplice—. ¿Qué has roto que no puedas comprar con un cheque?

—Le he dicho que es lo más bonito que he visto en mi vida.

—Bueno, dudo mucho que te haya dado una bofetada por eso —replicó Zane, arqueando una ceja en la penumbra.

Cole bufó.

—¿Vienes a confesarte porque mentiste?

—Ella es lo más bonito que he visto en mi vida —sentenció Cole.

Zane no pudo más que sonreír tras la rejilla.

—Yo también lo he pensado siempre —lo decía desde la visión de hermano, con ese cariño protector que sentía por Dakota—. ¿Y qué ha dicho ella?

—«Si esto es parte de la farsa…»

Una mueca se dibujó en los labios de Zane.

—No ha estado muy acertada, no —concedió, imaginando el cortocircuito mental de Dakota—. ¿Y tú qué le has dicho?

Porque Zane ya se lo veía venir.

—Que en farsas, he aprendido de la mejor.

Zane cerró los ojos. Ahí estaba. Cuando alguien le golpeaba el corazón, Cole disparaba a la cabeza.

—¡Pero cómo se te ocurre decirle eso, por el amor de Dios! —estalló Zane, olvidándose por completo de dónde estaba.

El grito resonó en la iglesia, haciendo que un par de feligreses levantaran la cabeza.

—¿Y qué coño querías que hiciera? —su voz sonó más rota de lo que pretendía—. Era la primera vez que decía algo real, Zane. Completamente real. Y ella me pregunta si es parte de la farsa.

Zane se pasó la mano por la cara.

—Si el mercado de valores funcionara por impulsos suicidas, serías el hombre más rico del cementerio —soltó Zane con un suspiro dramático—. Ella te abre una puerta y tú decides quemar la casa.

—Bueno, técnicamente ya la estaba quemando ella con esa pizza.

—¿Qué?

—Intentó cocinar.

Zane gimió. Si es que cómo se le ocurría a Dakota… Él había vivido con ella muchos años y sabía perfectamente que dejarla sola en una cocina era deporte de riesgo.

—Y se ha hecho una quemadura y todo, imagina.

—Sí, me lo imagino perfectamente —respondió Zane—. Y a ti lo único que se te ocurre, después de todo eso, es llamarla mentirosa profesional. Te has comportado como un niño de cinco años al que le quitan el juguete. «¡Ah, sí! ¡Pues tú mientes más!». Solo te ha faltado sacarle la lengua y decirle que su pijama de fresas es infantil.

—No he dicho nada de su pijama —masculló Cole.

Porque, en el fondo, le gustaba el pijama. Le gustaba demasiado.

—Porque no te ha dado tiempo antes de que te girara la cara de un sopapo —replicó Zane con una sonrisa.

—¿Así son las confesiones?

—Contigo sí.

—Ya…

—¿Dónde está Dakota? —preguntó Zane, recuperando un tono algo más serio.

—En casa, supongo. Yo la dejé allí.

—¿Y crees que seguirá allí cuando llegues?

Cole se tensó rápidamente. La sola idea de llegar al ático y encontrarlo vacío, sin el rastro de harina o el tarareo constante, le revolvió el estómago.

—Claro que sí. Tenemos un trato.

—Ese es tu problema, Cole, que no eres capaz de quitarte ese trato de la cabeza.

—¿Y cómo esperas que lo haga? Me está jodiendo la vida.

—¿De verdad? —preguntó Zane con una calma hiriente—. Porque, desde aquí, cualquiera diría que ese trato te está haciendo más libre que nunca.



Capítulo 17

Era ya de noche cuando Cole regresó a casa. No sabía si encontraría a Dakota allí, quizás por eso había tardado tanto en volver. Así que fue un alivio ver que sus zapatos seguían en el recibidor.

Ella estaba acostada en la cama, dándole la espalda a la puerta, envuelta en las sábanas.

Dakota se había acostado hacía un par de horas. Se sentía mal. Tenía mucho frío y le dolía horrores la cabeza; una presión sorda tras las sienes que era el resultado directo del día de mierda que acababa de pasar.

Cuando Cole se marchó, ella había terminado llorando en la cocina, rodeada de harina y del olor a quemado que parecía haberse impregnado en las cortinas y en su propia piel.

Sabía que había metido la pata hasta el fondo. Sabía que había usado la palabra «farsa» para protegerse de una verdad que la estaba cegando.

Pero tenía miedo. Todo aquello daba mucho miedo.

Él tenía razón; ella era una experta en mentir. Llevaba años haciéndolo con una maestría que ahora se volvía en su contra. ¿Cómo, si no, él jamás se había dado cuenta de lo que ella sentía

por él? Se había pasado la vida ocultando cada suspiro, cada mirada de anhelo y cada pinchazo de celos bajo una capa de eficiencia y sarcasmo profesional.

Ella se engañaba hasta a sí misma, convenciéndose de que podía dormir a su lado sin quemarse, de que podía besarlo por contrato sin que el corazón se le escapara por la boca.

Pero no era así.

Un momento después, el colchón cedía bajo el peso de Cole. Él no dijo nada, simplemente se tumbó y se quedó mirando el techo en la oscuridad.

—No sabía si estarías aquí —susurró él.

Dakota no debería haber dicho nada. Debería haber mantenido su silencio, pero…

—No sabía si querías que estuviera aquí —susurró ella.

Cole giró la cabeza y terminó girando todo el cuerpo hacia ella.

—Claro que quiero que estés aquí, Dak. Pero solo si tú quieres estar aquí.

Ella dijo algo ininteligible, una amalgama de sonidos que se perdió entre las sábanas. Cole, extrañado por la falta de nitidez en su voz, se acercó más a ella.

—¿Qué has dicho?

—Tengo frío —susurró ella, encogiéndose más—. Mucho frío.

Cole frunció el ceño. ¿Le estaban castañeando los dientes? ¿Por qué hablaba así, con esa pesadez en la lengua, como si estuviera borracha o medio sedada por el sueño?

Puso una mano sobre el cuerpo de ella, y maldijo al sentir el calor abrasador que desprendía incluso con la sábana de por medio.

—Joder —encendió la luz de la mesilla de golpe—. Dak, ¿estás bien?

Le giró el rostro con delicadeza y se encontró con una piel hirviendo empapada de sudor y unas mejillas encendidas por un

carmín antinatural.

—Tengo frío —repitió ella, con los ojos vidriosos y la mirada perdida en algún punto de la almohada.

—Maldita sea.

El pánico le atenazó el pecho con una fuerza que nunca antes había sentido. Se levantó de un salto y no tardó más de diez segundos en regresar con el termómetro digital.

Se dejó caer en el suelo, justo al lado de ella, con el corazón martilleándole en los oídos.

—Dios, nena, pero ¿qué demonios…? —murmuró mientras esperaba a que el termómetro pitara.

—Tengo frío.

—Me imagino, cariño.

Sus manos temblaban mientras esperaba el pitido.

—Mucho frío —sollozó ella, encogiéndose en posición fetal.

El termómetro pitó. 40,5°C. Cómo no iba a tener frío, por dios.

—¡Joder!

Cole fue hasta el cuarto de baño y empezó a llenar la bañera con agua tibia; sabía que un cambio brusco a fría podría provocarle un shock, pero necesitaba bajarle la temperatura ya. Volvió a la cama y empezó a desnudarla.

—No… —ella intentaba evitarlo como podía, sus dedos torpes se aferraban a la tela del pijama porque su cerebro le gritaba que se tapara.

—Lo siento, cariño, pero sí —tuvo que forcejear con ella, ignorando el dolor que sentía al verla sufrir.

No fue fácil, pero terminó desnudándola, dejándola solo en ropa interior. Sin pensarlo dos veces, él se quitó también la ropa, quedándose solo con sus bóxers, y la cogió en brazos.

¡Dios, estaba hirviendo!

—Cole —gimió ella, abrazándose a su cuello con una desesperación febril, enterrando su rostro ardiente en el hueco entre su hombro y su cuello.

—Estoy aquí, nena —susurró él mientras caminaba hacia el baño.

—Sí… —le castañearon los dientes de nuevo y un escalofrío violento le recorrió el cuerpo—. Me alegra que estés aquí.

Cole sintió que le estrujaban el corazón.

—¿Dónde iba a estar si no?

Se sentía el ser más despreciable del planeta por haberse ido.

¿Desde cuándo estaría así?

¿Cuánto tiempo llevaría enferma y sola?

No se lo perdonaría nunca.

Llegó hasta la bañera, se metió en el agua con ella todavía en brazos y se sentó, sintiendo el contraste del agua tibia contra su propia piel. El cuerpo de ella tiritaba como nunca, buscándolo, abrazándolo con una fuerza que nacía del puro instinto de supervivencia.

Tardó un buen rato en relajarse, en que los temblores fueran menos espasmódicos. Cole pudo finalmente acomodarla mejor entre sus piernas, con la espalda de ella apoyada sobre su pecho y la cabeza dejada caer en su hombro. Con una mano le iba echando agua por los brazos y los hombros, mientras con la otra la sujetaba con fuerza, como si tuviera miedo de que se desvaneciera en el agua.

—Vas a estar bien, Dak —le prometió al oído, aunque no sabía si ella podía oírlo—. Te juro que vas a estar bien.

Ella soltó un suspiro largo, su respiración empezando a acompasarse con la de él. En la neblina de la fiebre, Dakota apoyó la mejilla contra su pecho, buscando el latido de su corazón.

—No sabía si quedarme. No sabía si… —se calló, agotada, para hablar un momento después—. No sabía si querías verme.

—Claro que quería verte —respondió él, estrechándola más, sintiendo cómo el agua tibia empezaba a obrar el milagro de estabilizarla.

Ella sonrió. O lo intentó, porque todavía no se encontraba bien.

Todo era confuso, como una neblina espesa que lo envolvía todo, pero sabía que él estaba allí. O tal vez era su subconsciente.

Fuera lo que fuera, no quería despertar.

—No sabía si me querías aquí.

—Te quiero aquí, Dak.

A ella se le escapó una lágrima que se mezcló con el agua de la bañera.

—Yo quiero estar aquí. Contigo.

Cole tragó saliva, sintiendo un nudo en la garganta que le impedía respirar con normalidad.

—¿Dónde vas a estar si no?

Dakota volvió a quedarse medio dormida mientras Cole seguía mojando su cuerpo. Poco a poco, la piel de ella empezaba a perder ese tono escarlata y la temperatura cedía terreno.

—Lo siento —susurró ella entonces, con los ojos cerrados.

—¿Qué sientes?

—La bofetada. Lo siento.

—Me la merecía —dijo él, apoyando su barbilla sobre la coronilla de ella—. Aquí el único que se tiene que disculpar soy yo. Pero lo haré cuando estés bien. Así que haz el maldito favor de ponerte bien ya.

Ella se rio, o lo intentó, con un sonido débil que le devolvió la vida a Cole.

—Solo si me das un beso —susurró, girando un poco la cara hacia él.

Cole la cogió por la barbilla, levantó su rostro y le dio un beso lento en los labios. Fue un beso con sabor a humedad y a miedo, pero lleno de una ternura que nunca se habían permitido.

—Te daré todos los besos que quieras cuando mejores.

—Mmmm… —Dakota se acurrucó en su pecho—. ¿En la frente?

—No —sentenció Cole, besándole la sien mientras cerraba los ojos —. De los de verdad.

Y era una promesa que pensaba cumplir.



Capítulo 18

Cuando Dakota abrió los ojos, la luz que se filtraba por las cortinas del dormitorio le pareció una agresión personal. Le dolía hasta el pelo. Tenía esa sensación pastosa en la boca y una pesadez en los párpados que delataba que su cuerpo acababa de librar una batalla campal contra la fiebre.

Se había levantado bien el día anterior; un poco cansada, quizá, pero nada fuera de lo normal.

Cuando Cole se marchó, sintió algunos escalofríos, pero pensó que eran por los nervios. Pero no. A media tarde le empezó a doler el cuerpo y, cuando cayó la noche, la fiebre ya había ganado.

Se sentía horrible, como si un camión le hubiera pasado por encima. Pero entre la bruma del malestar, empezaron a emerger fragmentos de la noche anterior. Imágenes inconexas, más parecidas a un sueño que a algo que hubiera pasado de verdad.

Recordaba el frío. Un frío que le calaba los huesos y la hacía tiritar.

Y luego… recordaba unos brazos. Unos brazos fuertes que la sacaban de las sábanas.

Cerró los ojos. El agua tibia rodeándola. Los latidos de un corazón contra su oreja. La voz de Cole, más suave de lo que nunca la había escuchado, susurrándole algo al oído.

No podía ser real. ¿Se había metido él en la bañera con ella?

Recordaba haber dicho cosas. Confesiones que ahora, con la mente más clara, la hacían querer hundirse bajo el edredón y no salir nunca.

—¿En la frente? —se escuchó a sí misma susurrar en su memoria.

—No. De los de verdad —le había respondido él.

Dakota tragó saliva, sintiendo que el corazón se le aceleraba a pesar de la debilidad.

¿Lo había soñado? ¿Había sido el delirio de los cuarenta grados o aquello había pasado de verdad?

El recuerdo de sus labios sobre los suyos, húmedos y cálidos en medio de aquel frío glacial que sentía en los huesos, era demasiado nítido para ser solo una alucinación.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, sacó los pies de la cama y se sentó en el borde, tratando de ignorar el mareo que la golpeó de inmediato. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no llevaba su pijama; solo llevaba una camiseta de algodón gris de Cole que le quedaba enorme.

Abrió las piernas y agachó la cabeza para mirar ahí abajo.

—Claro que te puse bragas.

Dakota giró la cabeza tan rápido que casi se disloca el cuello. Cole estaba apoyado en el marco de la puerta, observándola. Vestía un pantalón de chándal y una camiseta básica que le marcaba los hombros de una forma que debería ser ilegal.

Estaba guapísimo. Incluso con las ojeras y el pelo revuelto.

Y la miraba divertido, con un brillo de burla en los ojos que ella no veía desde hacía días.

—No soy tan pervertido —añadió él, arqueando una ceja.

Ella enarcó las suyas, tratando de recuperar algo de su habitual dignidad a pesar de estar despeinada y medio convaleciente.

—¿Seguro que no? —replicó ella.

Al fin y al cabo, la había desnudado.

Una sonrisa enorme y genuina se dibujó en los labios de él.

—No quieres saberlo —soltó él.

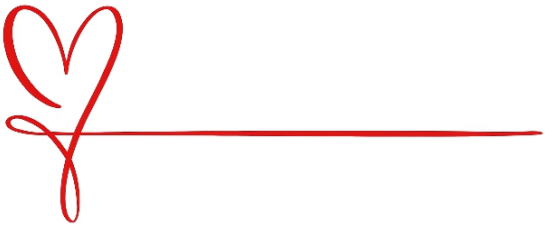
Ella soltó un gemido de puro bochorno y hundió los hombros, deseando que la tierra la tragara.

Cole soltó una carcajada.

—El café te espera —dijo entonces, haciendo un gesto con la cabeza hacia el salón antes de alejarse de allí.

Dakota dejó caer la cara en sus manos. Ella no se avergonzaba. Jamás. Era una de sus normas inquebrantables.

Cole Vane estaba destrozándole cada norma que tenía.



—¿Esperamos visita? —preguntó ella al ver la cantidad de cosas que Cole había desplegado sobre la mesa pequeña del comedor.

Parecía un banquete de hotel.

—Tienes que coger fuerzas. Y tómate la pastilla —señaló la medicación—. Anoche me costó la vida hacértela tragar.

—Estoy bien.

—Tan bien estás que tuviste fiebre.

—No sé qué pasó. Estaba cansada, pero poco más… Ha sido algo puntual. Y podemos comer bien en la cocina…

—Siéntate, Dakota —ordenó él.

Ella obedeció, dejándose caer en el sofá. Cole se sentó a su lado y comenzó un ritual de cuidados que la dejó muda. Le llenó la taza de

café, el vaso de zumo y le untó una tostada con mantequilla y mermelada de fresa, exactamente como a ella le gustaba, antes de tendérsela.

—Gracias.

Él no dijo nada, pero añadió un croissant al plato que tenía delante.

Dakota resopló, lo cogió y lo puso frente a él con determinación.

—Tú también tienes que comer —lo miró fijamente, analizando el rastro de cansancio en su rostro—. ¿Has dormido algo?

—Algo —mintió él.

—No sabes mentir.

—Pensé que sí sabía —soltó Cole sin pensar.

Maldijo en el mismo momento en que las palabras salieron de su boca, dándose cuenta de hacia dónde giraba la conversación.

—Dak, yo…

—Pensé que la experta era yo —dijo ella, pero una sonrisa suave y algo triste se formó en sus labios.

—Dakota…

—Lo siento —dijo ella de repente, bajando la vista a su café—. Me pasé. No tenía que haberte pegado.

—Me lo merecía —sentenció él sin dudarlo.

Ella negó con la cabeza, encontrando sus ojos grises.

—Ambos sabemos que no.

Se hizo un momento de silencio, solo roto por el sonido de la vajilla mientras ella comía un poco y bebía de su taza.

Dakota dejó el café sobre la mesa y lo miró de reojo, recuperando su chispa habitual.

—¿Y tú no vas a disculparte? —preguntó con una ceja arqueada.

Cole no pudo más que sonreír de medio lado.

—¿Pero debería hacerlo?

Ella puso los ojos en blanco, ofendida de broma, y estuvo a punto de levantarse del sofá para dejarlo allí plantado, pero él, riendo, se lo impidió.

—Ey.

—Déjame —protestó ella, aunque no puso mucha resistencia.

Él no tenía ninguna intención de soltarla. La tenía agarrada por las manos, inmovilizándola contra el respaldo del sofá.

—Solo estaba bromeando —murmuró él, con la risa todavía vibrando en su voz.

—Me caes mal —resopló ella, aunque su respiración empezaba a agitarse.

—Sabes que eso es mentira.

—¿Pero yo a ti sí?

La pregunta quedó flotando en el aire. Parecía que el resquemor y la duda de lo ocurrido antes de la fiebre no habían pasado del todo.

Cole suspiró y, en un gesto cargado de una intimidad que le detuvo el pulso, apoyó su frente contra la de ella un instante antes de volver a mirarla a los ojos.

Su voz bajó una octava, volviéndose profunda y peligrosa.

—Me provocas muchas cosas, Dakota. Pero créeme, ninguna es negativa.

Dakota tragó saliva, sintiendo que el aire volvía a circular por sus pulmones cuando Cole la soltó.

—Oh —fue lo único que acertó a decir.

—Y come, lo necesitas. Anoche me diste un buen susto.

—No recuerdo mucho —admitió ella, volviendo a centrarse en la tostada para evitar que él viera cuánto le temblaban las manos.

—Mejor.

La respuesta de él la hizo reír.

—No me caes tan mal —murmuró ella con una sonrisa ladeada.

—Lo sé, nena —Cole le guiñó un ojo, desarmándola por completo, y la hizo reír otra vez.

Siguieron desayunando, recuperando esa dinámica que siempre habían tenido, una mezcla de confianza y réplicas rápidas que los hacía encajar.

—¿Dónde estuviste ayer? —preguntó Dakota mientras empezaban a recoger la mesa.

Cole le había dicho que se quedara quieta, pero eso era mucho para ella.

—Confesándome.

—Me lo imaginaba. ¿Qué te dijo el cura?

—Que era un gilipollas —respondió él con una honestidad brutal —. Por cierto, dejaste la cocina impoluta.

—Me imagino que me dio fiebre por el esfuerzo de limpiar —bromeó ella.

Cole rio.

—Seguramente fuera por eso, sí.

Terminaron de recoger la cocina en un silencio cómodo, pero Dakota sentía que todavía había hilos sueltos. Lo siguió hasta el comedor, observando cada uno de sus movimientos.

—¿Y qué más hiciste aparte de estar con mi hermano?

—Nada más —se dejó caer en el sofá.

—Oh…

Ella también se sentó, colocándose de lado, sobre una pierna, para poder mirarlo de frente. Cole giró un poco la cabeza hacia ella.

—¿Y qué vas a hacer hoy?

—¿Qué quieres que hagamos?

—¿Juntos? —Dakota parpadeó, sorprendida.

—¿No?

—Sí, claro, sí. De eso se trata, ¿no? —respondió ella, refiriéndose al maldito contrato, pero Cole no iba a dejar que la conversación volviera a ese terreno árido.

Sin previo aviso, Cole alargó la mano, la agarró por la muñeca y tiró de ella con firmeza. Antes de que pudiera protestar, Dakota terminó sobre él; él tumbado cuan largo era en el sofá y ella encima.

—¿Pero qué haces? —jadeó ella.

—Evitar que digas una tontería.

Ella hizo un amago de querer levantarse, pero Cole no solo no se lo permitió, sino que la rodeó con sus brazos y la hizo tumbarse mejor. Terminaron los dos de lado, encajados en el sofá, mirándose a la cara a escasos centímetros.

—¿Eso no es lo que estás haciendo ahora mismo tú? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Puede que sí… —Cole pasó su pierna por encima de las de ella, anclándola a su cuerpo—. ¿Quieres que me quite?

—No —respondió ella más que rápidamente.

Se mordió el labio, pero Cole rio.

—Me alegro, porque yo no quiero quitarme —dijo él, apoyando la cabeza sobre una mano mientras la observaba.

—¿No?

—No —ahora estaba serio, muy serio.

Le colocó el pelo por detrás de la oreja con una delicadeza que la hizo estremecerse.

—Gracias por no marcharte ayer —le acarició la mejilla con el pulgar—. Tenía miedo de volver por si no estabas aquí. No sabes el alivio que fue encontrarte. Y perdóname por lo que te dije —le limpió una lágrima traicionera que se le escapó por la mejilla.

—Es la fiebre, que me ha dejado mal —se excusó ella, avergonzada por llorar delante de él.

Estaba demasiado sensible, demasiado expuesta.

—Pero es cierto, Dakota. A veces me gustaría no sentir lo que siento por ti —le acarició el labio inferior, observando cómo temblaba —. Pero te deseo. Y esto no tiene nada que ver con el maldito contrato.

—Cole… —Dakota sintió que se quedaba sin aire.

—Pero no volveré a besarte si no tienes claro eso.

Dakota lo miró. Tenía los ojos empañados y el corazón latiéndole en la garganta y las manos de él en su cara y todo lo que había intentado ocultar durante años expuesto bajo la luz cruda de un domingo por la mañana.

Podía decir muchas cosas. Podía decirle que ella también lo deseaba. Que llevaba años deseándolo. Que cada vez que le colocaba la corbata en la oficina tenía que contenerse para no tirar de ella hacia sus labios. Que la noche en la cabaña no se movía dormida, sino despierta, buscándolo.

Podía decir todo eso.

Pero lo que dijo fue:

—Quiero besarte —admitió con voz ronca—, pero no quiero contagiarte.

—¿No crees que ya es tarde para eso? ¿No crees que ya me has contagiado?

Ella exhaló un suspiro pesado, rindiéndose a la evidencia.

—Supongo.

—Bésame, Dak —rogó él, y por primera vez en su vida, el poderoso Cole Vane no parecía estar dando una orden, sino pidiendo un milagro.

Dakota le agarró la cara con las dos manos y lo besó.

Fue un beso lento, deliberado, con los ojos abiertos hasta el último segundo para que él viera exactamente lo que significaba.

Cole hizo un sonido contra su boca, algo entre un gruñido y un suspiro de alivio, como si llevara años conteniendo la respiración y por fin alguien le hubiera dado permiso para soltar el aire.

La pegó a su cuerpo, deseoso de más.

De sentirla más cerca. De tener más de ella. Porque no era suficiente.

Cuando se separaron, Cole le pasó el pulgar por el labio inferior.

—¿Crees que lo tengo claro? —dijo ella.

—No.

Esta vez, quien la besó, fue él.

Y pensaba dejárselo todo muy claro.



Capítulo 19

Cole la besó con la boca abierta, sin delicadeza, tirando de su labio inferior con los dientes. Dakota gimió contra su boca y ese sonido fue el detonante de todo lo que vino después.

Las manos de Cole bajaron por su espalda, acariciando su trasero hasta sus piernas, cogió el borde de la camiseta (su camiseta) y se la levantó. Metió la mano por debajo de las bragas y acarició su trasero desnudo.

El contacto de sus dedos en la piel desnuda la hizo arquearse contra él con un espasmo que no pudo controlar.

—Joder, Dak —gruñó él contra sus labios.

Ella le metió las manos por debajo de la camiseta y le clavó las uñas en el abdomen, sintiendo cómo los músculos se contraían bajo sus dedos. Subió las manos, acariciando su pecho mientras se comían la boca.

Él la agarró por las caderas y tiró de ella hasta colocarla encima, a horcajadas. Dakota sintió la dureza de su erección directamente contra su centro y soltó un gemido.

Cole se incorporó de golpe, sentándose con ella todavía encima, y le sacó la camiseta por la cabeza de un tirón. No llevaba sujetador.

Y él lo sabía.

Él se quedó mirándola un segundo, solo un segundo, con una expresión que no era ternura ni era hambre sino algo brutal entre las dos cosas.

—Joder, por fin voy a darme el festín con el que llevo horas soñando.

Le cogió un pecho con la mano, lo apretó, pasó el pulgar por el pezón y Dakota se le deshizo encima. Ella le arrancó la camiseta con menos gracia de la que le hubiera gustado, tirándosela por la cabeza, y le recorrió el pecho con las manos abiertas, clavándole las uñas en los hombros cuando él bajó la boca a su pecho y lo chupó con una presión que la hizo gritar.

—Cole… dios…

Él sonrió contra su piel. El muy cabrón sonrió.

Dakota bajó la mano entre los dos, directa, sin rodeos, y lo agarró por encima del pantalón. Cole cerró los ojos y soltó el aire entre los dientes con un siseo.

—¿Esto es lo que llevas días escondiendo? —apretó un poco.

—Dak, nena… Si sigues haciendo eso no voy a durar ni dos minutos.

—¿Y quién te ha dicho que con dos minutos no me basta?

Cole abrió los ojos. La miró. Y algo cambió.

La tumbó de espaldas de un solo movimiento, cubriéndola con su cuerpo. Le bajó las bragas con una mano, sin ceremonias, y ella levantó las caderas para ayudarlo. Él se quitó el pantalón y los bóxers a la vez, de un tirón, y cuando sus cuerpos se encontraron sin nada de por medio, los dos se quedaron inmóviles un instante.

Piel contra piel. Sin ropa.

Sin contrato.

Sin excusas.

—Mírame —dijo él.

Dakota lo miró. Tenía los ojos grises clavados en ella con una intensidad que le cortó la respiración.

Cole deslizó una mano entre sus muslos y la tocó. Ella estaba empapada y él maldijo por lo bajo al sentirlo, hundiendo dos dedos en ella con una lentitud que la hizo retorcerse.

—Estás chorreando —la voz de Cole era irreconocible; ronca, sucia, rota de deseo.

—Es culpa tuya —jadeó ella, moviéndose contra su mano—. Llevo días así.

—¿Días?

—Semanas.

Él enarcó las cejas y dejó de mover los dedos, dejándola suspendida en un vacío insoportable.

—No seas capullo —masculló ella, tratando de empujar su mano de nuevo hacia abajo.

—¿Desde cuándo, Dak?

Ella no pensaba responder a eso. El orgullo le escocía casi tanto como el deseo, pero la necesidad era más fuerte.

—Por favor —le rogó, moviéndose sobre él para recibir el placer, buscando desesperadamente el contacto que él le estaba negando.

—¿Desde cuándo?

—No quieres saberlo.

—Oh, créeme, sí que quiero —sacó los dedos de dentro de ella de golpe, haciéndola soltar un quejido de pura frustración.

Sin darle tiempo a reaccionar, Cole se puso de rodillas en el suelo, entre sus piernas, y la arrastró hacia el borde del sofá para que quedara abierta y expuesta ante él.

—Dime, ¿desde cuándo?

La agarró por el culo con fuerza, hundiendo los dedos en su carne y levantándola un poco a la vez que él bajaba la cabeza. La lamió de arriba abajo, con una lentitud cruel que la hacía retorcerse.

—¡Cole!

Dakota se estremeció, con la espalda arqueada y los dedos clavados en el tapizado del sofá.

—¿Me quieres aquí, nena? —preguntó él contra su piel húmeda, dejando que su aliento caliente le diera de lleno en el clítoris.

—Sabes que sí.

Él se agachó otra vez, enterrando la cara entre sus muslos. Dakota, fuera de sí, le puso las manos en la cabeza, apretándolo contra ella. Se movía rítmicamente contra su lengua, buscándolo, restregándose contra su boca mientras soltaba gemidos cortos y rotos.

Cole no se detuvo; la saboreaba con voracidad, usando la lengua y los labios para sacarle hasta el último rastro de cordura.

—Entonces dime desde cuándo —paró justo cuando sintió que el orgasmo estaba a punto de llegar, dejándola en el borde de un abismo insoportable.

Dakota sollozó, frustrada, con el cuerpo temblando por la interrupción.

—Que te den, Vane.

—Sí, espero que lo hagas —sonrió él, con esa confianza arrogante que ahora resultaba excitante.

Ella lo miró de mala manera e intentó moverse para marcharse y terminar con aquello, pero él no se lo permitió. Le sujetó las caderas.

—Si eres capaz de dejar esto a medias, es que la respuesta me va a impresionar.

—¿Por qué necesitas saberlo?

—De ti siempre necesito saberlo todo, Dak.

Dakota tragó saliva al ver la seriedad en su mirada.

Sabía que si se lo decía, si se exponía así, podía salir muy herida. ¿Pero es que no iba a salir herida ya?

Estaba desnuda, abierta y entregada al hombre que manejaba su vida.

—No sé, pero hace mucho.

—¿Mucho?

No era suficiente con eso.

Besó su pubis, un roce húmedo y lento que la hizo jadear.

—Siempre.

Un gruñido se escapó de la garganta de Cole. El impacto de saber que ella siempre había estado ahí, esperándolo, lo volvió loco.

—Joder, Dak. ¿Me estás diciendo que te he tenido delante todo este tiempo y no me he dado cuenta? —le clavó una mirada cargada de una rabia hambrienta—. Voy a hacer que te olvides de cada maldito segundo que perdimos.

Y volvió a devorarla hasta que ella, retorciéndose de placer, se corrió en su boca.

Le dio un último beso entre los muslos y se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, viéndolo marchar hacia el dormitorio. No tardó en regresar, poniéndose un preservativo.

—Espero que te guste lo que ves —bromeó al notar cómo ella lo devoraba con la mirada.

—Me gustaría verlo más de cerca —alargó una mano, invitándolo a volver—. Y sin ese plástico.

—Y lo del plástico lo arreglaremos pronto —la hizo tumbarse de nuevo—. Pero ahora te necesito así.

—Ah, ¿pero vamos a repetir?

Él sabía perfectamente a lo que ella se refería. Cole se había pasado la vida dejando claro que no repetía con nadie; una noche, un trato cerrado y cada uno por su lado.

Pero ella no era nadie para él. No era una más, ni un nombre en una agenda, ni un cuerpo intercambiable.

Era Dakota.

Y, con ella, una vez no sería suficiente.

—Una —se colocó entre sus muslos—, y otra —apoyó la punta en su entrada— y otra… —entró en ella con un fuerte empujón— vez —sentenció con la voz estrangulada.

Cole necesitó un momento para no cumplir su propia amenaza y durar menos de dos minutos.

Estaba demasiado apretada, demasiado caliente.

—Me parece bien —gimió ella cuando él comenzó a moverse.

Lento. Tan lento que era una tortura para los dos.

—No tienes ni idea del error que has cometido contándome tu secreto, Dak —la penetró con fuerza, hasta el fondo—. Porque estoy decidido a cobrarme cada uno de esos años.

—No seré yo quien me queje.

Cole rio, pero la risa fue reemplazada de inmediato por un gemido de placer.

Aquello era la puta hostia.

Le duró poco el control; en cuanto Dakota levantó el rostro para besarlo y le pidió, con ese gemido necesitado, que le diera más, se fueron a la mierda sus ganas de demorar el final.

Lo haría después.

Ahora solo necesitaba, con una urgencia que le quemaba las entrañas, sentir cómo ella se corría con su polla dentro.

—Cole, sí, más. ¡Dios!

Él comenzó a moverse frenéticamente, con embestidas crudas y ruidosas. El orgasmo de Dakota llegó como una explosión, apretándolo con una fuerza salvaje mientras las convulsiones de su vagina hacían que él se corriera con ella, vaciándose por completo.

Cayó sobre el cuerpo de ella, completamente agotado. Ella, en vez de quejarse por su peso, le rodeó la espalda con los brazos y lo abrazó con fuerza.

Cole hundió la cara en su cuello, le dio un beso y se tumbó a su lado, moviéndola para que quedaran frente a frente.

Dakota tenía los ojos cerrados, la piel rosada por el orgasmo y brillante por el sudor.

Se había equivocado antes. Esto era lo más precioso que había visto en su vida.

—Deberías haberme dicho que eras mía hace años —Dakota abrió los ojos, todavía ida—. Ahora no pienso dejarte ir en la puta vida.

Dakota tampoco dijo nada sobre eso, ni se permitió creerlo del todo. En momentos de pasión se decían muchas cosas, ¿verdad?

Para ella, eran cosas del calentón.

Sin embargo, no eran cosas del calentón para Cole. Para él, aquello era otra promesa que pensaba cumplir. Si ella se lo permitía, claro.

Porque una cosa le había quedado muy clara esa noche. Tenía razón. Una vez, con ella, no sería suficiente. Ni dos, ni mil.

Necesitaba más. Mucho más.

Lo necesitaba todo de esa mujer.



Capítulo 20

No, parecía que no mentía con aquello que había dicho, porque no se había separado de ella en todo el día. Ni había dejado de tocarla. Ni de besarla. Ni de darle orgasmo tras orgasmo. Mientras comían, mientras dormían la siesta, o mientras tomaban un baño juntos como en aquel momento.

Estaban encajados en la bañera, con el agua caliente rodeándolos y el vapor empañando los cristales del baño. Dakota descansaba entre sus piernas, con la espalda pegada a su pecho y la cabeza echada hacia atrás sobre su hombro.

Con una mano, Cole le apretaba una teta con fuerza, hundiendo los dedos en la carne suave mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Otra vez, nena —le susurró con la voz ronca; una orden que era puro deseo.

Con la otra mano, bajo el agua, le buscó el sexo. Dakota soltó un jadeo cuando sintió sus dedos entrar en ella, moviéndose con una cadencia experta que la hizo arquearse.

Cole no tenía prisa. Saboreaba cada uno de sus espasmos, apretando su pecho con más fuerza mientras el roce rítmico de sus dedos la llevaba de nuevo al borde del abismo.

Ella se aferró a los brazos de él, sintiendo cómo la tensión le recorría las piernas.

—Cole… por favor…

—Córrete —gruñó él—. Dámelo.

Aumentó la velocidad de sus dedos, frotando su clítoris con una presión que la hizo soltar un grito ahogado. Dakota se tensó entera, con los dedos de los pies encogidos, mientras el orgasmo la golpeaba con una violencia que la dejó sin aliento. Se corrió con fuerza contra su mano, apretándole los dedos con cada espasmo.

Cole no la soltó. La mantuvo apretada contra él, disfrutando de cada sacudida de su cuerpo mientras el agua de la bañera se calmaba poco a poco.

—Dios… —Dakota casi no podía respirar, con el pecho subiendo y bajando mientras trataba de recuperar el aire.

Cole sacó los dedos de ella y le dio un beso en la cabeza.

Sin decirle nada, comenzó a mojarle el pelo con el agua tibia. Dakota lo dejó hacer.

—¿Has hecho mucho esto? —preguntó ella de repente.

—¿El qué?

—Lavarle el pelo a una chica.

—Es la primera vez —respondió él sin dudarlo.

—¿En serio?

Ella giró la cabeza para mirarlo, sorprendida.

—¿Te han lavado el pelo muchos chicos a ti? —preguntó él, arqueando una ceja.

—También es mi primera vez.

Dakota rio al ver la sonrisa de satisfacción que se formó en la cara de Cole.

—Me alegro —dijo este.

Dakota volvió a mirar al frente, pero el silencio que siguió ya no era tan ligero. Se puso repentinamente tensa, y sus hombros se elevaron apenas unos milímetros.

—Suéltalo —le pidió Cole.

—¿El qué?

—Lo que te ha puesto así. ¿Cuál es la tontería que se te ha pasado por la cabeza?

Él seguía lavándole el pelo, masajeándole el cuero cabelludo con el champú, pero su tono se había vuelto más perspicaz.

—Tonterías.

—Dak…

—Solo me he asustado un momento.

—¿Asustado? ¿Por qué?

—Bueno, a ver… —ella se movió un poco para poder mirarlo mejor a la cara—. No quiero decir que esto sea una farsa, pero sí es una mentira lo que nos ha llevado a esto.

Cole asintió, serio.

—Sí.

—Y tú… no has estado más de una vez con alguien, Cole. ¿Crees que vas a aguantar tantos días conmigo? Y no me refiero solo al sexo, que no tiene por qué haberlo.

Pues claro que lo habría. Ya se encargaría él de demostrarle que una vez con ella no era suficiente.

Ni dos.

Ni tres.

Cole hizo que se girase otra vez, dándole la espalda, y comenzó a aclararle el pelo con el mando de la ducha.

—No puedes perder la sucesión, Cole. No me lo perdonaría.

—No voy a perder nada, Dakota —la interrumpió él con seguridad.

Ni a ti tampoco, pensó, pero no lo dijo.

Cole terminó de aclararle el pelo en silencio, dejando que el agua caliente resbalara por la piel de ella. No era el momento de promesas, ni de intentar convencerla de que el hombre que no repetía con nadie acababa de encontrar la única excepción de su vida.

Esas cosas se demostraban.

Salió de la bañera y, con delicadeza, la ayudó a levantarse para envolverla en una toalla. La sostuvo un instante contra su pecho, sintiendo su humedad y su calor, antes de guiarla fuera del baño.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Cole.

—Todavía japonés no.



—¿Por qué decidiste trabajar conmigo?

La pregunta pilló a Dakota por sorpresa. Ladeó la cabeza, observando el perfil de Cole bajo la luz parpadeante del televisor.

—¿Me preguntas eso más de una década después?

—Siempre tuve ganas de preguntártelo —admitió él, mirándola—. Supongo que nunca encontré el momento.

—¿Y el momento es ahora, mientras estamos viendo una película y comiendo helado?

—El helado te lo estás comiendo tú —se quejó él, soltando una risa frustrada—. Yo ni siquiera lo he probado.

Dakota hundió la cuchara en la tarrina con una lentitud deliberada, cargándola de más helado antes de llevársela a la boca. Saboreó el

frío dulce mientras le sostenía la mirada, disfrutando de la chispa de impaciencia en sus ojos.

—¿Quieres? —preguntó tras lamerse los labios.

Cole sonrió. Esa sonrisa lobuna y peligrosa que Dakota conocía demasiado bien. No esperó a la cuchara. Se abalanzó sobre ella y la besó con una intensidad que sabía a vainilla y a paciencia agotada.

—Quiero más —dijo al separar sus labios apenas unos milímetros.

Dakota soltó una risita, llenó otra cuchara y se la metió en la boca a él, haciéndolo reír.

—Déjame ver la peli —pidió ella, aunque no hizo amago de moverse.

Estaba recostada de lado en el sofá, con las piernas estiradas y descansando sobre el regazo de Cole con total naturalidad.

—Está bien —suspiró él, rindiéndose a medias mientras apoyaba una mano sobre sus tobillos.

Miraron la película exactamente treinta y dos segundos.

—¿Por qué no iba a elegir trabajar contigo? —preguntó Dakota, girándose para buscar sus ojos.

—La otra oferta era mucho mejor —recordó él—. Tenías opciones más seguras, más brillantes.

—Vas a suceder a Alexander Vane, Cole. Creo que elegí bastante bien.

—En esa época yo era un don nadie.

Dakota se encogió de hombros, restándole importancia a los años de lucha que ahora daban sus frutos.

—Supongo que creí más en ti de lo que tú mismo creías.

Supongo que sí, pensó Cole.

—¿Qué es lo que te preocupa? —soltó ella, dejando la cuchara para prestarle toda su atención.

—No me preocupa nada —mintió él, aunque su mandíbula se tensó lo suficiente como para delatarlo.

—Como si no te conociera —resopló ella—. La empresa será tuya, Cole. Por algo estamos haciendo esto.

¿Y tú, Dak? ¿Serás mía?, se preguntó en el rincón más oscuro de su mente.

Por fortuna, no lo dijo.



Capítulo 21

Dakota llevaba cuarenta minutos peleándose con un comunicado de prensa que se empeñaba en sonar a manual de instrucciones. Borró la última frase por tercera vez, sintiendo cómo la frustración le subía por la nuca, y se desplomó contra el respaldo de su silla mientras soltaba un resoplido cargado de derrota.

Cuando por fin empezó a ver la luz al final del túnel, el ordenador decidió que ese era el momento perfecto para unirse al boicot. El cursor se quedó congelado en mitad de una palabra y la pantalla empezó a parpadear con una insistencia nerviosa, justo antes de mostrar ese círculo de carga infinito que parecía burlarse de ella.

—¡No me jodas ahora! —masculló, aporreando la tecla de escape con una rabia que no solucionó absolutamente nada.

El ventilador de la torre empezó a rugir como si fuera a despegar y, de repente, la pantalla se quedó en negro. Dakota se quedó mirando su propio reflejo frustrado en el monitor apagado durante un segundo que pareció eterno.

—¡¡AHHHHH!! —bramó de repente, hundiendo la cara en las palmas de sus manos para amortiguar el grito.

No amortiguó absolutamente nada.

En la recepción, Cole intercambió una mirada con Helen, que permanecía imperturbable tras su escritorio. Él acababa de cruzar la entrada, saludando con un gesto casual a la secretaria, cuando el alarido de Dakota y el posterior golpe de su teclado contra la mesa rasgaron el aire.

—Creo que está un poco estresada —comentó la secretaria sin levantar la vista.

Cole percibió un matiz de reproche en su tono y arqueó una ceja. ¿Acaso Helen creía que él era la causa de ese estado?

Si supiera la verdad…

Una sonrisa arrogante y cómplice se instaló en sus labios al recordar la noche anterior. Al volver a mirar a Helen, borró el rastro de diversión de su rostro.

—No hace falta que me anuncie.

La mujer, que no tenía la más mínima intención de levantarse, se limitó a asentir con un gesto seco. Cole no esperó más. Abrió la puerta del despacho de Dakota sin llamar, con la insolencia de quien conoce cada rincón de ese espacio y de la mujer que lo ocupaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, poniéndose en pie de un salto al verlo aparecer.

Cole no se molestó en responder con palabras. Acortó la distancia entre ambos en dos zancadas, le acunó el rostro entre las manos y la besó. No fue un beso de cortesía ni de saludo; se la comió, devorándola con un hambre que dejó a Dakota sin aliento.

—Vaya… —gimió ella cuando él finalmente le permitió recuperar un poco de oxígeno.

—Te echaba de menos.

Una sonrisa involuntaria y algo boba asomó a los labios de Dakota, aunque intentó mantener la compostura.

—Mentiroso. Además, no te ha dado tiempo a echarme de menos.

—Créeme, me ha dado tiempo de sobra —él la rodeó por la cintura y la atrajo contra su cuerpo, pegándola a su pelvis para que no quedara ninguna duda del efecto que ella tenía sobre él con un simple contacto—. Y, teniendo en cuenta cómo gritas, supongo que no soy el único que necesita liberar tensión.

Ella puso los ojos en blanco, aunque en su mirada no había ni rastro de arrepentimiento. Cole sonrió, disfrutando de la chispa que siempre brillaba en ella.

—¿Qué te pasa exactamente?

—Nada. Este chisme, que me tiene loca —señaló el ordenador con un gesto de desprecio—. Ha decidido morir justo ahora.

—¿Solo eso? —Cole arqueó una ceja.

—¿Te parece poco?

—Me parece que me mientes —sentenció él con una media sonrisa, conociéndola demasiado bien como para creerse que un simple fallo técnico le arrancaría un grito de ese calibre.

Dakota suspiró, dejando caer los hombros y rindiéndose a la evidencia. No tenía sentido fingir con él, no cuando la miraba de esa forma que parecía leerle el pensamiento.

—Tampoco conseguía concentrarme —admitió finalmente en voz baja.

—Mmm… ¿Y por qué no te concentras, Dakota?

Ella dudó. No quería alimentar el ego de Cole, que ya era lo suficientemente grande como para necesitar su propio código postal, pero la sinceridad le ganó la partida antes de que pudiera frenarla.

—Eso quiero saber yo —bufó—. Pensaba en tu polla —reconoció finalmente.

¡Oh, vamos, Dakota!, se recriminó mentalmente.

Sin embargo, el reproche interno se desvaneció al ver la enorme y triunfal sonrisa que iluminó el rostro de Cole.

—Nunca me había alegrado tanto de escuchar eso.

Ella enarcó una ceja, fingiendo una ofensa que no sentía mientras intentaba zafarse de su agarre.

—Supongo que lo escuchas muy a menudo.

Él no la dejó irse. Al contrario, la apretó más contra su cuerpo y bajó la cabeza para dejarle un beso lento y profundo en el cuello, terminando con un pequeño mordisco que le arrancó un escalofrío.

—¿Estás celosa?

—Eres completamente libre para hacer lo que quieras. Bueno, por ahora no —le recordó.

Cole no quiso decirle que ya había dejado de ser libre y ella también, y no solo por ahora.

Ya se daría cuenta.

—Ninguna de las que lo decían me importaba una mierda, Dakota —susurró contra su piel, con una sinceridad brutal que la dejó sin aliento.

—No tienes que darme explicaciones.

—Lo sé, pero quiero que lo sepas. ¿Quieres que te quite el estrés de verdad? —enarcó las cejas.

—Por favor… —suspiró ella, rindiéndose finalmente.

Él la giró entre sus brazos, dejándola de espaldas a él mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Pero vas a tener que estar muy callada —le advirtió en voz baja —. Muy, muy en silencio.

Cole bajó una mano con una lentitud desesperante, disfrutando de cómo ella contenía el aliento. Sus dedos rozaron el dobladillo del vestido y empezaron a subir la tela, centímetro a centímetro, hasta que el aire frío de la oficina acarició la piel desnuda de los muslos de Dakota.

—Recuerda… ni un solo ruido —le susurró al oído, mientras su mano encontraba finalmente el encaje de su ropa interior.

Cuando Cole deslizó un dedo por debajo de la tela y encontró su centro, cálido y ansioso, ella tuvo que echar la cabeza hacia atrás, luchando contra el impulso de gritar su nombre.

Él comenzó a tocarle el clítoris con una destreza despiadada, alternando presiones y círculos lentos que hacían que las rodillas de Dakota temblaran. Menos mal que Cole, con el brazo que mantenía firme alrededor de su cintura, la sostenía en pie.

—Cole… —susurró ella, en un hilo de voz quebrado.

—Shhh… —le recordó él contra la piel de su cuello, antes de darle un mordisco posesivo en el hombro que le arrancó un escalofrío.

Bajó la mano para recorrer su sexo de arriba abajo, empapando sus dedos en los fluidos que ella ya no podía esconder, y hundió tres dedos dentro de ella.

Dakota sintió cómo el aire se le escapaba de los pulmones; si no llega a ser por el agarre de Cole, sus piernas habrían cedido y habría terminado en el suelo del despacho.

—Más —pidió ella, perdiendo todo rastro de decoro y moviendo las caderas frenéticamente contra su mano, buscando más fricción.

El ritmo aumentó. Los dedos de Cole se movían ahora con insistencia, conociendo cada ángulo exacto que la hacía estremecerse.

Dakota cerró los ojos con fuerza mientras el placer se acumulaba en su vientre como una ola gigantesca a punto de romper. Estaba al límite, suspendida en un vacío donde solo existía el tacto de él.

De repente, Cole movió su otra mano para apresar con fuerza uno de sus pechos por encima de la blusa, al mismo tiempo que con el pulgar de la otra mano presionaba su clítoris. Volvió a morderle el hombro, esta vez con fuerza, marcándola, justo cuando la tensión se volvía insoportable.

Dakota no pudo más.

Se tensó por completo, arqueando la espalda en un arco de pura agonía placentera mientras el orgasmo la sacudía. Se mordió el labio hasta casi hacerse sangre, luchando por no gritar.

Cole la sostuvo con fuerza, pegándola contra su cuerpo, sin dejar de acariciarla con suavidad hasta que los últimos espasmos empezaron a remitir.

—Eso es —murmuró él con voz ronca, depositando un beso tierno en su sien—. Mucho mejor que un comunicado de prensa, ¿verdad?

Dakota tardó unos segundos en recuperar el habla, con el corazón todavía martilleando contra sus costillas.

—Te odio —susurró ella, aunque se giró en sus brazos para buscar sus labios de nuevo, con la mirada empañada y una sonrisa de absoluta rendición.

—Eso te gustaría —bromeó él, disfrutando del rastro de debilidad que aún vibraba en la voz de Dakota.

Sin embargo, la broma se le atascó en la garganta en el preciso instante en que Dakota, con un movimiento felino y cargado de intención, cerró la mano alrededor de su erección por encima de los pantalones.

Cole soltó un gruñido ahogado, sintiendo cómo la sangre abandonaba su cerebro para concentrarse en un solo punto de su anatomía.

—Dak… —advirtió él, aunque sus caderas traicionaron su voz al buscar instintivamente la presión de esa mano.

—Quiero saborearte.

Cole estuvo a punto de mandarlo todo al infierno. Sus dedos ya volaban hacia el botón de sus pantalones, dispuesto a bajarse los calzoncillos y sacarse la polla allí mismo, en mitad del despacho, porque jamás en la vida sería capaz de negarle un deseo como ese.

Pero el destino, o más bien la tecnología, tenía otros planes. Maldijo entre dientes cuando su móvil rompió el hechizo.

Miró la pantalla. Era Harry.

A pesar del fuego que le recorría las venas, descolgó al momento. No sin antes besar a Dakota con una urgencia desesperada y quitarle, muy a su pesar, la mano de su polla para recuperar un ápice de cordura.

—Dime.

Dakota se recompuso la ropa mientras observaba a Cole con la respiración aún agitada. Vio cómo le cambiaba la expresión en tiempo real.

Primero fue una concentración absoluta, con el ceño fruncido y la mirada perdida en algún punto de la pared. Luego, una chispa de sorpresa ensanchó sus ojos. Finalmente, su rostro se relajó en algo que se parecía mucho a la victoria contenida.

—¿Cuándo? —preguntó Cole. Pausa—. Bien. Prepara todo para el viernes. Y, Harry, ni una palabra hasta que esté firmado.

Colgó.

Dakota ya lo sabía antes de que abriera la boca. Llevaba años leyéndole la cara.

—Los japoneses —pronunció ella, dejando que las palabras flotaran en el aire cargado del despacho.

—Los japoneses —confirmó él. Entonces, una sonrisa lenta y triunfal iluminó su rostro—. Van a firmar.

Dakota soltó el aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo.

—Joder.

—Sí.

—Joder, Cole.

—¡Sí!

Cole se inclinó y la besó de nuevo.

—Esta noche lo celebramos —susurró sobre sus labios antes de empezar a alejarse, con la victoria todavía brillando en sus ojos.

—Felicidades, jefe.

Cole no pudo evitarlo. Se detuvo, la abrazó de nuevo y la envolvió en un beso que les robó el aliento a ambos, dejándolos jadeantes y con el pulso desbocado.

—Gracias, Dak.

Todo aquel triunfo, cada pieza del engranaje que acababa de encajar, llevaba el sello de ella.

Cole sabía que, sin Dakota, ese comunicado no sería más que papel mojado y él no estaría a un paso de la cima.

—¿Vienes? —le preguntó, invitándola a salir con él.

—No lo dudes —sonrió ella—. Helen —llamó a su secretaria mientras cruzaban la recepción—, ese chisme me está volviendo loca.

Señaló con el pulgar hacia su despacho, donde el ordenador seguía mostrando su particular pantalla de la muerte.

Cole, que caminaba a su lado con una mano apoyada en la base de su espalda, se detuvo un segundo frente a la mesa de la secretaria.

—Llama al servicio técnico, que lo arreglen o lo cambien por otro hoy mismo.

—Sí, señor Vane. A sus órdenes, señor Vane —respondió Helen, aunque por la forma en que los miró por encima de sus gafas, estaba claro que había registrado cada decibelio de los jadeos de hace un momento.



Capítulo 22

Por fin podían volver a comer comida japonesa, y eso era exactamente lo que estaban haciendo.

—Felicidades a los dos —dijo Zane, levantando su lata de cerveza en un brindis improvisado—. El trato con los japoneses está cerrado, sellado y, por lo que me han contado, algunos hasta hicieron reverencias de más.

Cole y Dakota levantaron las suyas.

—¡Chin chin! —brindó Dakota, intentando incluir a Zane en el brindis grupal, pero terminó chocando su lata únicamente con la de Cole cuando este se la acercó más de la cuenta, reclamando su atención exclusiva.

Él le guiñó un ojo, una promesa silenciosa de que la verdadera celebración no incluiría latas de cerveza ni palillos de madera, y que llegaría en cuanto estuvieran a solas.

—Parece que el famoso pacto sí que está funcionando —soltó Zane, observándolos por encima de su cerveza con la expresión de un entomólogo estudiando una especie especialmente activa en época de celo.

Porque lo que Zane tenía delante no era precisamente a un CEO y a su directora de comunicación analizando métricas de éxito profesional.

Era a Cole con el brazo apoyado en el respaldo de la silla de Dakota, rozándole el hombro con los dedos de una forma que tenía poco de estratégica y mucho de posesiva.

Era a Dakota inclinada hacia él, como si la distancia entre ambos fuera un problema que su cuerpo insistía en resolver.

Era la forma en la que sus cabezas gravitaban la una hacia la otra, como si el resto del restaurante fuera simplemente un decorado de cartón piedra.

Sí, el pacto había funcionado. Demasiado bien.

Tan bien que Zane empezaba a sentirse como el sujetavelas oficial del año.

—¿Y Julian? —preguntó Zane, cambiando de tema antes de que la tensión sexual entre esos dos le hiciera atragantarse con un *maki*—. ¿Qué dice de todo esto el gran perdedor?

—Julian lleva días sin aparecer por la oficina —respondió Dakota, intentando recuperar el tono profesional mientras Cole le hacía círculos invisibles en el hombro—. Oficialmente, está de viaje de negocios. Extraoficialmente, sospecho que se está lamiendo las heridas en un rincón oscuro o comprando un muñeco vudú con mi cara.

—O con la mía —añadió Cole—. Aunque dudo que sepa dónde clavarme las agujas para que me duela más de lo que le duele a él el ego.

—De todas formas no me fío —sentenció Dakota—. Dudo mucho que Julian se retire sin intentar hacer alguna de las suyas.

—¿Es decir, un desastre? —preguntó Zane con una sonrisa cargada de ironía—. Porque ese hombre siempre ha tenido la imaginación justita y la curiosa habilidad de que todos los tiros le salgan por la culata.

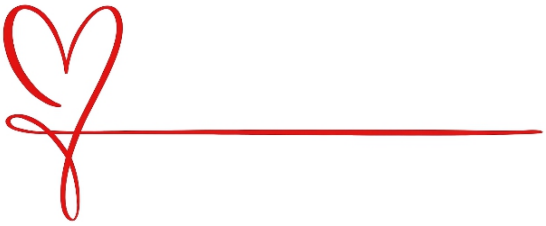
—Sea lo que sea, no debemos subestimarlo —advirtió ella, ignorando la broma—. Un hombre con el orgullo herido es peligroso, pero alguien que cree que no tiene nada que perder es impredecible.

—No te preocupes tanto —Cole la atrajo hacia sí y le plantó un beso en la sien, ignorando por completo que Zane estaba justo enfrente, observándolos con esa paciencia infinita que solo un cura puede cultivar.

—¿Hola? —soltó Zane, arqueando una ceja con una mezcla de diversión y fingida indignación—. Perdonad que interrumpa vuestro momento de película, pero os recuerdo que sigo aquí. Y, que yo sepa, delante de mí no tenéis que fingir nada.

Dakota cogió la servilleta y se la tiró directamente a la cara, haciéndolo reír mientras él la cazaba al vuelo.

—Vete al infierno.



—¡Iría al infierno por esto, Dak! —gimió Cole mientras Dakota le comía la polla.

Estaban en el recibidor del ático, Cole apenas tuvo tiempo de cerrar la puerta principal a sus espaldas cuando Dakota lo empujó contra la madera. Ni siquiera se habían quitado los zapatos, ni se habían despojado de los abrigos.

Antes de que Cole pudiera decir una palabra, Dakota se deslizó frente a él, hincando las rodillas en el suelo.

A Cole se le puso dura al instante, con una fuerza que casi le dolió, al verla allí abajo.

Cole soltó un gruñido profundo, echando la cabeza hacia atrás contra la puerta cuando Dakota se lo metió en la boca de golpe, envolviéndolo en una calidez que lo dejó sin aliento, succionando con un ritmo que amenazaba con hacerle perder el conocimiento.

—Joder, Dak… —consiguió articular él, con la voz rota por el deseo.

Cole hundió los dedos en su pelo, tirando ligeramente hacia atrás para marcar el compás, disfrutando de la visión de ella entregada por completo a su placer.

—Dios, nena, sí —comenzó a mover sus caderas con un ritmo más frenético, buscando el fondo de su garganta, perdiéndose en el calor asfixiante de su boca—. Me encanta tu boca, joder.

Y qué no le encantaba de esa mujer.

Le retiró el pelo de la cara para ver sus ojos, y la ayudó con las manos en su cabeza a que lo chupara más y más.

Entonces, lo sintió. Esa presión insoportable, ese punto de no retorno.

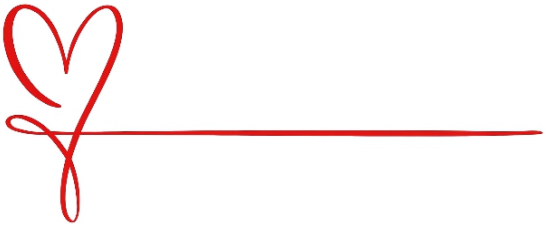
—Me voy a correr, nena —soltó él, intentando alejarse un poco, con la intención de salir de su boca para no ser tan brusco.

Pero Dakota no se lo permitió. Puso las manos en el trasero de él, y succionó su miembro con fuerza.

—Joder, Dak… —Cole ya no podía ni respirar, la cabeza se le fue hacia atrás, golpeando la madera de la puerta—. ¡Me corro, joder!

Explotó en la boca de ella.

Fue una liberación violenta, una sacudida que le recorrió todo el cuerpo mientras se vaciaba contra su lengua. Se quedó allí, jadeando, con las manos todavía enredadas en su cabello y las piernas temblando ligeramente, procesando cómo esa mujer podía deshacerlo por completo sin que él pudiera hacer absolutamente nada por evitarlo.



Horas más tarde, el sudor aún se enfriaba sobre sus cuerpos en la penumbra de la habitación.

—Rompamos el contrato —dijo Cole de repente.

Dakota, que estaba apoyada sobre su pecho, acariciándolo, levantó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Me has escuchado. Rompamos el contrato.

—No sé si te estoy entendiendo…

Cole la tomó por la cintura hasta ponerla encima de su cuerpo desnudo. Estaban en su cama, disfrutando del rastro del último orgasmo.

—Bésame —ordenó él.

Ella lo hizo sin dudar.

Cole sonrió contra sus labios.

—Ahora coge mi polla y métetela en el coño.

Dakota se levantó un poco, guio el miembro de Cole, que volvía a estar duro, y bajó lentamente hasta quedar unida a él por completo.

—Oh, joder —gimió él, aferrándola por las caderas.

Así, a pelo, aquello era el puto cielo. Sabía que iba a romper su récord de velocidad otra vez, y le importaba una mierda.

—Ahora rompamos el contrato —repitió.

Dakota seguía sin entender, perdida en el ritmo que él empezaba a imponer desde abajo.

—No quiero que esto tenga una fecha de caducidad.

—Cole…

Él salió de ella solo para volver a penetrarla con una estocada profunda que la hizo gritar de placer.

—No podría estar con nadie después de esto, ¿no lo entiendes? No quiero estar con nadie más, maldita sea —los hizo girar hasta que ella quedó bajo su cuerpo—. No soportaría pensar que estás con alguien más.

Comenzó a moverse más rápido, más fuerte. Sus respiraciones se mezclaban en un jadeo desesperado mientras sus bocas se buscaban.

—Rompamos ese maldito contrato, Dakota —gimió él, con la voz rota por una urgencia que no tenía nada que ver con los negocios—. Y elige estar conmigo de verdad.

Dakota se quedó tan congelada que Cole tuvo que apoyar las manos en el colchón, sosteniendo el peso de su cuerpo para buscar sus ojos, sin salir de ella.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente? —susurró ella, con el aliento entrecortado.

—¿No he sido lo suficientemente claro?

—En momentos de pasión se dicen muchas cosas. Yo misma he dicho muchas estupideces.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—No sé… eso que dije de que te deseo desde siempre…

Cole rio, no pudo evitarlo.

—El calor de la pasión —insistió ella.

—Claro —rio él de nuevo, aunque sus ojos permanecieron serios —. Pero en mí no funciona así. Mi polla no controla mi mente, Dak. Créeme, tengo experiencia suficiente para asegurarte eso.

—Quieres que terminemos la farsa.

—La farsa acabó hace mucho, y lo sabes. Quiero que estés aquí porque quieras estar. Sin cláusulas.

—No eres un hombre de relaciones, Cole —le recordó ella.

—No soy un hombre de relaciones con nadie, es cierto. Pero estamos hablando de ti. Y de mí.

—Y precisamente porque soy yo… No me debes nada.

—¿Crees que te estoy pidiendo esto por un sentido de la ética, Dakota? Te deseo, ¿no es obvio? He roto todas mis reglas contigo; ni siquiera te había follado la primera vez cuando ya te estaba prometiendo más. Porque yo sabía que necesitaba más. Porque estaba seguro de que con una vez no sería suficiente.

Cole empezó a moverse otra vez, con una cadencia lenta y posesiva que obligó a Dakota a arquear la espalda.

—Quiero más, nena.

—¿Cuánto más? —gimió ella, de nuevo hundida en el pozo del placer que él cavaba con cada embestida.

—Todo.

Dakota no pudo soportarlo. Su cuerpo empezó a temblar mientras el orgasmo más intenso de su vida la asaltaba y arrastró a Cole con ella al abismo.

Él cayó sobre ella, exhausto, antes de ponerse de lado con un movimiento protector, manteniéndose todavía en su interior como si temiera que, al soltarla, ella pudiera desvanecerse.

Ella se acurrucó en su pecho, buscando su calor de forma instintiva.

—Nunca he estado aquí por ningún contrato —susurró ella medio dormida, sin ser consciente de lo que acababa de decir.

Cole sintió que aquella confesión valía más que cualquier firma en cualquier contrato que hubiera existido entre ellos.



Capítulo 23

El día antes de la reunión del Consejo para la sucesión, Julian Dalton apareció en Vane & Co. como si nunca se hubiera ido.

Llegó a media mañana, con un traje impecable y esa sonrisa que parecía diseñada para provocar úlceras. Saludó a los empleados con una cordialidad estudiada, estrechó manos, preguntó por familias que no le importaban y se dejó ver por cada rincón de la planta ejecutiva con la tranquilidad de quien pasea por su propia casa.

Cole lo vio nada más llegar a la oficina, justo cuando se dirigía a buscar a Dakota. Julian permanecía apoyado contra la pared junto a la puerta del despacho de esta, manteniendo una charla con ella que a Cole le revolvió la sangre.

Dakota mantenía una expresión cortés, pero tensa, con los brazos cruzados sobre el pecho y esa sonrisa profesional que Cole conocía demasiado bien; la que usaba cuando quería mandar a alguien al infierno pero las circunstancias no se lo permitían.

—…siempre he admirado tu capacidad para adaptarte a cualquier situación —estaba diciendo Julian cuando Cole se acercó lo suficiente para oírlo—. Es un talento muy… versátil.

Dakota no se inmutó, pero Cole vio cómo apretaba los dedos alrededor de su propio brazo.

—Julian —saludó Cole—. No sabía que habías vuelto.

—Primo —Julian le tendió la mano con una sonrisa amplia—. No podía perderme la víspera del gran día, ¿verdad?

Cole le estrechó la mano. Apretó más de lo necesario. Julian no pestañeó.

—Si nos disculpas —dijo Cole, girándose hacia Dakota.

Le puso una mano en la cintura, la atrajo hacia él y, como era costumbre, le dio un beso en la frente.

Le guiñó un ojo a Dakota, y luego se giró hacia Julian, que seguía sonriendo.

—Míralos —dijo con un tono suave que sonaba casi a admiración —. Si hasta parece real.

Dakota se tensó. Cole sintió cómo el aire cambiaba entre los tres, cargándose de algo que ya no era tensión profesional ni rivalidad familiar.

Era peligro.

—¿Perdona? —dijo Dakota, con una calma que no engañó a nadie.

—Nada, nada —Julian levantó las manos con gesto inocente—. Solo digo que hacéis muy buena pareja. De verdad. Es muy convincente.

—Julian —la voz de Cole bajó un registro entero—. Vete a tu despacho.

—Claro, primo. Solo pasaba a saludar.

Se alejó por el pasillo sin prisa, silbando algo que ninguno de los dos reconoció.

Dakota esperó a que desapareciera para hablar.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada nuevo, sabíamos que no se lo creería tan fácilmente.

—Ya…

—Déjamelo a mí.

Ella lo miró durante un largo momento, pero, por una vez, no insistió.

Cole esperó a que la puerta del despacho de Dakota se cerrara. Luego caminó hacia el despacho de Julian.

No llamó.

Abrió la puerta de golpe y la cerró a su espalda con un portazo que hizo temblar los cuadros de la pared.

Julian estaba sentado en su silla, con los pies sobre la mesa y un vaso de whisky en la mano, como si llevara horas esperándolo.

—Has tardado menos de lo que pensaba —comentó, sin molestarse en levantarse.

—No te acerques a ella —soltó Cole.

Estaba que se lo llevaban los demonios.

Desde que lo había visto con ella y había notado lo tensa que se había puesto Dakota, la mala hostia se le había instalado en la boca del estómago. Sabía perfectamente que ella podía sola con él, y con diez como él, pero la cuestión era que no tenía por qué aguantar nada de eso.

Así de simple.

—Vaya, pero qué agresivo. ¿Qué te pasa, Cole? ¿Estás celoso? Bah —hizo un gesto con la mano, restándole importancia al asunto—. Yo no soy su tipo. No seré el dueño de todo.

Cole apretó los dientes, guardándose las ganas viscerales de estampar aquella cabeza contra el escritorio de roble.

—Déjala en paz —le advirtió de nuevo, con una voz baja y peligrosa—. No juegues conmigo, Julian, porque todavía no me conoces.

—¿Yo? ¿Jugar? Yo no estoy jugando a nada, Cole.

Cole lo miró un instante más, manteniendo el control por un hilo, antes de enderezarse de nuevo, dispuesto a marcharse. No pensaba darle el placer de verlo perder los estribos.

—Y yo que pensaba que el que estaba jugando eras tú —añadió Julian con sorna.

Cole se detuvo con la mano apretando el pomo de la puerta y miró a su primo por encima del hombro.

—Todavía no, pero créeme, sé hacerlo. Y no te gustaría comprobar lo bueno que soy.

Julian bajó los pies de la mesa con una lentitud calculada. Dejó el vaso sobre la superficie con un golpe seco. Se recostó en la silla y cruzó las manos sobre el regazo, observándolo con una calma que erizaba la piel.

—Vuestro compromiso es una farsa —dijo—. Un contrato. Un acuerdo entre los dos para salvar la empresa, impresionar a los japoneses y quitarme de en medio.

Cole no movió un músculo.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. Un contrato con fecha de inicio, fecha de caducidad y cláusulas. Todo muy profesional, muy… Dakota.

Julian lo sabía. No sospechaba, no insinuaba, no tanteaba.

Sabía.

—Supongo que tendrás pruebas para hacer una acusación así.

—¿Pruebas? —Julian sonrió—. Tengo más que suficiente, primo. Pero no voy a enseñarte mis cartas. Solo necesitas saber que no voy de farol. Aunque siempre puedes no creerme y arriesgarte.

Julian, sabiéndose ganador, rio.

Se levantó de la silla y se acercó lentamente a su primo.

—Escúchame bien. Mañana rechazarás la sucesión. Te retirarás. Di lo que quieras, invéntate la excusa que te dé la gana, pero apártate.

—Estás loco —rio Cole.

—Si no lo haces, todos los periódicos se harán con la noticia y todo saldrá a la luz. Y sí, a ti te salpicará, pero sobrevivirás. Lo sé. Eres un Vane. Tú siempre sobrevives. Pero ella… —hizo una pausa,

saboreando cada palabra— ¿Cuánto crees que tardará la prensa en convertir a Dakota Prescott en la mujer que se acostó con su jefe por un contrato? ¿Cuánto le has pagado, Cole? ¿O el pago era en carne?

Cole lo agarró por la solapa de la chaqueta y lo estampó contra la estantería que tenía detrás. Un par de marcos cayeron al suelo.

—Maldito hijo de perra —Cole iba a perder los estribos.

—Su carrera, su reputación, todo lo que ha construido —continuó Julian sin ningún miedo—. ¿Sobrevivirá a eso? Porque tú y yo sabemos que la respuesta es no. Un CEO puede superar un escándalo. Una directora de comunicación que montó una farsa romántica con su jefe… esa no se recupera jamás.

—Escúchame bien —siseó Cole, con la cara a centímetros de la de su primo—. Puedes ir al Consejo. Puedes ir a la prensa. Puedes ir al mismísimo infierno y decir lo que te salga de las pelotas de mí. Pero si la tocas a ella, si le haces daño, si pronuncias su nombre en público con esa boca de mierda que tienes, te juro que no habrá empresa, ni herencia, ni familia que me impida destrozarte.

Julian lo miró, sorprendido, arqueando una ceja con una mezcla de cinismo y una nueva chispa de comprensión.

—Vaya. De verdad la quieres. Pues sí que te has metido en el papel —se mofó.

Cole apretó más el agarre.

—Tócala y te mato —sentenció.

No fue una amenaza vacía; fue una promesa articulada con una frialdad absoluta que hizo que, por un segundo, Julian parpadeara.

Sin embargo, Julian, en lugar de amedrentarse, sonrió todavía más, disfrutando de haber encontrado por fin el talón de Aquiles de su primo.

—Piénsalo esta noche —dijo Julian con la tranquilidad de quien acaba de ganar una partida de ajedrez—. Tienes hasta mañana.

Cole lo soltó de golpe, como si su contacto quemara. Retrocedió un paso, sintiendo cómo los puños le temblaban a los costados del cuerpo por el esfuerzo de no descargar toda su furia en ese mismo instante.

—Eres la mayor decepción de la familia —Cole lo miró con un asco tan profundo que resultó más hiriente que cualquier golpe.

La puerta se cerró con un portazo que resonó en todo el pasillo.

Maldito hijo de perra, se las iba a pagar. Iba a arrepentirse de haber pronunciado el nombre de Dakota con su sucia boca.

Iba a arrepentirse de amenazar a la persona más importante de su vida.

Julian no lo sabía, pero acababa de firmar su propia sentencia.

El móvil de Cole sonó en el momento más oportuno.

—Baxter… —gruñó al aceptar la llamada, apartándose justo a tiempo para no chocarse con uno de los informáticos que pasó a su lado con paso apresurado.

Cole se detuvo. Lo siguió con la mirada. El tipo se dirigía al despacho de Julian.

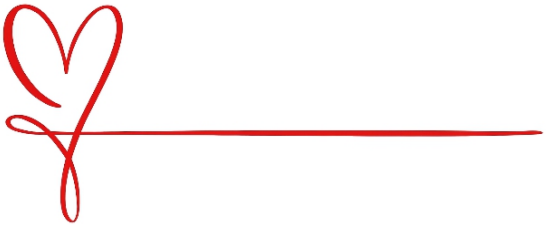
El ordenador de Dakota. El técnico que lo «arregló». Y ahora, ese mismo tipo entrando donde su primo.

Hijo de puta.

—Maldita sea, Vane, ¿cómo se te ocurre meterla en algo así?

—Te dejaré que me partas la cara luego, pero ahora necesito tu ayuda.

Iba a acabar con Julian Dalton de una vez por todas.



—¿Estás bien? —preguntó Dakota esa noche, cuando Cole la abrazó con fuerza.

Estaba en la cocina, terminando de fregar las cosas de la cena, cuando sintió sus brazos rodeándola por detrás. No era la primera vez que lo hacía, pero había algo extraño en su tacto; llevaba raro toda la tarde.

—Mmm… Mañana se acaba todo, así que supongo que estoy algo nervioso.

Sí, podía entenderlo. Ella también lo estaba. Todo aquello llegaba a su fin y no tenía ni idea de qué pasaría con ellos después.

Él había dicho que terminasen con la farsa, pero ¿qué significaba exactamente eso? ¿Solo sexo? El problema era que el sexo lo tenían porque ella estaba allí; cuando volvieran a la realidad, todo cambiaría.

Tendría que irse del ático, ¿no?

Se le hacía un nudo en el pecho solo de pensar en ello. Pero aquel no era el momento; ya se ocuparía de sus miedos cuando todo terminara. Ahora tenían que estar concentrados en lo importante: la sucesión.

Dakota se quitó los guantes y se giró entre sus brazos para quedar frente a él.

—Lo has hecho muy bien —le aseguró, buscando sus ojos—. Y lo vas a hacer bien.

Él la miró fijamente.

—No siempre lo hago bien.

—Bueno, no todos lo hacemos bien siempre. Tú no vas a ser especial —bromeó ella, intentando aligerar el ambiente.

—¿No lo soy? —preguntó él, recuperando un poco de su tono juguetón mientras le plantaba un beso en el cuello.

—No —dijo ella, echando la cabeza hacia atrás para darle un mejor acceso.

—¿Segura? —Cole metió una de sus manos por el pantalón del pijama, deslizando los dedos bajo sus braguitas hasta tocar su sexo, ya mojado.

—Quizás un poco —gimió ella, perdiendo la batalla contra el placer.

Cole no pudo evitarlo y rio contra su cuello. Se separó apenas unos centímetros para mirarla a los ojos, recuperando una seriedad que la inquietó.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—Bueno, no me has dejado nunca insatisfecha, al menos por el momento.

Cole puso los ojos en blanco.

—No me refería a nuestra química sexual que, evidentemente —la hizo gemir de nuevo con un movimiento de sus dedos—, es perfecta.

—Mmm…

—Sí, mmm —sonrió él—. Me refería a en general.

—¿Cómo quieres que piense en otra cosa que no sean tus dedos o tu polla mientras me masturbas? —gimió ella, echándole los brazos al cuello.

—Tienes razón —Cole dejó de tocarla y sacó la mano, provocando una protesta inmediata de Dakota—. ¿Confías en mí?

—¡No! —exclamó ella—. Quiero decir, sí confío, pero no pares.

Cole rio; la situación era tan absurda como desesperadamente excitante.

—¿Cómo mierda he estado años negándome esto? —le bajó los pantalones y las bragas de un tirón, la cogió en brazos y plantó su culo desnudo sobre la isla de la cocina.

Dakota soltó un grito ahogado por el contraste de la piedra fría contra su piel.

—Eso me pregunto yo.

—La culpa es tuya, tenías que habérmelo dicho antes.

—¿Qué te iba a decir? —Dakota se dejó quitar la camiseta, quedando expuesta ante él—. Hola, Cole, soy tu empleada y tu amiga, pero que sepas que me masturbo pensando en ti.

Cole gimió ante la imagen mental.

—Exactamente eso —dijo, apresando uno de sus pechos desnudos con la mano y apretándolo con fuerza.

—Me habrías mandado a la mierda.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

—Te aseguro yo a ti que no —se agachó y le lamió un pecho, mordiendo el pezón con la presión justa para hacerla arquearse sobre la encimera.

—¿No?

—No.

—¿Qué habrías hecho?

—Esto —le lamió los senos, haciéndola retorcerse de placer.

Cole se bajó los pantalones, se los quitó con un pie y acercó la punta de su miembro, ya completamente duro, a la abertura de ella. Dakota lo guio hacia adentro, agarrándose al borde de la encimera mientras él hundía las manos en sus caderas.

—Y esto —sentenció antes de penetrarla con una estocada profunda.

—Oh, sí.

—Yo también me he masturbado más de una vez pensando en esto, nena.

—Mientes.

—Ojalá —empezó a moverse con una fuerza brutal, poseyéndola con un ansia que parecía no tener fin.

Ella se había echado hacia atrás, apoyando las manos en la encimera y dejando caer la cabeza, mientras Cole la agarraba de las caderas, entrando y saliendo de ella sin control. Él no podía dejar de mirar cómo sus pechos rebotaban con cada embestida.

—Cole, por favor.

—Mírame, Dak —ella, sumida en el trance del placer, abrió los ojos como pudo—. Quiero ver tu cara cuando te corras. Quiero que me mires mientras me corro.

Dakota se mordió el labio y clavó su mirada en la de él.

Un momento después, ambos se corrieron a la vez.

—No, nunca me has dejado insatisfecha —susurró ella, con la voz entrecortada.

Cole soltó una carcajada al escucharla.

—Ven aquí.

La estrechó contra su cuerpo, necesitando el contacto de su piel.

Sin embargo, tras unos segundos de silencio, su tono cambió a uno mucho más serio y profundo.

—Pero no me has respondido. ¿Confías en mí?

Dakota separó la cabeza de su pecho y lo miró fijamente a los ojos.

No alcanzaba a comprender del todo qué le ocurría, pero supuso que eran los nervios inevitables ante la trascendental reunión que tendrían al día siguiente con el Consejo.

A pesar de la duda que vio en su mirada, ella no vaciló.

—Sí, confío en ti —afirmó con una seguridad absoluta.

Y aquellas palabras parecieron ser el único bálsamo capaz de relajarlo por fin.

Al menos, uno de los dos podía relajarse.



Capítulo 24

Dakota supo que algo iba mal en cuanto salió del ascensor.

No fue nada obvio. Nadie le dijo nada. Nadie la señaló ni le cortó el paso. Fue algo más sutil. La forma en que Lisa apartó la mirada cuando ella pasó por delante de su mesa, como si de repente el teclado fuera la cosa más fascinante del mundo. La forma en que dos gestores de carteras interrumpieron su conversación al verla y cayeron en un silencio tenso que olía a culpabilidad. La forma en que Mark, el que siempre tenía una opinión para todo, bajó la cabeza y se concentró en su carpeta como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Claire, que venía por el pasillo con un café.

Claire abrió la boca. La cerró. Miró al suelo.

—Nada.

—Claire…

—De verdad, Dakota, yo… no sé nada.

Se fue casi corriendo, derramando café por el camino.

Dakota sintió cómo el estómago se le encogía. Caminó más rápido hacia su despacho, donde Helen ya estaba en su puesto con una

expresión que no le había visto nunca, una mezcla de rabia contenida y algo que se parecía demasiado a la compasión.

—Helen, ¿qué está pasando?

La secretaria la miró por encima de las gafas. Luego, sin decir una palabra, giró la pantalla de su ordenador para que Dakota pudiera verla.

Era la portada digital del *New York Standard.*

El titular decía: «El compromiso más rentable de Wall Street: cómo el CEO de Vane & Co. y su directora de comunicación montaron la farsa del año.»

Dakota se quedó inmóvil.

Leyó el subtítulo: «Fuentes cercanas a la familia confirman que el compromiso entre Cole Vane y Dakota Prescott fue un acuerdo contractual diseñado para manipular inversores y asegurar la sucesión de la empresa.»

El suelo desapareció bajo sus pies.

—Mierda —susurró—. Cole.

Maldita sea, la sucesión.

Iba a matar a Julian, porque ella estaba segura de que todo eso era cosa suya. No podía ser de nadie más. Julian Dalton era una rata de alcantarilla que había preferido prenderle fuego a la casa antes que dejar que ellos vivieran en ella.

—Dakota.

Ben y Louis aparecieron a su lado de repente; Ben le extendió la *tablet* con un gesto de urgencia.

—Es este el que deberías leer.

Dakota cogió el dispositivo y sus ojos se clavaron en el titular del *Chronicle*. Se quedó petrificada en mitad del pasillo mientras el ruido de la oficina se convertía en un zumbido lejano. En ese instante, como si fuera un rompecabezas que encaja de golpe, recordó lo extraño que estuvo Cole el día anterior. La intensidad casi dolorosa

con la que la abrazaba, la urgencia en su mirada y, sobre todo, esa pregunta repetitiva sobre si confiaba en él.

Cole lo sabía. Sabía perfectamente lo que su primo planeaba hacer y había decidido actuar por su cuenta para neutralizarlo.

Y no se lo había contado. Se lo había guardado todo para él solo, dejándola al margen de la jugada final.

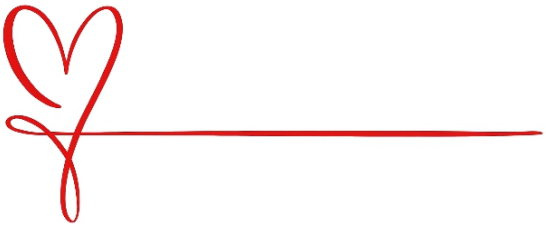
Aquello no se hacía. No era solo el futuro de Cole el que estaba colgando de un hilo, joder, también era el de ella. Estaban juntos en eso, o al menos eso era lo que ella creía hasta ese momento.

Iba a matarlo. Estaba absolutamente convencida de que, en cuanto lo tuviera delante, acabaría con él.

Y después iría a por Julian.

Iba a matar a los dos primos Vane y no le importaba en absoluto el orden en que lo hiciera.

Pero antes, continuó leyendo…



Dos pisos más arriba, en la sala del Consejo, Cole Vane estaba sentado en la cabecera de la mesa con la calma de un hombre que ha dormido exactamente cero horas y ha tomado la decisión más importante de su vida en algún punto entre las tres y las cuatro de la madrugada.

A su alrededor, ocho miembros del Consejo ocupaban sus asientos habituales. Algunos lo miraban con incomodidad, otros con franca hostilidad, y Robert Fischer parecía estar calculando mentalmente cuánto iba a caer la acción de Vane & Co. en las próximas veinticuatro horas.

Alexander Vane estaba sentado al otro extremo de la mesa. No había dicho una palabra desde que llegó. Su expresión era la de un hombre al que acaban de escupirle en la cara y está decidiendo si responder con un puñetazo o con algo mucho peor.

Y Julian Dalton, sentado tres sillas a la derecha, irradiaba una satisfacción que apenas se molestaba en disimular.

—Supongo que todos habéis leído el *Standard* esta mañana —dijo Julian, rompiendo el silencio con la naturalidad de quien comenta la previsión meteorológica—. Creo que debemos abordar esto antes de proceder a ninguna votación.

—Julian —la voz de Alexander cortó el aire—. Cierra la boca.

Julian cerró la boca. Pero la sonrisa no se le fue.

Alexander miró a Cole.

—Habla.

Cole no se movió. Observó a cada uno de los miembros del Consejo, deteniéndose un segundo en cada rostro, midiendo el terreno como hacía siempre antes de una negociación crítica.

—El artículo del *Standard* dice la verdad —comenzó.

Un murmullo recorrió la mesa. Fischer cerró los ojos. Julian amplió su sonrisa.

—Dakota y yo firmamos un acuerdo. Un contrato con fecha de inicio, condiciones y fecha de caducidad. El objetivo era proteger la imagen de la empresa en un momento de vulnerabilidad, asegurar el acuerdo con los Kurosawa y neutralizar una amenaza interna que llevaba meses desestabilizando Vane & Co.

—Esto es inadmisible —soltó uno de los consejeros, un hombre canoso llamado Whitfield—. Has manipulado a este Consejo.

—He protegido a esta empresa —corrigió Cole sin levantar la voz —. Que es exactamente el trabajo para el que me contratasteis.

—¿Protegerla mintiendo? —intervino otra consejera, Margaret Holt.

—Protegerla de quien la estaba desangrando desde dentro.

Todas las miradas se desplazaron hacia Julian. Que, por primera vez, dejó de sonreír.

—No sé de qué habla —dijo Julian.

—Claro que lo sabes —Cole se inclinó hacia delante—. Pero antes de que sigamos por ahí, creo que os falta una lectura.

Abrió la carpeta que tenía delante y sacó un periódico. No era el *Standard.* Era el *Chronicle,* la edición de esa misma mañana, impresa hacía menos de tres horas.

Lo deslizó por la mesa hacia el centro.

El titular ocupaba media portada: «La farsa que salvó a Vane & Co.: un contrato falso, un fraude real y una historia de amor que nadie vio venir.»

Julian se quedó blanco.

—¿Qué cojones es esto? —su voz perdió toda la compostura que había mantenido hasta entonces.

Cole no lo miró. Se dirigió al Consejo.

—El *Chronicle* ha tenido acceso a la documentación completa de los movimientos financieros de Julian Dalton durante los últimos dos años. Desvíos de fondos de clientes a cuentas personales. Comisiones fantasma. Contratos inflados con proveedores vinculados a su entorno.

—¡Eso es mentira! —Julian se puso de pie.

—Siéntate —ordenó Alexander con una voz que no admitía réplica.

Julian se sentó.

Cole continuó, manteniendo el mismo tono firme y controlado.

—Cuando descubrí lo que Julian estaba haciendo, supe que tenía un problema. No solo por los fondos, sino porque Julian tenía influencia en el Consejo y una campaña montada para quedarse con la sucesión. Si lo denunciaba directamente, él tenía margen para destruir pruebas y presentarse como víctima. Necesitaba tiempo. Y

necesitaba que la empresa se mantuviera estable mientras reunía la documentación. Llevo meses documentándolo —mintió—. Cada transacción, cada comisión, cada desvío. Lo que el Chronicle ha publicado esta mañana no es una acusación, es una auditoría completa.

—Y tu solución, mientras, fue fingir un compromiso —dijo Alexander. No era una pregunta.

—Solo había una persona que podía ayudarme a mantener esto a flote —respondió Cole, sosteniendo la mirada de su abuelo—. Dakota diseñó la estrategia de comunicación que salvó el acuerdo con los Kurosawa. Dakota mantuvo la imagen de la empresa intacta mientras yo juntaba las pruebas contra Julian. Dakota hizo todo lo que hizo porque cree en esta empresa tanto como yo.

—¿Y el contrato? —preguntó Fischer, que parecía estar procesando todo a velocidad de supercomputador.

—El contrato existió. Fue real. Tenía cláusulas y una fecha de caducidad.

Hizo una pausa. La sala estaba en silencio absoluto.

—Pero lo que no tenía fecha de caducidad era lo que sentía por ella.

Julian soltó un resoplido.

—Oh, por favor.

—Puedes reírte todo lo que quieras, Julian —dijo Cole, y por primera vez su voz se cargó de algo que no era estrategia ni control —. Yo firmé ese contrato buscando una solución empresarial. Y en algún punto del camino, esa mujer se convirtió en la razón por la que todo lo demás importaba.

Alexander lo observaba sin parpadear.

—El compromiso empezó como una farsa —continuó Cole—. No voy a negarlo y no voy a disculparme por ello. Pero fue la única manera que encontré de hacer lo que llevaba años deseando y no me atrevía a admitir, ni siquiera ante mí mismo. Estar con ella. Y si

este Consejo decide que eso me descalifica para la sucesión, lo aceptaré. Pero no voy a dejar que nadie, y mucho menos él —señaló a Julian—, destruya la carrera y la reputación de Dakota Prescott por algo que fue decisión mía.

El silencio que siguió pesaba toneladas.

Alexander Vane se puso de pie lentamente, apoyando las manos en la mesa. Miró a Cole. Luego a Julian. Luego al *Chronicle* abierto sobre la mesa.

—¿Los desvíos de fondos están documentados? —preguntó.

—Cada céntimo —respondió Cole.

Alexander asintió una sola vez.

—Consejo, propongo que antes de votar la sucesión, abramos una auditoría inmediata sobre las cuentas gestionadas por Julian Dalton.

—¡No puedes hacer eso! —Julian se levantó de nuevo, y esta vez su voz temblaba—. Esto es una trampa, es una maniobra para…

—Siéntate, Julian —dijo Alexander por segunda vez—. Y reza porque los números no digan lo que creo que van a decir.

Julian se desplomó en su silla.

Fischer levantó la mano.

—Secundo la propuesta de auditoría.

Uno a uno, los demás consejeros fueron levantando la mano. Whitfield. Holt. Todos.

Cole se limitó a mirar a su abuelo, que le devolvió la mirada con una expresión extraña. Tomó asiento y suspiró pesadamente.

Alexander recogió el *Chronicle* de la mesa y lo miró una última vez antes de doblarlo.

—Irremediablemente loco por ella —murmuró, leyendo una línea del artículo—. Al menos en eso no has mentido.

—En eso no he mentido nunca.

Una sonrisa de satisfacción, de esas que solo Alexander Vane era capaz de esbozar cuando sabía que la estirpe estaba a salvo, se formó en los labios de su abuelo.

—Propongo que sigamos con la votación. Cole Vane es mi propuesta para sucederme —dijo, sorprendiendo a Cole y a todo el Consejo, que estalló en exclamaciones.

Alexander miró a su nieto y sonrió, con esa chispa de astucia que lo había mantenido en la cima durante décadas.

—¿De verdad crees que podrías engañarme? —preguntó el viejo, arqueando una ceja—. Llevo años viendo cómo la miras. Aquí, el único ciego, has sido tú. Propongo que sigamos con la votación. Cole Vane es mi candidato.

El Consejo entero se quedó en silencio, sopesando las palabras del anciano.

—¿Votos a favor? —preguntó Alexander.

Él mismo levantó la mano primero, con un gesto lento y cargado de intención, fijando sus ojos en los demás miembros. Uno a uno, sin rastro de duda ahora que el patriarca había marcado el camino, todos los componentes del Consejo levantaron la mano. Whitfield, Holt… hasta el último de los hombres que minutos antes clamaban por un castigo ejemplar.

Cole Vane lo había conseguido. La sucesión era suya.

A partir de ese momento, ya no era el heredero en espera ni el directivo en funciones…

Cole Vane era, a todos los efectos legales y corporativos, el CEO absoluto de Vane & Co.

Tenía el control total de la firma, el respaldo unánime de la junta y, lo más importante, el poder para reconstruir el imperio a su imagen y semejanza.

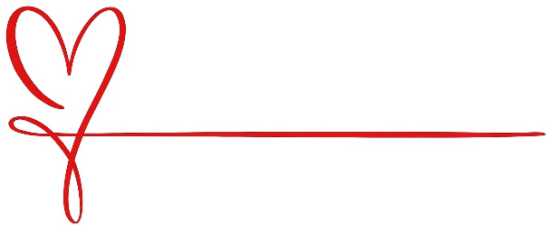
Julian se hundió en su asiento, convertido en una mancha irrelevante en la historia de la compañía. Ya no era un rival; era un

estorbo que Cole eliminaría de un plumazo en cuanto terminara la sesión, metiéndolo en una celda si era posible.

—Se levanta la sesión —anunció Alexander con un golpe en la mesa—. Por cierto, Cole, siempre has sido la única opción.

Cole estuvo a punto de mandar a su abuelo al carajo, pero tendría que esperar porque tenía algo más importante que hacer. Buscar a Dakota.

No la encontró.



La mañana anterior, antes de que Cole llegase a la oficina y se encontrase con Julian molestando a Dakota…

—Me alegra que hayas venido.

—No creo que tú y yo tengamos nada de lo que hablar.

Cole se sentó frente a Karina con la mandíbula tensa y rechazó con un gesto seco la invitación del camarero a tomar algo. No pensaba estar allí más de lo estrictamente necesario.

Karina lo observó en silencio un segundo antes de dirigirse al empleado con seguridad.

—Póngale un café bien cargado, lo va a necesitar.

Habían quedado en un café discreto a las afueras de la ciudad, un lugar lo suficientemente alejado para evitar miradas indiscretas. Cole aprovechó unos asuntos externos de la oficina para acudir a la cita, aunque sabía perfectamente que a Dakota no le gustaría aquel encuentro, y a él tampoco le resultaba cómodo.

Pero Karina insistió en que era importante para Dakota, por eso estaba allí.

Karina esperó a que el camarero se alejara para deslizar un sobre grueso sobre la mesa. Un dosier que pesaba más de lo que aparentaba.

—¿Qué es esto? —preguntó Cole mientras sus dedos ya empezaban a extraer las hojas.

—Todo lo que necesitas para terminar con Julian de una vez por todas.

Cole sintió un vuelco en el estómago al repasar los documentos.

Eran estados de cuenta ocultos, transferencias a sociedades fantasma en paraísos fiscales y contratos inflados que Julian había firmado a espaldas del Consejo. No solo eran pruebas de una administración desleal, sino evidencias claras de un desvío de fondos sistemático que superaba los siete ceros.

Era el mapa de un fraude maestro.

—¿Pero qué demonios…?

—No sé con qué piensa chantajearte, porque lo hará; no va a quedarse quieto con el tema de la sucesión. Ahí tienes información suficiente no solo para quitarlo de tu camino, sino para enviarlo directamente a una celda.

Cole estaba alucinado y permaneció en silencio mientras el camarero dejaba el café en la mesa. En cuanto volvieron a estar solos, la miró con una mezcla de sospecha y desconcierto.

—¿Por qué haces esto?

Ella esbozó una sonrisa teñida de una tristeza profunda.

—No soy tan mala como crees. Siento mucho cómo traté a Dakota aquel día, supongo que los celos me estaban consumiendo por dentro.

—Karina…

—Te quise, Cole, y en el fondo todavía te quiero. Siempre supe que nunca habría nada real entre nosotros, pero he estado enamorada de ti siempre. Tenía que intentarlo, aunque solo sirviera para darme cuenta de que perdía el tiempo. Te pido que me disculpes por haberme comportado de esa forma tan intensa.

—¿Y qué pasa con tu compromiso con Julian?

—Era una farsa, como bien imaginarás.

Cole comprendió en ese instante que Dakota tenía razón desde el principio.

—Fue algo orquestado por mi padre y no se ha tomado nada bien que por fin le haya plantado cara. Pero estoy cansada de ser un peón en juegos ajenos, necesito empezar a vivir mi vida de verdad.

—Y ser feliz —añadió él con sinceridad.

—¿Tú eres feliz, Cole?

Él no necesitó pensarlo ni un segundo.

—La quiero.

—Vaya, el soltero de oro ha sido cazado por fin. Supongo que siempre fue así, siempre fue ella y solo necesitabas abrir los ojos para verlo.

Sí, Cole también suponía que siempre había sido así. Dakota era, sin que él llegara a procesarlo, la razón invisible por la que nunca pudo comprometerse con ninguna otra mujer.

Los sentimientos eran un mecanismo extraño, pero una vez que las piezas encajaban, todo el pasado cobraba un sentido abrumador.

—No sé cómo pagarte esto, Karina.

—No te preocupes por eso ahora —dijo ella mientras se levantaba y se ajustaba el abrigo—. Ya encontraré la forma de cobrármelo. Y espero que me envíes una invitación para la boda.

Cole no supo qué expresión se dibujó en su rostro, pero fue lo suficientemente evidente como para que ella soltara una carcajada.

—Pues sí que la quieres, ni siquiera la mención de una boda te ha asustado.

Se detuvo un momento a su lado y le puso una mano afectuosa en el hombro.

—Cuídala mucho, Cole, esa mujer vale oro —dijo antes de marcharse sin mirar atrás.

Cole no necesitaba que nadie se lo dijera; lo sabía.

En ese momento, con las pruebas del fin de Julian en la mano, solo sentía una urgencia desesperada por volver a la oficina y ver a Dakota.

Sin embargo, después de encarar a Julian, Cole comprendió que lo mejor era poner punto final a todo aquello él solo.



Capítulo 25

THE NEW YORK CHRONICLE

EDICIÓN ESPECIAL

LA FARSA QUE SALVÓ A VANE & CO.: UN CONTRATO FALSO, UN FRAUDE REAL Y UNA HISTORIA DE AMOR QUE NADIE VIO VENIR.

Por Greg Baxter

Wall Street se despierta hoy con una noticia que hará temblar los cimientos de la Quinta Avenida, y no tiene nada que ver con el cierre de los mercados. Cole Vane, el hombre que hoy se juega la sucesión del imperio familiar ante el Consejo, ha decidido romper el silencio. Pero no lo ha hecho con un comunicado de prensa estéril, sino con una confesión que huele a pólvora y a sacrificio.

El compromiso entre Vane y su directora de comunicación, Dakota Prescott, que durante un mes ha sido la comidilla de las juntas de accionistas, ha resultado ser una de las maniobras más audaces que Wall Street haya visto en la última década.

Un contrato. Un acuerdo con cláusulas y fecha de vencimiento diseñado para proteger a la firma de una amenaza interna que estaba desangrando sus cuentas.

Sin embargo, el escándalo no está en la estrategia, sino en el precio que Cole Vane está dispuesto a pagar hoy. En un movimiento que muchos calificarían de suicidio profesional, Vane ha confesado a este diario que Prescott es la única pieza inocente en este tablero. Mientras ella salvaba la reputación de la empresa con una brillantez impecable, él la mantenía al margen de una investigación criminal contra su propia familia para no manchar sus manos.

Pero lo más sorprendente no es la trama de fraude familiar, sino la rendición de un hombre que nunca se rinde. Vane admite que lo que empezó como una farsa estratégica se convirtió en algo que ningún contrato podía contener. Según fuentes cercanas, el heredero de los Vane confiesa estar «irremediablemente loco» por la mujer que contrató para fingir que lo amaba.

Hoy, Cole Vane entra en la sala del Consejo sabiendo que puede perderlo todo: el trono, el apellido y el poder. Pero parece que su mayor miedo no es la derrota empresarial, sino que la farsa llegue a su fin. Vane ha decidido que, si ha de caer, lo hará protegiendo a la mujer que ha dejado de ser solo su mano derecha para convertirse en su única verdad. El contrato ha muerto antes de vencer, y Nueva York espera ver si el amor es un activo lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a la caída de un imperio.



Capítulo 26

La iglesia de San Patricio olía a incienso y a madera vieja, como siempre.

Dakota estaba sentada en el último banco, con los brazos cruzados y la mirada perdida en el altar vacío. Llevaba allí casi una hora, escondiéndose de Cole.

Zane se sentó a su lado.

—La bomba ha estallado.

—Sí. Y tú lo sabías —no había reproche en su voz.

—Sí. También supuse que te enfadarías.

—No tenía que haberme dejado al margen —sentenció ella.

—Puede que no, pero no lo ha hecho mal, ¿no?

No, había logrado la sucesión.

—Se ha jugado la empresa.

—Te ha protegido.

Una risa amarga que se le escapó entre los dientes.

—Mintiéndome.

—¿Importa el cómo?

—Claro que importa el cómo. ¿Mentir no es un pecado?

—La soberbia también —respondió Zane—. Y la doble moral también.

Dakota lo miró de reojo, entornando los ojos.

—¿Doble moral?

—Tú también le mentiste con ese contrato, porque querías ayudarlo y querías ser tú quien lo hiciera. Y querías estar cerca de él —Zane la diseccionó con esa mirada de cura que ha escuchado demasiadas confesiones como para creerse las excusas baratas.

—Nadie más habría… —intentó defenderse ella.

—Quizás no, pero aunque la hubiera, ¿lo habrías permitido o habrías insistido en ser tú?

—Tú medio me convenciste de ser yo.

—Dakota… —la miró con una expresión de «pero qué me estás contando, mujer».

Zane se recostó en el banco, estirando las piernas y cruzando los tobillos. La miró de lado, con esa expresión suya que Dakota conocía demasiado bien, la de quien está a punto de decir algo que no quieres oír.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No, pero la vas a hacer igualmente.

—¿Qué habrías hecho tú en su lugar?

Dakota abrió la boca para responder. La cerró.

—Exacto —dijo Zane—. Habrías hecho lo mismo. De hecho, ya lo hiciste. ¿O no fuiste tú la que apareció en su casa una noche, sin que nadie se lo pidiera, y le propuso un contrato de compromiso falso para salvarle el culo?

—Eso era diferente.

—¿En qué?

—En que yo no le oculté nada.

—Le ocultaste que estabas enamorada de él. Que es bastante peor.

Dakota lo miró con los ojos muy abiertos. Zane le sostuvo la mirada sin pestañear.

—No me mires así. Lo sabías. Yo lo sabía. Hasta el abuelo lo sabía. La única diferencia entre tu mentira y la suya es que tú crees que cuando lo haces tú está justificado y cuando lo hace él es una traición. Y no, Dakota, de soberbia pecáis los dos.

Dakota no contestó. Se quedó mirando el altar con los labios apretados y un nudo en la garganta.

—Tú y yo sabemos que Cole no te apartó por falta de confianza —insistió el cura.

—¿Y por qué lo hizo? —resopló.

—Pues pregúntaselo tú misma. Aunque en realidad no creo que te haga falta, porque ya conoces la respuesta.

Dakota resopló de nuevo, cargada de una frustración.

—Tuve miedo por él. Lo normal en mi situación sería preguntarme de dónde demonios había sacado esa información, o pensar que lo sabía todo desde el principio y jugó conmigo aceptando ese falso compromiso que yo misma le propuse. Podría haber terminado con Julian hace tiempo con esas pruebas y, sin embargo, siguió adelante con la farsa.

—Pero no has dudado de él ni un solo segundo.

—No —respondió ella con una rapidez que la sorprendió incluso a sí misma—. Y eso es precisamente lo que más miedo me da.

Miró a su hermano a los ojos, buscando una comprensión que solo él sabía darle.

—Era mucho más fácil cuando no sabía nada sobre sus sentimientos, ¿entiendes?

—Puedo hacerme una idea. Tienes miedo, Dakota.

—No aceptaré eso delante de nadie, ni muerta.

Zane soltó una carcajada limpia y ella no pudo evitar que una pequeña sonrisa asomara a su rostro.

—Ve a hablar con él. Grítale todo lo que necesites, échale en cara que te haya dejado al margen y ponlo de vuelta y media si eso te hace sentir mejor. Pero, cuando acabes, dile también que estás irremediablemente loca por él. Porque todavía no se lo has dicho, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y comenzó a jugar con su anillo de compromiso. Un compromiso que, en realidad, seguía siendo falso, por mucho que ambos hubieran decidido romperlo.

O quizá era la única cosa real que les quedaba después de todo.

—No con esas palabras.

—¿Y a qué esperas? Ese hombre acaba de decirle a todo Nueva York que está loco por ti. Lo mínimo que puedes hacer es no dejarlo solo con eso.

Dakota apretó la mano de su hermano con fuerza, sintiendo el anclaje de su apoyo. Luego la soltó, se levantó, se dio la vuelta y caminó con paso decidido hacia la salida de la iglesia.

—Por cierto, está en el ático. Le dije que no estabas aquí. El pobre se está volviendo loco.

Dakota se detuvo un segundo y no pudo más que soltar una carcajada que resonó bajo los techos abovedados.

¡Sería capullo!



Capítulo 27

Cuando la puerta del ático se abrió, Cole dejó de caminar como un animal enjaulado. Se giró y miró cómo Dakota entraba en el salón.

—Dak…

Se había vuelto loco buscándola por toda la oficina. Cuando vio que no le cogía el móvil, el pánico se había instalado en su pecho.

Estaba enfadada. O quizás dolida con él. Era una posibilidad, lo sabía, pero no se había permitido detenerse a pensar en las consecuencias mientras orquestaba el golpe final.

—¿Dónde estabas? Te he estado llamando.

Diecinueve llamadas perdidas, exactamente.

—Tomando el aire. Necesitaba pensar.

—Pensar no es bueno —sentenció él, dando un paso vacilante hacia ella, rompiendo esa distancia de seguridad que Dakota parecía querer mantener—. Tenía que hacerlo, Dakota. Sé que quizás no lo entiendes, pero era algo que tenía que hacer yo. Tenía que protegerte.

Jamás contaría que la idea del contrato fue de ella. Si alguien tenía que cargar con esa mancha, sería él. Porque aunque fue

Dakota quien lo planteó, Cole sabía que habría acabado acudiendo a ella de todas formas.

Si no era ella, no sería nadie.

Dakota lo observó. Camisa desabrochada, pelo revuelto. No parecía un hombre que acabara de ser nombrado CEO de Vane & Co.

—Felicidades, eres el sucesor de Alexander Vane.

—Dak…

—Pero te has jugado la empresa.

—Me importa una mierda la empresa —soltó él sin un ápice de duda—. Mientras no me juegue lo nuestro. Te lo dije, Dakota, y no es mentira. No haría nada que pusiera en riesgo lo que tenemos. Ni antes, cuando no éramos nada todavía, mucho menos ahora.

—Ni siquiera Vane & Co —no era una pregunta.

—Nada —juró él—. Por mí como si arde todo el edificio si tú no estás dentro.

Sus ojos se clavaron en el movimiento de la mano de ella; vio cómo Dakota se deslizaba el anillo de compromiso por el dedo y se lo quitaba.

—Dak, no… —la voz de Cole salió quebrada, como si le estuvieran arrancando el corazón de cuajo.

Pero ella se lo entregó, dejándolo sobre la palma de su mano.

—Por favor —rogó él, cerrando el puño con fuerza sobre el metal frío, temiendo que aquello fuera el punto final.

Entonces ella estiró la mano de nuevo, con la palma hacia abajo, esperando. Cole frunció el ceño, confundido por el gesto.

—Pensé que terminaríamos el compromiso falso porque habría uno de verdad. Lo mismo me equivoqué…

No pudo decir nada más, porque Cole ya había acortado la distancia, atrapando su cara entre las manos y besándola.

—¿De verdad quieres casarte conmigo? —preguntó él contra sus labios, sin soltarla, como si temiera que se desvaneciera.

—¿Eso es una pedida? —desafió ella, con esa chispa en los ojos que tanto lo volvía loco.

Cole rio, una risa ronca y llena de felicidad, y la besó de nuevo, con más fuerza.

—Cásate conmigo.

Otro beso, corto y exigente.

—¿Eso es una orden? —bromeó ella, aunque su respiración ya se entrecortaba.

Otro beso.

—Supongo que sí —admitió él, hundiendo los dedos en su pelo después de ponerle el anillo—. Y dime que me quieres. Yo lo he dicho ante medio mundo, pero tú ni siquiera me lo has dicho a mí. ¿Porque me quieres, verdad? —la duda, y el temor, en su voz.

—A mí no me lo has dicho —le recordó ella, arqueando una ceja.

Él se separó apenas unos milímetros, pero mantuvo sus manos firmes en su rostro, obligándola a sostenerle la mirada.

El CEO de Vane & Co, el hombre que acababa de aplastar a sus enemigos, desapareció para dejar paso al hombre que solo necesitaba a la mujer que tenía delante.

—Te quiero, Dak. ¿Quieres casarte conmigo?

A Dakota se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero quiero otro anillo —añadió con una nota de picardía.

Cole gimió, apoyando su frente contra la de ella.

—Tu hermano me matará si tengo que decirle que me acompañe otra vez.

—Qué va, ha sido él quien me ha mandado a buscarte.

—¿Estabas con él?

Si es que tenía que haberlo imaginado.

—No va a organizar la boda, te lo advierto. Por capullo —refunfuñó, haciéndola reír.

Otro beso, esta vez lento, saboreando el momento.

—Y me lo pedirás de rodillas.

—¿Tú te imaginas al jefe de rodillas? —repitió él, citando a Claire.

—Por Dakota, seguro —respondió ella, citando a Lisa.

Rieron, y se devoraron de nuevo.

—Sí, quiero —dijo ella por fin—. Y yo también te quiero. Mucho más de lo que cualquier contrato podría explicar.

—Joder, pues me has asustado. No vuelvas a hacerme algo así —exclamó él, apartándose apenas unos centímetros para mirarla con una mezcla de reproche y adoración—. Lo único que quería al salir de esa maldita reunión, con sucesión o sin ella, era verte. ¡Joder!

Sí, ella vio cómo la buscaba, pero salió corriendo antes.

En ese momento no podía verlo.

—Estoy muy enfadado contigo —dijo contra sus labios, aunque sus manos la sujetaban como si fuera su único ancla—, de verdad que me temía lo peor y…

No pudo terminar. Le devoró los labios hasta que ambos quedaron sin aliento, hasta que el mundo exterior, la empresa y las portadas de los periódicos desaparecieron por completo.

—Me asusté —dijo ella, sorprendiéndolo—. Y sigo asustada. Te jugaste la empresa. Por mí.

Esa era la verdad. Ver a un hombre como él apostar un imperio por una sola persona era aterrador. Porque colocaba sobre sus hombros un peso que ningún cargo directivo podía igualar.

¿Tenía aquello algún sentido?

—Tenía la absoluta confianza en que las pruebas contra Julian me ayudarían a dar el golpe final.

Dakota torció el gesto en una mueca cargada de ironía.

—Acabas de quitarle todo el romanticismo al momento. Olvídalo, ya no me caso contigo.

Hizo el amago de alejarse, pero Cole fue más rápido y se lo impidió rodeándole la cintura con firmeza.

—No voy a dejar que te vayas, nena. Nunca —sentenció antes de volver a besarla con una posesividad que la dejó sin aliento—. Acéptalo, ya no tienes escapatoria.

—Mentiste.

—Te equivocas —replicó él, rozando sus labios con los suyos mientras una sombra de arrogancia divertida cruzaba su rostro—. Solo edité la verdad en mi propio beneficio.

Ella soltó una carcajada al reconocer sus propias palabras en boca de él.

—Aprendí de la mejor —le guiñó un ojo.

—¿Cómo y cuándo conseguiste esas pruebas?

—Karina me llamó ayer por la mañana. Fui a la oficina con la intención de contártelo todo, pero entonces te vi con Julian. Me amenazó con destruirte, con manchar tu nombre y… Joder, Dak, simplemente no me habría perdonado verte sufrir por ver ese contrato en los medios. Tenía que jugar mis cartas con cuidado.

—Y yo no te habría perdonado nunca que perdieras la empresa por mi culpa —replicó ella, suavizando el tono pero manteniendo la firmeza en su mirada—. Pero que te quede claro una cosa, Cole Vane. La próxima vez, no vuelvas a ir por libre. Somos un equipo.

—Trato hecho —selló su promesa con un beso lento y profundo que sabía a victoria—. Te quiero, Dak. ¿Me crees ahora?

Sí, lo creía. Claro que lo creía.

La había elegido a ella por encima de todo. Y ella lo había elegido a él, aceptando el riesgo de entregar el corazón sin red de seguridad. Sin cláusulas abusivas, sin una fecha de caducidad que los protegiera y sin una sola excusa cobarde detrás de la que esconderse.

Al final, resultó que lo más difícil nunca fue fingir que se querían delante de los demás.

Lo más difícil, con diferencia, había sido fingir que no se querían cuando estaban a solas.



Epílogo

La iglesia de San Patricio nunca había visto tanta gente elegante entre sus bancos.

Normalmente, los feligreses de Zane eran un puñado de ancianas devotas, tres familias del barrio y un vagabundo llamado Ernie que se colaba por la puerta lateral para dormir la siesta en el último banco.

Hoy, sin embargo, los bancos estaban ocupados por ejecutivos de Wall Street, directivos de Vane & Co. y un anciano de ochenta años que había llegado con un vaso de whisky que claramente no pensaba soltar.

Alexander Vane se sentó en primera fila, cruzó las piernas con la elegancia de quien lleva toda la vida siendo el hombre más importante de cualquier sala y le dio un sorbo a su bebida como si estuviera en el salón de su mansión.

—¿No puede beber agua como todo el mundo? —murmuró Greg Baxter, sentado dos asientos más allá, incómodo con el cuello de la camisa y con la situación en general.

—Puedo —respondió Alexander sin mirarlo—. Pero no quiero.

Greg decidió no insistir.

En la sacristía, mientras tanto, se estaba librando una batalla que nada tenía que ver con la espiritualidad.

—Estate quieto —ordenó Dakota, ajustándole la corbata a Cole por tercera vez.

—Está bien así.

—No está bien. Está torcida.

—Dak, llevo poniéndome corbatas desde que tenía doce años.

—Y llevas poniéndotelas mal desde entonces. ¿Quién te ha anudado las corbatas los últimos años?

Cole abrió la boca para discutir. La cerró. Dakota tenía razón y ambos lo sabían.

—Pensé que no podíamos vernos antes de la ceremonia —dijo él mientras ella tiraba del nudo.

—Eso es una superstición ridícula.

—Entonces, ¿por qué has mandado a Zane a comprobar que yo no estuviera mirando cuando cruzaste el pasillo?

Dakota lo fulminó con la mirada. Cole sonrió.

—Cierra la boca y déjame arreglarte.

—Sí, señora.

Terminó de ajustarle el nudo, le bajó el cuello de la camisa y se alejó un paso para inspeccionar su obra. Cole Vane, enfundado en un perfecto esmoquin negro, la miraba con una expresión que no tenía nada que ver con la arrogancia ni con el poder.

Era admiración pura.

—Estás increíble —dijo él en voz baja.

Dakota llevaba un vestido blanco, sencillo, sin encajes excesivos ni cola interminable. Era elegante, sobrio y parecía que hubiese sido diseñado para ella. Que lo había sido, porque Cole había insistido en ello y ella había insistido en que no se gastara una fortuna, y al final habían llegado a un acuerdo que, como todo entre ellos, había

requerido negociación, dos discusiones y una reconciliación que terminó en la ducha.

—Tú tampoco estás mal —concedió ella, alisándole las solapas.

—¿Solo no estoy mal?

—No voy a inflar tu ego el día de nuestra boda, Cole. Tiene que durarte toda la vida y no quiero que explote antes de la luna de miel.

Él rio y se inclinó para besarla.

—Ni se te ocurra —lo frenó ella, poniendo una mano en su pecho —. Me acaban de pintar los labios.

—Me da igual.

—A mí no.

—Dak.

—Cole.

Se miraron. Dakota aguantó exactamente cuatro segundos antes de agarrarlo por las solapas que acababa de alisar y besarlo ella.

—Eso no cuenta —murmuró contra sus labios—. He sido yo.

—Eso es trampa.

—Soy tu directora de comunicación. La trampa es mi especialidad.

La puerta de la sacristía se abrió de golpe.

—¿Podéis dejar de manosearos cinco minutos? —Zane apareció vestido con su sotana de ceremonia, que se había planchado por primera vez en lo que parecían años—. Tengo una iglesia llena de gente que lleva esperando veinte minutos y un vagabundo que se ha colado en el banquete.

—Ernie no es un vagabundo —corrigió Dakota—. Es un feligrés.

—Ernie está comiéndose los canapés.

—Déjalo. Se los ha ganado.

Zane los miró a los dos, parados frente a él como dos críos pillados haciendo trastadas, y negó con la cabeza con una sonrisa

que no pudo contener.

—No me puedo creer que vaya a casar a mi hermana con este tipo —murmuró, señalando a Cole con un gesto vago.

—El sentimiento es mutuo —respondió Cole.

—Bien. Pues haced el favor de comportaros como adultos durante los próximos cuarenta minutos. Es la casa de Dios, no vuestro ático.

—No prometo nada —dijo Dakota.

—Yo tampoco —añadió Cole.

Zane se persignó con una resignación que habría hecho llorar a cualquier obispo.

—Vamos.

La ceremonia comenzó con una imagen que rompió cualquier rastro de protocolo tradicional. Dakota apareció en el umbral, pero no esperó a que nadie fuera a buscarla ni buscó un brazo en el que apoyarse.

Caminó con paso firme por el pasillo central, con la barbilla alta y una sonrisa en su rostro.

—Si lloras, te lo recordaré hasta el día que te mueras —susurró Zane.

—No estoy llorando —mintió Cole.

—Ya.

Cuando llegó a la mitad del camino, Cole no se quedó esperando en el altar. Bajó los escalones, ignorando el murmullo de sorpresa de los invitados, y caminó hacia ella.

Se encontraron en el centro de la nave, bajo la luz que se filtraba por las vidrieras. Cole le tendió la mano y ella la tomó y, juntos, caminaron hacia el altar.

—Supongo que el protocolo de que el novio espere en el altar tampoco iba con vosotros, ¿verdad? —susurró Zane cuando llegaron a su altura.

—Nunca nos han gustado las reglas que no hemos escrito nosotros —respondió Cole, sin soltar la mano de Dakota.

—Queridos hermanos —comenzó Zane con voz solemne—, estamos aquí reunidos para celebrar la unión de Cole Vane y Dakota Prescott en sagrado matrimonio…

La ceremonia fue emotiva, pero corta. Esos dos no habrían aguantado mucho tiempo más bajo el peso de tanta formalidad.

—Cole, ¿quieres a esta mujer…?

—Ella sabe que la quiero —lo interrumpió Cole, sin dejar de mirar a Dakota—. Lo sabe Nueva York entero, lo sabe el Consejo y lo sabe hasta el último inversor de Tokio.

Se acercó a ella, rompiendo cualquier protocolo, y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Te quiero, Dak. Sin contratos, sin fechas de caducidad y sin planes de contingencia. Eres la única farsa en la que querría vivir el resto de mi vida.

Dakota sintió ese nudo en la garganta que ya se le había hecho familiar.

—Digo que sí a todo lo que este hombre diga —dijo ella mirando a Zane, y luego volvió sus ojos a Cole—. Pero que conste que yo sigo teniendo el Plan B por si acaso.

Zane soltó una carcajada y cerró el libro.

—En ese caso, por el poder que me otorga mi fe y el hecho de que soy el único que os aguanta… puedes…

Cole ya la estaba besando.

Zane cerró los ojos con paciencia infinita.

—…besar a la novia. Llevaba años esperando decir eso y no me ha dejado ni terminar.

La iglesia estalló en aplausos. Alexander levantó su vaso de whisky desde la primera fila en un brindis silencioso. Greg aplaudió

con la rigidez de un hombre que no sabe muy bien qué hace en una boda pero que sabe que estar ahí es lo correcto.

Cuando Cole y Dakota se separaron, él apoyó su frente contra la de ella.

—Señora Vane —murmuró.

—Ni de coña —respondió ella—. Prescott-Vane. Como mucho.

Cole rio y le acarició el vientre.

—Lo que tú digas, mamá.



NOVELAS

Vega Manhattan

01 — Emmanuel

02 — Huyendo del príncipe azul

03 — Ódiame… Pero quédate conmigo

04 — Una propuesta arriesgada (Propuesta 1)

05 — Una propuesta peligrosa. La historia de David (Propuesta 2)

06 — En las manos del Duque

07 — Siempre fuiste tú (FBI 1)

08 — Nunca imaginé que fueras tú. La historia de Noah (FBI 2)

09 — Siempre serás tú. La historia de Alan (FBI 3)

10 — La seducción del Highlander

11 — ¡No lo hagas! La organizadora de bodas

12 — Para mi desgracia, mi jefe

13 — Todo por sentir

14 — Toda una vida

15 — Un lugar para refugiarse

16 — No callaré para siempre

17 — Cambiaste mi vida

18 — Sin mirar atrás

19 — Te protegeré siempre (FBI 4)

20 — Mi lugar eres tú (Relato navideño)

21 — Prometo no amarte hasta que el pacto nos separe

22 — Cupido. ¡La madre que te parió!

23 — Lo que provocas en mí

24 — Un hermanastro por Navidad (Relato navideño)

25 — Tengo ganas de ti

26 — Jefe, ¡que te den!

27 — Un regalo de NAVIDAD para ti (Relato navideño)

28 — ¡Por qué no te callas!

29 — Raven. Serie La Mansión 1

30 — Rain. Serie La Mansión 2

31 — Romeo. Serie La Mansión 3

32 — Un jefe por Navidad (Relato navideño)

33 — Raider. Serie La Mansión 4

34 — Vengo a hablar de mi jefe

35 — Improbesemos

36 — A la mierda el amor

37 — Vuelve a casa por Navidad (Relato navideño)

38 — Cupido, ¡por qué mi Jefe!

39 — Una Lady en jeans

40 — Cupido. ¡Por qué mi hermanastro!

41 — El amor es ciego

42 — Sí, ¿quiero?

43 — Trato hecho

Recopilaciones

—Serie Propuesta

—Serie FBI

—Serie La Mansión

Explora todas mis novelas escaneando este código.

